

RUDYARD KIPLING

Cuentos de la  
venganza y de  
la memoria

se

Esta selección del mejor y más desconocido Kipling agrupa cuentos en los que la venganza es el motivo fundamental, junto a otros escritos desde la memoria, desde el recuerdo.

El autor se muestra hábil en el manejo de la técnica narrativa literaria, pero además utiliza perfectamente recursos tan poéticos como la ambigüedad, la plurisignificatividad, y se mueve cómodamente en terrenos tan complicados como la superstición, las creencias tribales, la religión... y, lo que es más importante, lo hace con un marcado espíritu realista, provocando extrañeza y atracción sin alejarse en ningún momento del realismo literario, si bien repleto de elementos mágicos que tanto impresionaron a autores como Jorge Luis Borges.



Rudyard Kipling

# **Cuentos de la venganza y de la memoria**

**ePub r1.0**

**Titivillus 18.11.15**

Título original: *Stories of the revenge and the memory*  
Rudyard Kipling, 1994

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



# Prólogo

## EL EXÓTICO REALISMO IDEALISTA DE KIPLING

En el campo del arte y de la literatura en particular, algunos sentimientos, algunas preocupaciones, algunas angustias y algunas alegrías, algunas obras en definitiva, sólo se pueden producir y explicar bajo unos supuestos concretos. Este principio general se aprecia con bastante claridad en el caso de un escritor como Rudyard Kipling, cuyas obras presentan unas peculiaridades que, al menos en parte, podemos atribuir a sus circunstancias vitales.

Sólo porque nació en Bombay, India, en 1865 y porque tuvo una exótica infancia podemos entender que, a pesar de proceder de una familia británica, tuviera más ocasiones de hablar hindi que inglés y que desde muy pequeño entrara en contacto con las costumbres y las tradiciones indias que, por otra parte, les eran negadas a los británicos que estaban allí, en la mayoría de los casos, en misiones militares

o como funcionarios del Gobierno de Su Majestad la Reina Victoria.

El perfecto conocimiento y la asunción de la severa educación británica se lo proporcionó su estancia en Southsea, en la costa del Canal de la Mancha. Allí fue, con la única compañía familiar de su hermana pequeña, por unos problemas de salud que se vieron agravados por el clima de la India. Tuvo por tanto ocasión de ocupar su lugar ¿natural? entre la pequeña burguesía británica, alejado de sus padres, a los que no volvería a ver hasta pasados cinco años. Sin duda, un gran sufrimiento para un niño que apenas iba a la escuela; Kipling empieza a sufrir por cuestiones relacionadas con su familia: después, ya en Nueva York y consagrado como escritor de fama mundial, una de sus hijas morirá a causa de una pulmonía y, durante la Primera Guerra Mundial, su hijo mayor perderá la vida. El dolor es una constante en su vida, pues él mismo padecerá un cáncer del que fue operado dos veces y que será la causa de su muerte. Este dolor está muy presente en su obra; *Entregados al brazo secular* es una buena muestra del dolor, esta vez visto desde la perspectiva de los adultos, de la pérdida de un hijo, nacido de una relación muy particular, llena de motivos sugerentes y extraños, aunque no tan lejanos para nuestra cultura, como las reacciones posteriores a su

pérdida, pues la muerte se parece mucho en todos los pueblos. Una amargura similar aunque revestida de cierto complejo optimismo aparece en Ellos, donde consigue crear una atmósfera especial, muy apropiada, que refuerza el significado teológico final de la narración.

A los diecisiete años, tras recibir una tradicional, y por tanto severa, educación en el United Services College, retorna a la India, donde trabaja, desde 1882 hasta 1889 en Civil and Military Gazette de Labore y en el Pioneer, lo que, además de servirle para escribir, con experiencia tomadas de ahí, El hombre que quiso reinar, y debido a la frecuente falta de noticias, le indujo a escribir, para publicarlos en el periódico, cuentos y poesías en los que describe la realidad cotidiana de la India, vista con ojos indígenas pero con una educación inglesa. Aquellos primeros escritos revelan una crítica contra el mal funcionamiento del imperio británico, acusado por patriotas nativos de ser una fraudulenta máquina de hacer fortuna a costa de los indígenas. Kipling se debate entre su sangre y sus sentimientos: por un lado defiende la causa imperialista, especialmente durante la Guerra de los Boers, pero por otro advirtió también contra los peligros de la prepotencia y de la arrogancia imperial.

Esta doble condición explica que, cuando en

1889 deja el periodismo y, tras visitar Bengala, Birmania, China y Norteamérica, vuelve a Gran Bretaña, su obra literaria no tenga buena acogida, al menos unánime, entre el oficialismo literario, que le acusaba, entre otras cosas, de no cultivar las grandes novelas siguiendo los cánones del siglo XIX. Por otra parte, su literatura, llena de exotismo, que contrastaba con el decadentismo fin de siglo, alcanza grandes éxitos por la novedad que suponen para aquella sociedad los temas de su obra: los sentimientos del soldado en la frontera afgana, los horrores de las campañas militares en aquellas tierras, sus tradiciones, sus creencias religiosas, sus costumbres, las especiales relaciones entre los indígenas y los ingleses, los desastres de enfermedades como el cólera y la malaria, etc..., todo empapado por un idiolecto extraño, enriquecido por el ya de por sí rico hindi. Kipling consiguió que desde Gran Bretaña se viese en la India no únicamente un importante enclave político y económico sino un lugar lleno de belleza, de color y de un realismo extraño. Una guerra sólo para Sahibs es sin duda el mejor exponente de su particular uso del lenguaje, donde lo nativo se alza muy por encima de lo inglés, no sólo del idioma sino también de la mentalidad occidental; es la parte indígena de Kipling, la más novedosa.

En muy poco tiempo el escritor anglo-indio se convirtió en el autor más leído y en uno de los mejores pagados de Gran Bretaña. En ello sin duda intervino el hecho de que el Imperio Británico vio en él la persona ideal para cantar al mundo sus glorias imperiales. Oscar Wilde y Herbert George Wells entre otros, opuestos a la política británica y a la sociedad victoriana, le acusaron duramente por su complicidad, por la disposición de todos sus personajes a servir, del modo que sea, a la Patria mostrando además orgullo por hacerlo.

A su talento como narrador se unió, pues no debe ser de otra forma, una magnífica capacidad de observación, que hizo posible el conocimiento de la India mágica y profunda y de la vida amorosa de sus gentes, con especial énfasis en las relaciones sentimentales anglo-indias, escandalosas para la conservadora y puritana sociedad victoriana. La marca de la bestia, El retorno de Imray y La casa de los deseos son insuperables muestras de fuerza narrativa y de penetración en un mundo particularmente ajeno y atractivo, lleno de tensión, amor y venganza. Los dos primeros, a pesar de todo, son los más occidentales, los más británicos y académicos. Es donde con más claridad se nos muestra la trama, cercana a la aventura exótica en el caso de La marca de la bestia, de intriga policíaca la

segunda, empapada de creencias y supersticiones nativas. También nos da cuenta del funcionamiento interno del Imperio en la India, de su justicia, de las costumbres de los indígenas y de la oposición y el desconocimiento de los occidentales. La casa de los deseos es sin duda el más amargo de todos los cuentos, pero supone también el triunfo del amor ciego de una mujer, cuya generosidad traerá trágicas consecuencias.

Y sin embargo, a pesar de éstas y muchas otras narraciones como el imperecedero *El libro de la selva*, *Kim*, *Puck de la colina de Pook*, *Capitanes intrépidos*, a Kipling le costará mucho desprenderse de la losa que supone ser considerado un autor oficial, al servicio del Imperio, hasta que, en 1907, ya casado (desde 1892), en el continente, según él, dueño del futuro, le fue concedido el premio Nobel de literatura, el primero ganado por un autor de habla inglesa, que tuvo como motivación ser la obra más destacada de marcado carácter idealista.

Efectivamente, la figura de este peculiar autor se eleva muy por encima de sus coetáneos, británicos o de fuera de las Islas, por su realismo idealista y exótico, por el ritmo tan poético, por su intensidad, y también por inaugurar una forma diferente de presentar un género muy cultivado en la segunda mitad del siglo XIX: la literatura de aventuras, a la

que relanza hacia la cumbre envuelta en liricidad, con un especial y cuidadoso tratamiento del lenguaje y con un exotismo mucho más auténtico que el de cualquier otro autor de esta época.

Kipling murió de cáncer en 1936. Durante su vida conoció el exotismo, la aventura, la guerra, las enfermedades, la tristeza, la alegría, el dolor y la venganza. Esta selección de cuentos, escritos en sus primeros años o recogidos de recuerdos de su infancia, nos ofrece una buena muestra del mejor y más extraño Kipling, exótico y cuidadoso con el lenguaje y el estilo, pero, sobre todo, creador de narraciones tensas, atractivas y sorprendentes, que le convierten en uno de los grandes maestros en el cultivo de las narraciones breves, especialmente el cuento, que, por sus peculiares características de tensión, intensidad e inmediatez, fortalece el tono poético que domina en su obra, y, como podemos apreciar en este volumen, no únicamente en el verso. Sea cual fuera el tema de su obra, Kipling se muestra siempre decidido a diferirnos los aspectos fundamentales, la condición de los personajes, su motivación y, por supuesto, la conclusión, de tal forma que la total percepción del mundo que nos relata sólo es posible en el último momento, de repente, y se produce como una revelación, con tal intensidad que impide que permanezcamos

impasibles.

Se muestra hábil en el manejo de la técnica narrativa literaria, pero además utiliza perfectamente recursos tan poéticos como la ambigüedad, la plurisignificatividad y se mueve cómodamente en terrenos tan complicados como la superstición, las creencias tribales, la religión... y, lo que es más importante, lo hace con un marcado espíritu realista, provocando extrañeza y atracción sin alejarse en ningún momento del realismo literario, si bien repleto de elementos mágicos que tanto impresionaron a autores como Borges.

Esta selección del mejor y más desconocido Kipling agrupa cuentos en los que la venganza es el motivo fundamental, como en *El retorno de Imray* y en *La marca de la bestia*, otros escritos desde la memoria, desde el recuerdo, dominante en *La casa de los deseos* y en *Ellos*, y otros donde ambos aspectos están presentes, como en *Entregados al brazo secular* y, especialmente y de modo magistral, en *Una guerra sólo para Sahibs*.

## ENTREGADOS AL BRAZO SECULAR

No era primavera y ya recogí los frutos  
del otoño, fuera de tiempo resplandeció el  
campo de trigo, el año reveló sus secretos  
a  
mi dolor.

Cansada y desnuda la estación languidece  
hoy en misterio de crecimiento y muerte;  
yo  
vi la puesta del sol antes que los otros  
vieran el día, y no sé explicar la razón de  
esta sabiduría.

[**R. Kipling**, *Aguas amargas*]

# I

—Pero ¿y si fuera una niña?

—Eso no puede ser, Señor de mi vida. He rezado tantas noches, y con tanta frecuencia he enviado presentes al santuario del sheikh<sup>[1]</sup> Badl, que sé que Dios nos dará un hijo: un hombrecito que crecerá y se convertirá en un hombre. Piensa en ello y alégrate. Mi madre será su madre hasta que yo pueda llevarle conmigo otra vez y el mullah de la mezquita de Pattan haga su horóscopo, ¡quiera Dios que nazca bajo una buena estrella!, y entonces tú nunca te cansarás de mí, que soy tu esclava.

—¿Desde cuándo eres tú una esclava, reina mía?

—Desde el comienzo..., hasta que se me otorgó esta bendición. ¿Cómo podía estar segura de tu amor cuando no sabía que había sido comprada con plata?

—No, era sólo la dote. La pagué a tu madre.

—Y ella la ha enterrado y está sentada encima todo el día, como una gallina que incuba. ¡Y tú me hablas de dote! He sido comprada como si en vez de

ser una niña fuese una bailarina de Lucknow.

—¿Estás dolida por haber sido vendida?

—Estuve dolida, pero hoy soy feliz. Además, ya nunca dejarás de amarme, ¿no? Contesta, rey mío.

—Nunca..., nunca. Jamás.

—¿Ni aunque te quieran las *mem-log*, las mujeres blancas de tu misma casta? Recuerda que las he visto paseándose en carroza por la noche y son muy rubias.

—Yo he visto centenares de bolas de fuego. Después vi la luna y... entonces ya no vi más bolas de fuego.

Ameera batió palmas y rió.

—Bien dicho —dijo y después, mientras adoptaba aires de grandeza—: es suficiente. Tienes mi permiso para marcharte..., si quieres.

El hombre no se movió. Estaba sentado en un diván bajo de laca roja, en una habitación amueblada tan sólo con una alfombra azul y blanca, que cubría el suelo, algunos tapices y una colección muy completa de cojines indígenas. A sus pies se hallaba sentada una mujer de dieciséis años, que era para él todo su mundo. De acuerdo con todas las normas y leyes ella tendría que haber sido algo distinto, porque él era inglés y ella, la hija de un musulmán, comprada hacía dos años en casa de su madre, quien, al verse sin dinero, hubiera vendido a Ameera, a pesar de sus gritos, al mismo Príncipe de las Tinieblas, si el

precio hubiese sido suficientemente alto.

El hombre blanco había firmado el contrato con mucha ligereza, pero, aun antes de que la niña llegara a florecer, logró llenar la mayor parte de la vida de John Holden. Para ella, y para la ajada bruja que era su madre, él había alquilado una pequeña casa que dominaba la gran ciudad de rojas murallas, y se dio cuenta —cuando las caléndulas brotaron junto al pozo del patio, y Ameera se hubo establecido de acuerdo con su propia idea de la comodidad, y su madre dejó de gruñir por lo poco adecuado de la cocina, y de la distancia que debía recorrer cada día para ir al mercado—, de que aquélla era su verdadera casa. Cualquiera podía entrar de noche o de día, en su *bungalow*, y la vida que allí hacía no tenía encanto. En la casa de la ciudad indígena sólo sus pies podían atravesar el patio exterior hacia las habitaciones de las mujeres, y cuando el gran pórtico de madera quedaba cerrado a sus espaldas, él era el rey en su propio territorio y Ameera era su reina. A ese reino iba a sumarse una tercera persona, sobre la que Holden se sintió inclinado a mostrar resentimiento porque interfería su perfecta felicidad. Turbaba la paz ordenada de una casa que le pertenecía. Pero Ameera estaba llena de gozo ante el pensamiento de la próxima maternidad, y su madre no mucho menos. No había, ni en el mejor de los casos,

nada más inconstante que el amor de un hombre por una mujer, sobre todo si él era de raza blanca, por eso madre e hija habían pensado que las manos de un niño podían hacer indisoluble esta relación.

—Entonces —decía siempre Ameera—, entonces él ya no se ocupará de las *mem-log* blancas. Las odio a todas..., a todas.

—Antes o después, él volverá con los suyos —decía la madre—, pero, gracias a Dios, ese momento aún está lejano.

Holden estaba sentado en silencio sobre el diván pensando en el futuro y sus pensamientos no eran agradables. Los inconvenientes de una doble vida son múltiples. La Administración, con particular celo, le había pedido que cambiara su lugar de trabajo durante quince días, para cumplir el encargo extraordinario de sustituir a un hombre que se hallaba cuidando de una esposa enferma. La notificación verbal del traslado fue acompañada por una observación chistosa acerca de que Holden debía considerarse a sí mismo afortunado por ser soltero y libre. Él había ido a darle la noticia a Ameera.

—No es bueno —dijo ella con lentitud—, pero no es del todo malo. Aquí está mi madre y no me pasará nada malo..., a menos que muera de pura felicidad. Cumple con tu obligación y no estés preocupado. Cuando hayan pasado los días, creo...

estoy segura. Y... y entonces lo pondré en tus brazos y tú me amarás para siempre. El tren parte esta noche, a medianoche, ¿verdad? Ahora márchate y no permitas que tu corazón se enturbie por mi causa. ¿Pero no demorarás tu regreso? No te quedes en el camino para hablar con las descaradas *mem-log*. Vuelve a mí inmediatamente, vida mía.

Mientras salía del patio para coger su caballo, atado a una columna del portal, Holden habló con el viejo guardián canoso que custodiaba la casa y le dio instrucciones precisas para que, si se producían ciertos acontecimientos, le enviara el telegrama que en ese momento le entregaba. Era todo lo que podía hacerse, y, con la sensación de un hombre que asiste a su propio funeral, Holden se marchó en el tren correo de la noche hacia su exilio. A cada hora del día temía la llegada del telegrama y a cada hora de la noche veía la muerte de Ameera. En consecuencia, su trabajo para el Estado no fue de primera calidad, ni su actitud hacia los colegas fue la más adecuada. La quincena terminó sin que recibiera señales de su casa y, desgarrado por su ansiedad, Holden regresó para deglutir durante dos preciosas horas una cena en el club, donde oyó, como un hombre oye al desvanecerse, unas voces que le hablaban de la forma execrable en que había llevado a cabo las tareas del otro hombre, y del modo en que se había

congraciado con todos sus compañeros. Entonces galopó en medio de la oscuridad cae la noche con el corazón en un puño. En el primer momento no hubo respuesta a sus golpes en el portal, y ya había hecho girar al caballo para entrar por la fuerza, cuando apareció Pir Khan con una linterna y le sostuvo el estribo.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Holden.

—La noticia no ha de salir de mi boca, Protector de los Pobres, pero... —Tendió una mano temblorosa, como correspondía al portador de buenas nuevas, qué merece una recompensa.

Holden atravesó el patio de prisa. Una luz ardía en la habitación del piso de arriba. Su caballo relinchó junto al pórtico, y él oyó un llanto agudo y diminuto que hizo que su sangre se le agolpara en la garganta. Era una voz nueva, pero no probaba que Ameera estuviese viva.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó mientras subía por la estrecha escalera de ladrillos.

Se oyó un grito de felicidad de Ameera y después la voz de la madre, trémula por los años y el orgullo:

—Aquí estamos dos mujeres y... el... hombre... tu... hijo.

En el umbral del cuarto Holden tropezó con una daga, que había sido colocada allí para apartar la mala suerte, y rompió su empuñadura con su talón

impaciente.

—¡Dios es grande! —arrulló Ameera en la penumbra—. ¡Tú has tomado sobre tu cabeza las desventuras que podrían sucederle a él!

—Oh, sí, ¿pero cómo estás tú, vida de mi vida? Mujer, ¿cómo está ella?

—Ha olvidado sus sufrimientos por la felicidad del nacimiento del niño. No le ha pasado nada malo, pero no hables en voz alta —dijo la madre.

—Sólo necesitaba tu presencia para sentirme bien —dijo Ameera—. Rey mío, has estado mucho tiempo lejos. ¿Qué regalos me has traído? ¡Ah, ah! Yo soy quien ha traído regalos esta vez. Mira, mi vida, mira. ¿Alguna vez has visto un niño igual? No, estoy demasiado débil aún para alzarlo en mis brazos.

—Descansa, pues, y no hables. Aquí estoy, bacbari<sup>[2]</sup>.

—Has dicho bien, porque ahora entre nosotros existe un vínculo, fuerte como un peecbaree<sup>[3]</sup> que nada podrá romper. Mira, ¿puedes ver con esta luz? No tiene mancha ni defecto. Nunca ha habido un niño como éste. ¡Ya illah<sup>[4]</sup>! Será un pundit<sup>[5]</sup>..., no, un caballero de la Reina. ¿Y tú, vida mía, me amas como siempre, aunque esté débil, enferma y cansada? Dime la verdad.

—Sí. Te amo como antes, con toda mi alma. Quédate echada, perla mía, y descansa.

—No te marches. Siéntate a mi lado, aquí..., así. Madre, el señor de esta casa necesita un cojín. ¡Tráelo!

Hubo un movimiento casi imperceptible hecho por la nueva vida que reposaba en el hueco del brazo de Ameera.

—¡Ajó! —dijo ella, con un tono quebrado por el amor—. El niño es un campeón desde que nació. Las patadas que me da en el costado son fuertes. ¡Jamás ha habido un niño como éste! Y es nuestro, para nosotros: tuyo y mío. Pon tu mano sobre su cabeza, pero con cuidado, porque es muy pequeñín y los hombres son torpes para todo esto.

Holden tocó cuidadosamente con la punta de sus dedos la cabeza aterciopelada.

—Pertenece a la verdadera fe —dijo Ameera—, porque cuando le velábamos por la noche le susurré la llamada a la oración y la profesión de fe en sus oídos. Es maravilloso que haya nacido en viernes, como yo. Ten cuidado con él, mi vida, aunque ya casi puede apretar con sus manos.

Holden descubrió una mano pequeña y frágil que se cerraba débil en torno a su dedo. Y aquel roce corrió a través de su cuerpo y se aposentó en su corazón. Hasta ese instante sus pensamientos habían

sido sólo para Ameera. Comenzó a comprender que había alguien más en el mundo, pero no podía sentir que era un verdadero hijo con un alma. Se sentó a pensar mientras Ameera se abandonaba a su sueño ligero.

—Vete, sabib —susurró la madre—. No es bueno que te encuentre aquí al despertar. Tiene que descansar.

—Me marchó —dijo Holden, obediente—. Aquí tienes unas rupias. Procura que mi baba<sup>[6]</sup> se ponga fuerte y tenga todo lo que necesite.

El tintineo de las monedas de plata despertó a Ameera.

—Soy su madre, no una mercenaria —dijo con voz débil—. ¿Lo cuidaré mejor por dinero? Madre, devuélveselo. Le he dado un hijo a mi señor.

El sopor profundo de la debilidad cayó sobre ella casi antes de que terminara la frase. Holden bajó al patio sin hacer ruido, con el corazón sereno. Pir Khan, el viejo vigilante, reía encantado.

—Ahora esta casa está completa —dijo, y sin más palabras puso en manos de Holden el puño de un sable usado muchos años antes, cuando él, Pir Khan, sirviera a la Reina en la policía. El balido de una cabra atada llegó desde el brocal del pozo.

—Hay dos —dijo Pir Khan—, dos de las mejores cabras. Yo las compré y han costado mucho dinero:

como no hay fiesta por el nacimiento, toda su carne será para mí. ¡Acierta el golpe, sahib! No tiene mucho filo. Espere a que dejen de mordisquear las caléndulas. ¡Da el golpe cuando levanten la cabeza!

—¿Y por qué? —dijo Holden, estupefacto.

—Por cada nacimiento se debe ofrecer un sacrificio, ¿por qué iba a ser? En caso contrario, el niño que no ha sido protegido contra el destino podría morir. El Protector de los Pobres conoce las palabras que se deben decir.

Holden las había aprendido tiempo atrás, sin pensar que alguna vez tuviera que decirlas. El contacto de la empuñadura fría del sable con su mano de pronto se convirtió en el roce apremiante del niño que estaba arriba —el niño que era su propio hijo—, y el temor a perderlo invadió su ánimo.

—¡Da el golpe! —dijo Pir Khan—. Nunca ha venido al mundo una vida por la que no hubiese que pagar. Mira, las cabras han levantado la cabeza. ¡Ahora! ¡Da el golpe!

Casi sin saber lo que hacía, Holden dio dos sablazos mientras murmuraba la oración musulmana que dice: «Todopoderoso: a cambio de éste, mi hijo, ofrezco vida por vida, sangre por sangre, cabeza por cabeza, hueso por hueso, pelo por pelo, piel por piel». Los caballos atados bufaron y piafaron justo al oler la sangre fresca que había salpicado las botas de

montar de Holden.

—¡Buen golpe! —dijo Pir Khan mientras limpiaba el arma—. Contigo se ha perdido un buen soldado. Ve con el corazón tranquilo, hijo del cielo. Soy tu siervo y el siervo de tu hijo. Que la Presencia viva mil años y... ¿la carne de las cabras es toda para mí? —Pir Khan se enriqueció por el valor de un mes de salario. Holden se acomodó en la silla y cabalgó entre las volutas de humo, formadas por el fuego del atardecer. Estaba lleno de una alegría desbordante, alternada con una vasta y vaga ternura sin objeto definido, que le hacía jadear mientras se inclinaba sobre el pescuezo de su caballo inquieto. «Nunca en mi vida he sentido algo así», pensó. «Iré al club para reponerme».

Empezaba una partida de billar y el salón estaba lleno de hombres. Holden entró, deseoso de luz y de la compañía de sus amigos, cantando a pleno pulmón:

*Paseando por Baltimore, a una dama conocí.*

—¿De veras? —dijo el secretario del club desde su rincón—. ¿Te dijo esa dama que tus botas están empapadas? ¡Dios del cielo, hombre, pero si es sangre!

—¡Tonterías! —dijo Holden, a la vez que cogía

su taco de la taquera—. ¿Puedo tirar? Es rocío. He cabalgado entre plantas altas. ¡De verdad que tengo las botas hechas una lástima!

*Y si es una niña, llevará una alianza.  
Si es un niño, luchará por su rey,  
con su puñal, su gorra y la guerrera azul,  
paseará por el alcázar...*

—Amarillo sobre azul...; el próximo jugador es el verde —decía con voz monótona el apuntador—. *Paseará por el alcázar...* ¿La verde es para mí, apuntador...? *Paseará por el alcázar...* ¡Eh! No ha estado mal ese tiro... *¡Como solía hacer su padre!*

—No creo que tengas nada para grajear tanto —dijo un joven civil, celoso y agrio—. La Administración no está precisamente contenta con tu trabajo en el puesto de Sanders.

—¿Eso quiere decir que habrá una reprimenda de las altas esferas? —dijo Holden con una sonrisa distraída—. Creo que podré soportarlo.

La conversación versó sobre el tema siempre fresco del trabajo de cada uno, y aplacó a Holden hasta que se hizo la hora de volver a su *bungalow* vacío y frío donde su mayordomo le recibió como si conociera todos sus asuntos. Holden estuvo despierto la mayor parte de la noche y sus sueños fueron

placenteros.

## II

—¿Qué edad tiene ahora?

—¡Ya illah! ¡Sólo un hombre podía preguntar eso! Apenas si tiene seis semanas y esta noche iré a la azotea de la casa contigo, mi vida, para contar las estrellas, porque eso da buena suerte. Y él ha nacido un viernes bajo el signo del Sol, y me han dicho que tendrá una vida muy larga y será rico. ¿Podemos desear algo mejor, querido?

—No hay nada mejor. Vamos a la azotea y cuenta las estrellas, pero poco tiempo, porque el cielo está cubierto de nubes.

—Las lluvias del invierno se retrasan y puede que vengan fuera de época. Ven antes de que todas las estrellas se escondan. Llevo mis mejores joyas.

—Has olvidado la mejor de todas.

—¡Ay! La nuestra. Él también vendrá. Nunca ha visto el firmamento.

Ameera subió la escalera estrecha que llevaba a la azotea. El niño, plácido, sin pestañear, iba en el

hueco de su brazo derecho, encantador en sus muselinas orladas de plata, con un pequeño gorro en la cabeza. Ameera llevaba todo lo que le resultaba máspreciado. El diamante que equivale al lunar occidental, porque intenta llamar la atención sobre la curva de la nariz; el colgante de oro en medio de la frente, incrustado de esmeraldas en forma de gota, con sus rubíes imperfectos, el pesado collar de oro de ley que se cerraba alrededor de su cuello gracias a la flexibilidad del metal puro, y las pulseras de plata, decoradas con arabescos, que descansaban sobre el tobillo bien marcado. Iba vestida de muselina color verde jade, como correspondía a una hija de la Fe, y desde el hombro al codo y del codo a la muñeca le cubrían el brazo unas pulseras de plata atadas con hilos de seda, brazaletes finos de cristal que se deslizaban sobre su muñeca como testimonio de la finura de su mano y algunos otros de oro que no eran parte de sus adornos típicos, pero que, al haber sido regalo de Holden y puesto que se ajustaban con un ingenioso cierre europeo, le encantaban.

Se sentaron junto al bajo parapeto blanco de la azotea, mientras observaban la ciudad con sus luces.

—Son felices allí abajo —dijo Ameera—, pero menos que nosotros. Y no creo que las *mem-log* blancas sean tan felices. ¿Tú qué piensas?

—Yo sé que no lo son.

—¿Cómo lo sabes?

—Confían sus niños a niñeras.

—Nunca he visto cosa igual —dijo Ameera, con un suspiro—, ni deseo verla. ¡Ay! —dejó caer la cabeza sobre el hombro de Holden—. He contado cuarenta estrellas y estoy cansada. Amor de mi vida, mira al niño: él también está contando.

El pequeño observaba con los ojos muy abiertos la oscuridad del firmamento. Ameera lo acomodó en los brazos de Holden y el niño se mantuvo en silencio.

—¿Cómo lo llamaremos entre nosotros? —dijo ella—. ¡Mira! ¿Alguna vez te cansas de mirarle? Tiene tus mismos ojos. Pero la boca...

—Es la tuya, cariño. ¿Quién podría saberlo mejor que yo?

—Es una boca tan débil. ¡Oh, tan pequeña! Y aun así está mi corazón entre sus labios. Dámelo ahora. Ha estado demasiado tiempo lejos de mí.

—No, déjale; todavía no ha empezado a llorar.

—Cuando lllore me lo darás, ¿verdad? ¡Qué hombre eres! ¡Me gustaría más, si llorases! Pero, vida mía, ¿qué nombre afectuoso le pondremos?

El pequeño cuerpo estaba cerca del corazón de Holden. Era completamente indefenso y muy suave. Apenas se atrevía a respirar por temor de quebrarlo. El enjaulado loro verde, que está considerado como

una especie de espíritu guardián en la mayoría de las casas indígenas, se movió en su apoyo batiendo un ala adormilada.

—Allí está la respuesta —dijo Holden—. Mian Mittu ha hablado. Será el loro. Cuando llegue la hora, hablará con voz fuerte y no se detendrá nunca. Mian Mittu es el loro en tu..., en la lengua musulmana, ¿verdad?

—¿Por qué me haces sentir la distancia que hay entre nosotros? —dijo Ameera con inquietud—. Pongámosle un nombre inglés, aunque a medias, porque él es mío.

—Entonces llámale Tota, que es parecido al inglés.

—Ay, Tota. También quiere decir loro. Perdóname, mi señor, por lo que he dicho antes, pero de verdad que es demasiado pequeño para sobrellevar todo el peso de Mian Mittu como nombre. Será Tota..., nuestro Tota y para nosotros solos. ¿Has oído, tú, pequeñín? Chiquitín, tú nombre es Tota —tocó la mejilla del niño y él se despertó llorando, y fue necesario devolverlo a los brazos de su madre, que le apaciguó con la bella canción *¡Aré koko, Jaré koko!*, que dice:

*¡Oh, cuervo, vete, cuervo!  
El niño duerme tranquilo,*

*y las ciruelas silvestres en la selva crecen,  
sólo a un penique la libra,  
sólo a un penique la libra, baba,  
sólo a un penique la libra.*

Tranquilizado muchas veces en cuanto al precio de aquellas ciruelas, Tota se acurrucó para dormir. Los dos bueyes de pelo blanco y lustrosos masticaban impasibles, junto al pozo, Su pasto de la noche; el viejo Pir Khan estaba acuclillado junto al caballo de Holden, y con su sable de policía sobre las rodillas, aspirando, somnoliento, una gran pipa de agua que croaba como una rana mugidora en un estanque. La madre de Ameera, sentada, hilaba en la planta baja, y la puerta de madera estaba cerrada y atrancada. La música de un cortejo nupcial llegó hasta la azotea por encima del murmullo suave de la ciudad, y una fila de murciélagos cruzó la cara de la luna.

—He rezado —dijo Ameera tras una pausa prolongada—, he rezado por dos cosas. Primero, que yo muera en tu lugar si el cielo pide tu muerte y, segundo, que yo muera en lugar del niño. He orado al Profeta y a *Beebe Miriam*<sup>[7]</sup>. ¿Crees que escuchará alguno de los dos?

—¿Quién no puede escuchar hasta la más ligera palabra de unos labios como los tuyos?

—Te he pedido una respuesta directa y tú me

respondes con cumplidos. ¿Serán escuchadas mis súplicas?

—¿Cómo puedo saberlo? Dios es muy bueno.

—De eso no estoy muy segura. Escúchame. Si yo muriera o si muere el niño, ¿qué sería de ti? Si vives, volverás a las descaradas *mem-log* blancas, porque la casta llama a la casta.

—No siempre.

—Es verdad cuando se trata de una mujer, pero los hombres se comportan de otra forma. En esta vida tú volverás, más tarde, a tu propia gente. Eso casi lo podré soportar, porque estaré muerta. Pero cuando mueras tú serás llevado a un sitio extraño y a un paraíso que yo no conozco.

—¿Estaré en el paraíso?

—Sin duda, pues, ¿quién querría hacerte daño? Pero nosotros tíos, el niño y yo, estaremos en otro lugar y no podremos ir a ti, ni tú podrás venir a nosotros. Antes, cuando el niño aún no había nacido, no pensaba en estas cosas, pero ahora pienso en ellas siempre. Es un tema muy doloroso.

—Será lo que tenga que ser. No conocemos el mañana, pero conocemos bien el hoy y el amor. De una cosa estamos seguros: que ahora somos felices.

—Tan felices que bien estaría que hiciésemos algo por asegurar nuestra felicidad. Tu Beebee Miriam debería escucharme, porque también ella es

mujer. ¡Pero envidiaría! No es conveniente que los hombres adoren a una mujer.

Holden soltó una carcajada ante el pequeño ataque de celos de Ameera.

—¿No es conveniente? ¿Por qué no has impedido que te adore a ti?

—¡Tú un adorador! ¿Y de mí? Mi rey, a pesar de tus dulces palabras, bien sé que soy tu sierva, tu esclava y el polvo que hay bajo tus pies. Y no querría que fuese de otra forma. ¡Mira!

Antes que Holden pudiese evitarlo, ella se inclinó y le tocó los pies; tras incorporarse con una risa breve, Ameera estrechó más cerca de su pecho al pequeño Tota. De inmediato, dijo casi con furia:

—¿Es verdad que las descaradas *mem-log* blancas viven una vida tres veces más larga que la mía? ¿Es verdad que se casan sólo cuando son viejas?

—Se casan como otras; ellas son también mujeres.

—Lo sé, pero se casan cuando tienen veinticinco años, ¿no es verdad?

—Es verdad.

—¡Ya illah! ¡Veinticinco años! ¿Quién voluntariamente toma una esposa que sólo tiene dieciocho? Es una mujer... que envejece a cada hora. ¡Veinticinco! Yo seré una vieja a esa edad y... Esas

*mem-log* se mantienen siempre jóvenes. ¡Cuánto las odio!

—¿Qué tienen que ver con nosotros?

—No lo sé. Sólo puedo decir que en estos momentos, en alguna parte, hay una mujer diez años más vieja que yo, que puede llegar y llevarse tu amor, cuando mi juventud haga diez años que ha pasado, tenga el pelo canoso y sea la niñera de tu hijo Tota. Es injusto y perverso. Ellas también deberían morir.

—¿Qué dices? Tú eres todavía una niña, a pesar de los años que tienes, y te cogeré en brazos y así te bajaré por las escaleras.

—¡Tota! ¡Ten cuidado con Tota, mi señor! ¡Eres tan tonto como un niño!

Ameera protegió a Tota de cualquier eventualidad pegándolo a su cuello, y Holden la llevó escaleras abajo, entre risas, en sus brazos, mientras Tota abría sus ojos y sonreía como lo hacen los querubines.

Era un niño silencioso y tranquilo y, casi antes de que Holden pudiera darse cuenta de que el pequeño estaba en el mundo, se convirtió en un diminuto dios dorado y en el déspota indiscutible de la casa desde la que se dominaba la ciudad. Aquellos meses fueron la felicidad absoluta para Holden y Ameera, una felicidad que excluía al mundo exterior, cerrado tras el pórtico de madera que custodiaba Pir Khan. Durante el día Holden realizaba sus tareas con una

inmensa lástima por aquellos que no eran tan afortunados como él, y demostrando tal simpatía por los niños que asombraba y divertía a muchas madres durante la vida social de la pequeña comunidad blanca. Al caer la noche volvía junto a Ameera; Ameera, locuaz en las narraciones de las proezas de Tota: cómo le había visto tocar palmas y mover los dedos con intención decidida —lo que sin duda era un milagro—, y cómo, después, por su propia iniciativa, el niño se había deslizado de su cama baja hasta el suelo y se había mantenido de pie durante el espacio de tres respiraciones.

—Y fueron tres respiraciones largas, porque mi corazón se había paralizado de gusto —dijo Ameera. Más tarde Tota conoció a los animales en sus actividades: los bueyes del pozo, las pequeñas ardillas grises, la mangosta que vivía en un agujero, cerca del pozo, y en especial a Mian Mittu, el loro, de cuya cola tiraba haciéndole daño, por lo que Mian Mittu no paraba de gritar hasta que llegaban Ameera y Holden.

—¡Ah, malvado! ¡Hijo de la fuerza! ¡Esto le haces a tu hermano que vive en la azotea! ¡Tobab! ¡Tobab<sup>[8]</sup>! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Pero yo conozco un encantamiento para volverle tan sabio como Suleimán y Aflatoun<sup>[9]</sup>. Atiende —dijo Ameera sacando de una bolsa bordada un puñado de

almendras—. ¡Mira! Contemos siete. ¡En el nombre de Dios!

Puso a Mian Mittu, muy irritado y desgredado, sobre el techo de su jaula y, tras sentarse entre el niño y el pájaro, partió y peló una almendra no tan blanca como sus dientes.

—Amor mío, esto es un encantamiento de verdad, y no te rías. ¡Mira! Le doy la mitad al loro y la otra mitad a Tota.

Mian Mittu cogió prudentemente con el pico su parte de los labios de Ameera, y ella, con un beso, puso la otra mitad en la boca del niño, que la comió despacio, mientras la curiosidad se reflejaba en sus ojos.

—Haré lo mismo cada día durante otros seis días y sin duda ése que es sólo nuestro será un orador decidido y sabio. Eh, Tota, ¿qué serás tú cuando seas un hombre y yo una vieja de pelo gris? —Tota dobló sus piernas regordetas en pliegues adorables. Podía gatear, pero no pensaba malgastar el despertar de su juventud en charla inútil. Quería tirar de la cola de Mian Mittu.

Cuando fue ascendido a la dignidad de un cinturón de plata —que, con un cuadrado mágico grabado en plata y colgado de su cuello, constituía la mayor parte de su vestido—, inició tambaleando un viaje peligroso hacia el jardín donde se encontraba

Pir Khan y ofreció al anciano todas sus joyas a cambio de un pequeño paseo a lomos del caballo de Holden, en vista de que su madre regateaba con unos buhoneros en la galería. Pir Khan dejó caer unas lágrimas y puso aquellos piecitos novatos sobre su cabeza gris como signo de fidelidad, y devolvió al osado aventurero a los brazos de su madre, augurando solamente que Tota sería jefe de hombres antes de que le creciera la barba.

Una calurosa tarde, mientras se hallaba sentado entre su padre y su madre en la azotea, observando la guerra incesante de las cometas que hacían volar los niños de la ciudad, pidió una cometa para sí y que Pir Khan se la hiciera volar, porque tenía miedo de manejar algo que fuese mayor que él; cuando Holden le llamó «señorito», se puso de pie y respondió con lentitud, defendiendo su individualidad recién descubierta: «*Hum park nahin hai. Hum admī hai*<sup>[10]</sup>».

La protesta hizo que Holden se ahogara de risa, y le hiciera tomar seriamente en consideración el futuro de Tota.

No valió la pena. La felicidad de esa vida era demasiado perfecta para durar. De modo que se disipó como tantas cosas en India: de improviso y sin advertencia previa. El pequeño señor de la casa, como Pir Khan le llamaba, empezó a ponerse triste y

se quejó de dolores, él, que nunca antes conociera el significado de la palabra dolor.

Ameera, fuera de sí por el terror, le veló una noche; y al amanecer del segundo día la vida le fue arrebatada por los espasmos de la fiebre: la fiebre de otoño. Parecía absolutamente imposible que el niño pudiese morir, y ni Ameera ni Holden quisieron creer en un primer momento en la evidencia del cuerpecito que yacía sobre la cama. Entonces Ameera golpeó la cabeza contra la pared, y se hubiera arrojado al pozo del jardín si Holden no se lo hubiese impedido con todas sus fuerzas.

Una sola merced le fue concedida a Holden. Galopó hasta su oficina a plena luz del día y se halló con que le esperaba una serie de asuntos que tenía que resolver, los cuales le exigieron concentrar su atención y trabajar duro.

Sin embargo, no agradeció a los dioses que tuvieran tanta prisa.

### III

El primer impacto de una bala contra un blanco de carne no es más molesto que un pellizco. El cuerpo herido envía su protesta al alma al cabo de diez o quince segundos. Holden tomó conciencia de su dolor lentamente, tal como había tomado conciencia de su felicidad, y con la misma necesidad imperiosa de esconder todo rastro de sus sentimientos. Al principio sólo sintió que había tenido lugar una pérdida y que Ameera necesitaba consuelo, mientras estaba allí sentada, con la cabeza sobre las rodillas, temblando al oír que Mian Mittu, desde el tejado, llamaba: ¡Tota! ¡Tota! ¡Tota! Más tarde, el mundo que le rodeaba y su vida cotidiana parecieron levantarse contra él para hacerlo sufrir. Era una ofensa que todos los niños, alrededor del quiosco, en el que tocaba la banda, estuviesen vivos y bulliciosos, mientras su hijo yacía muerto. Sentía algo más que mero dolor cuando uno de ellos le tocaba, y las anécdotas que narraban los padres orgullosos de las

últimas proezas de sus hijos le herían en lo más hondo. No podía manifestar su dolor. No podía esperar ayuda, apoyo ni simpatía; y Ameera, al acabar su día de trabajo, le habría obligado a recorrer una vez más la senda, pavimentada con piedras que queman y con reproches desgarradores y autoinquisitoriales, atroz destino de todos los que han perdido un niño y creen que con un mínimo, sólo con un poco más de atención, podría haberlo salvado.

—Quizá —decía Ameera— no me ocupé bastante. ¿Sí o no? El sol, ese día, en la azotea, mientras jugó solo tanto tiempo y yo estaba, ¡ay!, trezándome el pelo... puede ser que ese sol haya provocado la fiebre. Si le hubiese protegido del sol, tal vez habría vivido. Pero, oh, vida mía, ¡dime que no fue culpa mía! Tú sabes que yo lo amaba como te amo a ti. ¡Dime que no tengo culpa o moriré... moriré!

—No tienes culpa, ante Dios, ninguna. Estaba escrito, ¿y cómo podíamos salvarlo? Lo que tenía que suceder ha sucedido. Olvídalo, amada mía.

—Era todo mi corazón para mí. ¿Cómo puedo olvidar, cuando mis brazos me dicen cada noche que él no está aquí? ¡Ay! ¡Ay! ¡Oh, Tota, vuelve a mí, vuelve y haz que estemos juntos como antes!

—¡Basta! ¡Basta! Por tu propio bien, y también por el mío; si me amas, calla.

—Por lo que dices veo que no te importa. ¿Cómo te iba a importar? Los hombres blancos tienen corazones de piedra y almas de hierro. ¡Oh, si me hubiese casado con un hombre de mi propio pueblo, aunque me pegara, y jamás hubiese comido el pan de un extranjero!

—¿Soy yo un extranjero, madre de mi hijo?

—¿Qué puedes ser, sabib...? ¡Oh, perdóname, perdóname! La muerte del pequeño me ha hecho perder la razón. Tú eres la vida de mi corazón y la luz de mis ojos y el aliento de mi vida y..., al menos por un instante, te he alejado de mí. Si tú te marcharas, ¿a quién pediría ayuda? No te enfades. Créeme, ha hablado el dolor, no tu esclava.

—Lo sé, lo sé. Somos dos los que antes fuimos tres, y por eso es mayor la necesidad de que seamos uno.

Como de costumbre, estaban sentados en la azotea, que hacía de techo. La noche, a comienzos de primavera, era tibia, y sobre la línea del horizonte bailaban las luces de los relámpagos al ritmo inquieto de los truenos lejanos. Ameera se refugió en los brazos de Holden.

—La tierra seca muge como una vaca pidiendo lluvia y yo..., yo tengo miedo. No era así cuando contábamos las estrellas. ¿Pero tú me amas como antes, aunque un lazo se nos haya roto? ¡Responde!

—Te amo más, porque un nuevo lazo ha nacido del dolor que hemos soportado juntos, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé —dijo Ameera en un susurro apenas perceptible—. Pero es dulce oírte estas palabras, mi vida, oírte de ti, que eres tan fuerte y puedes ayudarme. Ya no seré una niña, sino una mujer y una ayuda para ti. ¡Escucha! Dame el sitar, y cantaré con valor lo mejor que pueda.

Cogió el sitar incrustado de plata y comenzó una canción que contaba la historia del gran héroe el rajá Rasalu. La mano cayó inerte sobre las cuerdas, la melodía, contenida, se apagó y, al sonar una nota baja, se convirtió en la pobre cancioncilla de cuna del cuervo perverso:

*¡Oh, cuervo, vete, cuervo  
El niño duerme tranquilo,  
y las ciruelas silvestres en la selva crecen,  
sólo a un penique la libra,  
sólo a un penique la libra, baba,  
sólo a un penique la libra.*

Entonces llegaron las lágrimas, y la inútil rebelión contra el destino, hasta que se durmió, gimiendo apenas en su sueño, con el brazo derecho apartado del cuerpo, como si quisiera proteger algo que ya no estaba allí. Fue después de esa noche cuando la vida

se volvió un poco más fácil para Holden. El dolor perpetuo de la pérdida le llevó a sumergirse en su trabajo, y el trabajo le compensó ocupándole la mente nueve o diez horas al día. Ameera permanecía sola en la casa, rumiando su dolor, pero se serenó, cuando comprendió que Holden había vuelto en parte a ser el mismo de antes. A menudo la felicidad de las mujeres es por reflejo, y los dos tocaron de nuevo la felicidad, pero esta vez con cautela.

—Tota ha muerto porque le amábamos demasiado. Los celos de Dios cayeron sobre nosotros —decía Ameera—. He colgado una gran jarra negra junto a la ventana para apartar de nosotros el mal de ojo, y no debemos declarar más nuestro gozo, sino proceder en silencio y a la sombra bajo las estrellas, en caso contrario Dios volverá a fijarse en nosotros. ¿Acaso no digo bien, tú que para mí no eres nada?

Ameera había puesto el acento en la palabra que significa «todo», haciéndola significar «nada», en prueba de la sinceridad de su empeño. Pero el beso que selló la nueva denominación era algo que podía suscitar la envidia de cualquier deidad. Desde aquel momento en adelante continuaron diciendo: «No está bien, no está bien»; esperaban que todas las Potencias Celestiales les oyeran.

Las Potencias estaban ocupadas en otras cosas.

Habían concedido que treinta millones de personas gozaran de cuatro años de abundancia, gracias a la cual los hombres pudieron llenarse la barriga y contar sus cosechas; los nacimientos aumentaron año tras año y los informes de los distritos contaban que una población, cuyo único recurso era la agricultura, crecía con una densidad que variaba de novecientos a dos mil habitantes por milla cuadrada en unas tierras superpobladas; y el diputado por Lower Tooting, que se paseaba por India con chistera y levita, hablaba con libertad de las ventajas del dominio británico, y sugería, como única reforma necesaria, el establecimiento de un sistema electoral adecuado a la condición del país con la extensión general del derecho de voto. Sus sufridos anfitriones sonreían y le daban la bienvenida, y cuando él se detuvo para admirar, con palabras bellas y escogidas, las flores rojo-sangre del árbol del dhak, que se habían abierto fuera de época como signo de lo que habría de venir, ellos sonrieron todavía más.

Fue el delegado del Gobierno en Kot-Kumharsen, que se alojó en el Club por una noche, quien relató, con ligereza, una historia de la que Holden captó el final, y que le heló la sangre.

—Ya no molestará a nadie jamás. Nunca he visto a un hombre tan estúpido en mi vida. Por Júpiter, por un instante creí que iba a plantear una interpelación

en el Parlamento por ese tema. Un compañero de viaje... ambos en el mismo barco... comía en una mesa cerca de la suya... cayó al suelo por el cólera y murió en dieciocho horas. No os riais, amigos. El diputado por Lower Tooting se ha enfadado mucho, ha cogido miedo. Creo que su yo iluminado se irá de India.

—No sé qué daría para que él cogiera el cólera. Eso mantendría dentro de su propia parroquia a los que, como él, parecen miembros de la junta parroquial. ¿Pero qué es esto del cólera? Es demasiado pronto para que se produzcan estas epidemias —dijo el encargado de unas salinas poco rentables.

—No lo sé —dijo pensativo el delegado del Gobierno—. En nuestros territorios hay langostas. Hay casos esporádicos de cólera en todo el norte, decimos esporádicos para no crear alarma. Las recolecciones de primavera han sido escasas en cinco distritos, y al parecer nadie sabe decir dónde se ha ido la estación de las lluvias. Ya casi estamos en marzo. No quiero asustar a nadie, pero me parece que la naturaleza va a revisar sus cuentas con un gran lápiz rojo este verano.

—Justo ahora que quería ir de permiso! —dijo una voz desde el otro lado de la habitación.

—No habrá muchos permisos este año, pero sí

una buena cantidad de promociones. He venido para convencer al Gobierno de que ponga mi canal (mi idea fija, ¡ya sabéis!) en la lista de los trabajos contra la carestía. Soplan malos vientos, precursores de males peores. Por fin veré la construcción de ese canal.

—¿Una vez más la misma música —dijo Holden—, carestía, fiebre y cólera?

—Oh, no. Sólo dificultades a nivel local y una adaptación inadecuada a las enfermedades estacionales. Así lo encontrarás en los documentos oficiales, si vives hasta el próximo año. De todas formas, tú eres un afortunado. Tú no tienes una esposa a la que debas alejar del peligro. Las poblaciones de la montaña estarán llenas de mujeres este año.

—Me parece que exageras las habladurías de los bazares —dijo un joven civil que trabajaba en el Secretariado—. He observado...

—Lo habrás hecho —dijo el delegado del Gobierno—, pero, hijo mío, tienes que observar muchas cosas más. Mientras tanto, yo quisiera hacerte una observación a ti... —Y se lo llevó aparte para hablar de la construcción del canal, que era tanpreciado para él. Holden volvió a su *bungalow* y comenzó a comprender que no estaba solo en el mundo y que también estaba preocupado por otra

persona: la ansiedad más gratificante para el corazón que conoce al hombre.

Dos meses después, como presagiara el delegado, la naturaleza comenzó a revisar sus cuentas con un lápiz rojo. Inmediatamente después de la siega de primavera llegó un clamor que pedía pan, y el Gobierno, que había decretado que nadie debía morir de hambre, envió cereales. Luego llegó el cólera desde los cuatro puntos cardinales. Estalló entre medio millón de peregrinos llegados a un templo sagrado. Muchos murieron a los pies de su dios; los demás sintieron pánico y huyeron hacia todos los rincones del país, llevando consigo la peste. Se abatió sobre una ciudad amurallada, donde morían doscientas personas al día. La gente asaltaba los trenes, colgándose de las plataformas, acuclillándose en los techos de los vagones, y el cólera seguía a la muchedumbre, pues en cada estación sacaban a rastras muertos y moribundos. Morían a la orilla de las carreteras, y los caballos de los ingleses se encabritaban al ver los cadáveres entre la hierba. No llovía, y la costra de la tierra se hizo de acero por miedo a que el hombre escapara a la muerte, escondiéndose en sus entrañas. Los ingleses mandaron a sus mujeres a las montañas y siguieron trabajando en primera línea de combate, presentándose cuando les convocaban para tapar las

brechas de la línea de batalla. Holden, atormentado por la idea de perder el tesoro máspreciado que poseía sobre la tierra, había hecho todo lo posible para persuadir a Ameera de que debía marcharse con su madre al Himalaya.

—¿Por qué tengo que ir? —preguntó ella una noche, en la azotea.

—Porque hay peste, y la gente se muere: todas las *mem-log* blancas se han ido lejos.

—¿Todas?

—Todas, tal vez con excepción de alguna cabezota que hace la vida imposible a su marido, corriendo peligro de muerte.

—No digas eso. La que se ha quedado es mi hermana, y tú no debes insultarla, porque también yo seré una cabezota. Me alegro de que todas las descaradas *mem-log* se hayan marchado.

—¿Hablo con una mujer o con una niña? Vete a las montañas y yo me ocuparé de que vayas como la hija de una reina. ¡Piénsalo, pequeña mía! En un carro lacado de rojo, tirado por un buey azul, con velos y cortinas, con pavos de latón en la vara y colgaduras rojas. Enviaré a dos asistentes para que te escolten y...

—¡Basta! Tú eres un niño cuando hablas así. ¿De qué me valdrían todas esas chucherías? El pequeño habría acariciado a los animales y jugado con los

arreos y adornos. Por amor de él, quizá... tú has hecho de mí una inglesa... habría podido irme... Ahora no. Deja que se marchen las *mem-log*.

—Sus maridos las mandan marchar, querida.

—Bien dicho. ¿Desde cuándo eres mi marido para decirme lo que tengo que hacer? Sólo te he dado un hijo. Tú eres el único deseo de mi alma. Todo lo que yo quiero. ¿Cómo podría partir cuando sé que si te pasase algo malo, aunque no fuese mayor que la uña de mi meñique —¿verdad que es pequeña?—, yo lo sabría aunque estuviera en el paraíso? Y aquí, este verano, tú puedes morir, ¡ay, *janee*<sup>[11]</sup>, morir! Y cuando estés moribundo podrían pedir a una mujer blanca que te atienda, y ella me robaría al fin tu amor.

—¡Pero el amor no nace en un instante o en el lecho de muerte!

—¿Qué sabes tú de amor, tú que tienes el corazón de piedra? Al menos ella recibiría tus palabras de agradecimiento y, por Dios, por el Profeta y por *Beebee Miriam*, la madre de tu Profeta, no podría soportarlo. Señor mío y amor mío, olvidemos de una vez por todas esos discursos estúpidos de que me vaya. Donde tú estés, estaré yo. No hay más que añadir —le puso un brazo alrededor del cuello y una mano en la boca.

Hay pocos momentos de felicidad tan completa como los que se arrancan furtivamente al destino,

bajo la sombra amenazadora de la espada. Estaban sentados uno junto a otro y se llamaban uno a otro, sin ningún empacho, con los nombres más afectuosos que conocían, provocando la ira de los dioses. La ciudad, a sus pies, estaba encerrada en sus propios tormentos. Llamadas sulfúricas ardían en las calles; en los templos hindúes, las cúpulas chillaban y rugían, porque en esos días los dioses no escuchaban las palabras de los hombres. Hubo un servicio en la gran mezquita musulmana, y la llamada a la oración resonaba sin cesar desde los minaretes. Oían los lamentos que llegaban desde las casas de los muertos y, una vez, el grito de una madre que había perdido a un hijo e invocaba que se le devolviese. En cada amanecer gris veían a los muertos, llevados fuera de las puertas de la ciudad, cada litera acompañada por su propio pequeño grupo de plañideras. Ante aquello, se besaron estremecidos.

Fue una revisión de cuentas roja y pesada, porque la tierra estaba muy enferma y tenía necesidad de respirar un poco antes de que el torrente de vida fácil volviese a fluir. Los hijos de padres inmaduros y madres no desarrolladas no opusieron resistencia. Estaban amedrentados e inmóviles, aguardando que la espada volviese a la vaina en noviembre, si así era la voluntad de Dios. Hubo bajas entre los ingleses, pero fueron cubiertas. Los trabajos de controlar el

reparto de alimentos, de atender los refugios para enfermos, de distribuir medicinas y de prestar las pocas prevenciones higiénicas posibles siguió adelante, porque tales eran las órdenes.

Holden había recibido orden de estar preparado para sustituir, en otra zona, al próximo hombre que cayese. Cada día, durante doce horas, no podía ver a Ameera, y ella podía morir en tres. Se preguntaba qué terrible dolor hubiese sentido si no la hubiese podido ver en tres meses, o si ella muriese lejos de su vista. Estaba absolutamente seguro de que su muerte estaba escrita. Tan seguro que, cuando levantó la mirada del telegrama y vio a Pir Khan sin aliento en el umbral, soltó una carcajada.

—¿Y? —dijo.

—Cuando se oye un grito en la noche y el espíritu se agita inquieto en la garganta, ¿quién tiene un hechizo que sea capaz de curar? ¡Ven de prisa, Hijo del Cielo! Es cólera negro.

Holden montó a caballo y fue a su casa. El cielo estaba cargado de nubes porque las lluvias, tanto tiempo esperadas, estaban cercanas, y el calor era sofocante. La madre de Ameera le esperaba en el patio, sollozando.

—Se está muriendo. Se abandona a los brazos de la muerte. Está casi muerta. ¿Qué he de hacer, sabib? Ameera yacía en la habitación en que había nacido

Tota. No hizo ninguna señal de reconocimiento cuando entró Holden, porque el alma humana es una criatura muy solitaria y, cuando va a marcharse, se oculta a sí misma en una tierra de bruma fronteriza entre la vida y la muerte, a la que los vivos no pueden acceder. El cólera negro hace su trabajo con calma y sin explicaciones. Ameera iba a ser privada de la vida, como si el Ángel de la Muerte hubiese posado su mano sobre su cabeza. La respiración agitada parecía probar que ella tenía miedo a morir o que sufría, pero ni los ojos ni la boca daban respuesta a los besos de Holden. Nada se podía decir ni hacer. Holden sólo podía esperar y sufrir. Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el techo y él oyó los gritos de alegría en la ciudad castigada por la sed.

Ameera volvió un poco en sí y los labios se movieron. Holden se inclinó para oír.

—No guardes ningún recuerdo mío —dijo Ameera—. No cortes un mechón de mi pelo. *Ella* te obligaría a quemarlo más adelante. Yo sentiría esa llama. ¡Acércate! ¡Acércate más! Recuerda sólo que he sido tuya y te di un hijo. Aunque te casaras con una mujer blanca, el placer de haber recibido en tus brazos a su primer hijo le ha sido arrebatado. Recuérdate cuando nazca tu hijo, el que llevará tu nombre ante todos. ¡Caigan sobre mi cabeza todas las

adversidades! Doy testimonio..., doy testimonio — los labios formaban las palabras en el oído de Holden— de que no existe más Dios que tú, amado.

Y murió. Holden se quedó inmóvil, y huyó de él todo pensamiento..., hasta que oyó que la madre de Ameera corría la cortina.

—¿Ha muerto, sahib?

—Ha muerto.

—Ahora lloraré y después haré un inventario de los muebles de esta casa. Porque todo será mío. ¿El Sahib piensa quedarse con ella? Es muy pequeña, muy pequeña, sahib, y yo soy una mujer vieja. Me gustaría tener donde descansar con comodidad.

—Por el amor de Dios, calla un momento. Sal y llora donde yo no pueda oírte.

—Sahib, la enterrarán dentro de cuatro horas.

—Conozco la costumbre. Me marcharé antes de que se la lleven. Ese asunto queda en tus manos. Ocúpate de que esa cama sobre la que..., sobre la que yace ella...

—¡Ah, la bonita cama lacada de rojo! Hace mucho que deseo...

—Que esa cama quede aquí a mi disposición y que nadie la toque. Todo lo demás que hay en la casa es tuyo. Alquila un carro, llévate todo, vete de aquí, y antes de que despunte el nuevo día, pero procura no llevarte la cama.

—Soy una vieja. Quisiera quedarme al menos durante los días de luto, y apenas ha empezado la estación de las lluvias. ¿Adónde iré?

—¡No me importa! Mi orden es que en casa no quede nadie. Lo que hay en la casa vale mil rupias y mi asistente te traerá trescientas esta noche.

—Eso es muy poco. Piensa en el alquiler del carro.

—No tendrás nada si no te marchas, y rápidamente. ¡Mujer, sal de aquí y déjame con mi muerta! La madre se arrastró escaleras abajo y, en su ansiedad por saber cuánto era lo que le quedaba, olvidó llorar a la hija.

Holden permaneció junto a Ameera, y la lluvia caía haciendo ruido en el tejado. No podía ordenar los pensamientos por el ruido, aunque se esforzó por hacerlo. Después, cuatro fantasmas blancos se deslizaron chorreando agua en la habitación, y le observaron a través de sus velos. Eran las que lavaban a los muertos. Holden abandonó la habitación y fue en busca de su caballo. Cuando pocas horas antes había llegado, sus pies se habían hundido en el polvo hasta los tobillos y el aire sofocante se había parado. Ahora el patio era una charca azotada por la lluvia, llena de sapos; un torrente de agua amarillenta corría por debajo de la puerta, y un viento rugiente empujaba la lluvia contra

las paredes de tierra, como ráfagas disparadas con perdigones de caza. Pir Khan estaba temblando en su pequeña caseta junto al pórtico, y el caballo piafaba, incómodo, en medio del agua.

—Me han comunicado la orden del sahib —dijo Pir Khan—. Está bien. Esta casa está desolada ahora. También yo me iré, porque mi cara de mono sería un recuerdo de lo que ha sido. Con respecto a la cama, yo la llevaré a tu casa mañana por la mañana. Pero recuerda, sahib, será para ti un cuchillo que se mueve en una herida fresca. Haré un peregrinaje, y no quiero dinero. He prosperado bajo la protección de la Presencia, cuyo dolor es mi dolor. Por última vez te sostengo el estribo.

Tocó el pie de Holden con las dos manos, y el caballo saltó a la calle, donde los bambúes rechinaban, azotando el cielo, y todos los sapos parecían reír. Holden no podía ver por la lluvia que le tapaba la cara. Se llevó las manos a los ojos y murmuró:

—¡Oh, criatura insensible! ¡Totalmente insensible! La noticia de su desgracia había llegado ya a su *bungalow*. Lo leyó en los ojos de su mayordomo, cuando Ahmed Khan le llevó la comida y, por primera y última vez en su vida, puso una mano sobre el hombro de su amo diciendo:

—Come, sahib, come. La comida vale para

aliviar el dolor. Yo también lo he conocido. Además, las sombras vienen y se van, sahib, las sombras vienen y se van. Son huevos al curry.

Holden no pudo comer ni dormir. Aquella noche el cielo envió veinte centímetros de lluvia, y arrastró la tierra hasta dejarla limpia. Las aguas echaron abajo los muros, destruyeron o interrumpieron carreteras y pusieron al descubierto las tumbas poco profundas del cementerio musulmán. Durante todo el día siguiente llovió, y Holden, sentado en su casa, estaba absorto en su dolor. A la mañana del tercer día recibió un lacónico telegrama: «Ricketts, Myndonie. Moribundo. Holden sustituto. Inmediatamente». Entonces pensó que antes de partir quería echar una mirada a la casa en la que había sido amo y señor. Cesó de llover y la tierra fecundada exhalaba densas volutas de vapor.

Observó que las lluvias habían derribado los pilares de barro de la entrada, y el pesado pórtico de madera que se había mantenido en pie colgaba, sin protección, apoyado en un solo punto. Había una hierba de tres pulgadas de altura en el patio; el refugio de Pir Khan estaba vacío y la paja empapada pendía entre las vigas. Una ardilla gris se había apropiado de la galería, como si la casa no hubiese tenido inquilinos durante treinta años en lugar de durante tres días. La madre de Ameera se había

llevado todo, a excepción de alguna alfombra mohosa. El único sonido que se percibía era el tic-tic de pequeños escorpiones que corrían por el suelo. El cuarto de Ameera y el otro, en que Tota había vivido, estaban llenos de moho, y la estrecha escalera que subía a la azotea estaba sucia por el barro traído por la lluvia. Holden vio todo aquello, salió y se encontró en la calle con Durga Dass, el propietario: majestuoso, afable, vestido de muselina blanca, en un carro descubierto. Había venido a inspeccionar su propiedad para ver qué tal habían aguantado los techos el ímpetu de las primeras lluvias.

—Me han dicho, Sahib —dijo—, que dejáis esto. —¿Qué pensáis hacer?

—Tal vez vuelva a alquilarla.

—Entonces la mantendré mientras esté fuera.

Durga Dass permaneció en silencio por unos momentos.

—No debéis conservarla, Sahib —dijo—. Cuando era joven yo también..., pero hoy soy un miembro del ayuntamiento. ¡Oh! ¡Oh! No. ¿Para qué conservar el nido cuando los pájaros han volado? Mandaré derribarla. Por la madera siempre te dan algo. Será derribada, y el ayuntamiento abrirá una calle por el medio, porque eso es lo que quieren, desde el crematorio hasta la muralla de la ciudad, y ningún hombre podrá decir que aquí había una casa.

## LA CASA DE LOS DESEOS

La nueva Delegada de la iglesia se acababa de marchar, después de una visita de veinte minutos. Durante ese tiempo, la señora Ashcroft había utilizado el inglés propio de una vieja cocinera, con experiencia y jubilada, que había visto la vida de Londres. Por lo tanto estaba bien preparada para volver a deslizarse en los pulidos, antiguos localismos de Sussex (las tes suavizándose en des, como si se entibiaran), cuando el autobús trajo a la señora Fettley, que se había desplazado treinta millas para hacerle una visita ese agradable sábado de marzo. Las dos habían sido amigas desde la infancia, pero en los últimos años el destino había separado sus encuentros con largos intervalos.

Se tenían que decir muchas cosas y desenredar muchas otras, pendientes desde la última vez, antes de que la señora Fettley, con su bolsa de retales para

coser, se sentara bajo la ventana que dominaba el jardín y el campo de fútbol del valle, allá abajo.

—La mayoría de la gente va a Bush Tye para ver el partido —explicó—, así que en las últimas cinco millas no me he podido, sentar. En ese autobús me han zarandeado de un lado para otro.

—No te pasó nada —dijo la anfitriona—. No te quiebras con la edad, Liz.

La señora Fettley se rió entre dientes y combinó dos retales a su gusto.

—No, pues ya me habría quebrado hace veinte años. ¿Te acuerdas cuando se decía que estaba llenita? La señora Ashcroft sacudió la cabeza lentamente —ella nunca se apuraba— y siguió cosiendo un forro de arpillera en un cesto de mimbre, destinado a útiles de costura. La señora Fettley colocó más retales a la luz primaveral que se filtraba a través de los geranios del alféizar de la ventana, y ambas permanecieron en silencio durante un rato.

—¿Cómo es tu nueva Delegada en las visitas? —preguntó la señora Fettley con un movimiento de cabeza hacia la puerta. Por culpa de su miopía había estado a punto de chocarse con la dama al entrar.

La señora Ashcroft dejó suspendida la gran aguja colchonera en el aire, antes de coser un punto que parecía una puñalada.

—Aparte de que todavía es pronto para emitir un

juicio, no tengo mucho que decir contra ella.

—La que tenemos en Keyneslade —dijo la señora Fettle— tiene la boca llena de palabras edificantes, pero no te deja meter baza. Puedes quedarte con tus pensamientos mientras ella sigue charlando.

—Ésta no es de las que charlan. Parece una de esas monjas de la Iglesia Alta<sup>[12]</sup>.

—La nuestra está casada, pero, por lo que se dice, no le supo sacar partido al asunto... —La señora Fettle adelantó su barbilla aguda—. ¡Dios mío! ¡Esos malditos querubines mueven los huesos del lugar!

La casa de campo, rodeada de muros revestidos de azulejos, se estremeció al paso de dos autobuses de cuarenta plazas, alquilados especialmente para ir a ver el partido de Bush Tye; un autobús del servicio regular, lleno de gente que se acercaba a la capital del condado donde los viajeros hacían sus compras, echaba humo por detrás de aquellos; mientras tanto, de una de las tabernas abarrotadas, un cuarto vehículo salió para unirse a la procesión y engrosar la corriente del tránsito de larga distancia que iba a divertirse.

—Tienes la lengua tan suelta como siempre, Liz —observó la señora Ashcroft.

—Sólo cuando estoy contigo. De lo contrario, soy

la abuelita, de pies a cabeza. Apuesto que es para uno de tus nietos.

—Es para Arthur, el hijo mayor de Jane.

—¿No está trabajando todavía? ¿No?

—No. Esta cesta es para pícnic.

—Te contentas con poco. Willie viene todos los días a pedirme dinero para esas antenas que pone la gente en el jardín, para oír la música de Londres. Yo se lo doy..., ¡qué tonta soy!

—Y él se olvida de darte el beso de agradecimiento, ¿no? —La irónica sonrisa de la señora Ashcroft parecía calar adentro.

—Sí. ¡Qué diferencia entre los muchachos de ahora y los de hace cuarenta años! Cogen todo sin dar nada... ¡Y nosotras tenemos que aguantar! ¡Qué pobres tontas! ¡Willie me pide cada vez tres chelines!

—Hoy la gente no mira el dinero —dijo la señora Ashcroft.

—Y la semana pasada —prosiguió la amiga—, mi hija le encargó un cuarto de libra de carne al carnicero y después se la devolvió para que se la picase: dijo que no iba a molestarse ella en picarla.

—Apuesto a que se lo cobró.

—De eso puedes estar segura. Ella me dijo que esa tarde, en el Instituto, había un torneo de *whist*<sup>[13]</sup> y que no podía picar la carne.

—¡Fíjate!

La señora Ashcroft dio las últimas puntadas al forro de la cesta. Apenas terminado, su nieto de dieciséis años, con una chica que le esperaba, cruzó con rapidez el jardín gritando furioso si estaba lista la cesta, la agarró y se fue sin dar las gracias. La señora Fettlely lo miró atentamente, con una mirada miope.

—Se van de pícnic a algún sitio —explicó la señora Ashcroft.

—¡Ah! —dijo la otra apretando los ojos—. Apuesto a que es el tipo que no tiene contemplaciones con quien se cruza en su camino. Pero ¿a quién me recuerda así, de repente?

—Deben pensar en ellos, como hacíamos nosotras —la señora Ashcroft empezó a preparar el té.

—Seguro que tú lo has hecho, Gracie —dijo la señora Fettlely.

—¿Qué te está pasando por la cabeza?

—No sé... Pero me viene a la memoria ahora, así, de golpe..., lo de esa mujer de Rye... Se me escapa el nombre... ¿No era Barnsley?

—Batten, Polly Batten, es en quien estás pensando.

—Eso es... Polly Batten. Aquel día que vino con una horca... Estábamos todos segando la hierba, en Smalldene... porque le habías robado al marido.

—Pero tú me oíste decirle que tenía mi permiso para quedarse con él.

—La voz y la sonrisa de la señora Ashcroft fueron más suaves que nunca.

—Sí, claro que te oí... Y todos estábamos esperando que te metiera la horca entre las tetas, cuando le dijiste eso.

—¡Nooo! Ella nunca iba más allá de las palabras; gritaba mucho para tener ganas de pasar a los hechos.

—A mí me parece —dijo la señora Fettley después de una pausa— que un hombre entre dos mujeres que se lo disputan es la cosa más ridícula del mundo. Como un perro al que llaman a la vez dos personas.

—Puede ser. ¿Pero qué te hizo recordar esos tiempos, Liz?

—La forma en que ese chico mueve la cabeza y los brazos. No me había fijado en él desde que era pequeño. Jane no me había dado nunca esa impresión, ¡pero... él! ¡Si es el mismo Jim Batten y su forma de moverse; como si hubiese vuelto a la vida!..., ¿no?

—¡Quizá! Hay gente que se habría dado cuenta en seguida, ya que ellos son estériles.

—¡Vaya! ¡Ah, bueno! ¡Pobre de mí, pobre de mí! Jim Batten ha muerto hace...

—Veintisiete años —respondió la señora

Ashcroft brevemente—. ¿Te quedas a tomar el té, Liz?

La señora Fettlely se quedó: había tostadas con mantequilla, pan de pasas, el té recién hecho, amargo como cuero, algunas peras caseras en almíbar y rabo de cerdo frío y cocido para pasar las galletas. Hizo los debidos honores a todo.

—Sí. No he negado nunca nada a mi barriga —dijo la señora Ashcroft pensativamente—. Vivimos esta vida sólo una vez.

—¿Pero no te sientes pesada a veces? —sugirió la amiga.

—La enfermera siempre me dice que es más probable que me muera de una indigestión que de la pierna —porque la señora Ashcroft tenía desde mucho tiempo atrás una úlcera crónica en la pantorrilla, que necesitaba una atención regular de la enfermera del pueblo, que se preciaba (o bien otros lo hacían por ella) de haberla curado ciento tres veces ya, durante el ejercicio de su actividad.

—¡Y tú, que estabas tan bien! Es como si todo te llegara antes del tiempo. Yo lo puedo decir, que te he visto siempre. —La señora Fettlely habló con afecto sincero.

—Algo te pasará antes o después. Pero mi corazón funciona —replicó la señora Ashcroft.

—Tú siempre tuviste un corazón suficientemente

fuerte para tres personas. Es algo que vale la pena recordar al final del camino.

—Reconozco que tú también tienes cosas que vale la pena recordar —fue la respuesta de— la señora Ashcroft.

—Ya lo sabes. Pero yo no pienso mucho, que digamos, en eso, como no sea que esté contigo, Gracie. Para hacer fuego se necesitan dos palitos.

La señora Fettley observaba, con la boca abierta a medias, el bonito calendario del tendero, colgado en la pared. La casa de campo volvió a estremecerse con el estrépito del tránsito, y el campo de fútbol, abarrotado, allá, por debajo del jardín, rugió estrepitosamente: el pueblo estaba bien metido en las diversiones del sábado.

La señora Fettley había hablado con gran precisión durante un rato, sin pararse, antes de enjugar sus ojos. —Y— concluyó— me leyeron esa esquila del diario el mes pasado. Claro que nada de eso puede interesarme..., porque, entre otras cuestiones, no lo había visto en todos estos años. Desde luego que yo no podía decir ni demostrar nada. Tampoco tengo ningún derecho a ir a Eastbourne a ver su tumba. Estuve pensando cómo hacer una escapada hasta allá, en el autobús, algún día; pero en casa me harían más preguntas de las que puedo soportar. Así que ni eso tengo para

consolarme.

—¿Pero no tuviste tus satisfacciones?

—¡Por Diosss! ¡Sííí! En estos cuatro años estuvo trabajando en el ferrocarril, cerca de casa. Y los otros maquinistas también le hicieron un buen entierro.

—Así que no tienes nada de qué quejarte. ¿Otra taza de té?

La luz y el aire habían cambiado un poco con la caída del sol y las dos viejecitas cerraron la puerta de la cocina para protegerse del fresco de la noche. Una pareja de grajos gritaban y se perseguían por entre los frutales sin hojas del jardín. Esta vez tenía la palabra la señora Ashcroft, con los codos sobre la mesa y su pierna enferma apoyada en una banqueta...

—¡No me lo había imaginado! ¿Pero qué dijo tu marido? —preguntó la señora Fettlely cuando se detuvo la voz profunda de la señora Ashcroft.

—Dijo que yo podía ir adonde quisiera, por lo que le tocaba. Pero, cuando lo vi tan enfermo, le dije que lo cuidaría. Él sabía que yo no iba a aprovecharme de él en aquel estado. Duró ocho o nueve semanas. Después le dio una especie de ataque y se quedó como una piedra varios días. Después se levantó en la cama y me dice: «Reza que ningún hombre te trate como tú lo has tratado a uno». «¿Y tú?», le digo yo, porque tú sabes, Liz, lo vagabundo

que fue. «Eso vale para los dos», me dice, «pero yo veo las cosas claras, porque me estoy muriendo, y sé lo que te espera». Se murió un domingo y lo enterraron un jueves... Y sin embargo hice muchos méritos allí, entonces, aunque sólo lo hiciese una vez.

—Nunca me habías dicho eso antes —se aventuró la señora Fettlely.

—Te pago lo que acabas de contar ahora. Cuando él murió, escribí a la señora Marshall a Londres diciéndole que era completamente libre... Ella fue la que me dio aquel primer trabajo de ayudante de cocina... ¡Dios mío, cuántos años han pasado! Ella estaba muy contenta conmigo, y la familia lo pasaba bien en aquella época, y yo sabía cómo comportarme con ellos. ¿Te acuerdas, Liz? Yo solía ir a servirlos de cuando en cuando, y duró muchos años, cuando necesitaba dinero, o... o mi marido estaba lejos de casa... según las circunstancias.

—¿No se pasó seis meses en Chichester o estoy equivocada? —susurró la señora Fettlely—. Nunca llegamos a saber bien qué pasó.

—Podría haber llegado a más, pero ese hombre no se moría.

—¿No tenías algo que ver tú, Gracie?

—¡No! Esa vez fui la esposa de mi marido. Y así, después que murió mi marido, volví a la casa de los Marshall, como cocinera, para poner mis pies otra

vez bajo la mesa de una casa decente y para que me llamaran con un título. Ese año tú te fuiste a Portsmouth.

—A Cosham —corrigió la señora Fettle—.  
Estaban construyendo bastante. Mi marido fue primero, alquiló una habitación y después fui yo.

—Bueno, estuve casi un año seguido en Londres, cuatro comidas al día y una vida tranquila. Después, hacia el otoño, los dos se fueron de viaje, creo, a Francia; me seguían pagando, porque no podían arreglarse sin mí. Puse la casa en condiciones para el casero y después di un salto hasta aquí, a casa de mi hermana Bessie..., con el dinero de mi paga en el bolsillo, y todos muy contentos al verme llegar.

—Sería cuando yo ya estaba en Cosham —elijo la señora Fettle.

—Tú sabes, Liz, que entonces la gente no se daba aquellos aires de grandeza por cuatro céntimos, y que no había cines ni torneos de *whist*. Un hombre o una mujer tenían que agarrarse a cualquier trabajo que supusiera ganar un chelín, ¿no es verdad? Yo estaba muy débil después de estar en Londres, y pensé que un poco de aire fresco me vendría bien. Así que me fui a Smalldene, a echar una mano en la cosecha de la patata temprana, arrancando hierbas y cosas así. Se habrían burlado muchísimo de mí los de mi cocina de Londres si me hubiesen visto con botas de hombre y

las faldas remangadas.

—¿Te asentó bien? —preguntó la señora Fettle.

—No había ido por eso. Tú sabes tan bien como yo que nada te pasa hasta que te ha sucedido. La cabeza, antes de avisarte del camino en que te has metido, espera que llegues al final. Sólo una vez que lo hemos hecho tenemos una visión precisa de cómo nos estamos comportando.

—¿Y quién era?

—Arry Mockler —la cara de la señora Ashcroft se contrajo por el dolor que le producía su pierna enferma.

La señora Fettle tragó saliva.

—¿Arry? ¡El hijo de Bert Mockler! ¡Y yo que nunca me percaté!

La señora Ashcroft asintió con la cabeza.

—Y me dije a mí misma (y me lo creí) que necesitaba trabajar en el campo.

—¿Qué sacaste de eso?

—Lo normal. Al principio todo iba de maravilla..., y después peor que nunca. Un día que estábamos quemando los desechos, nos dimos cuenta de cómo estaban las cosas... entre nosotros. No había que quemar aquello, y se lo dije. «¡No!», me dijo. «Cuanto antes me quite de encima esta porquería, mejor». Y cuando decía esto, tenía la cara más dura que el cemento. Después pensé que había

encontrado a mi dueño, cosa que nunca me había pasado. Más bien siempre los había manejado yo.

—¡Sí! ¡Sí! O los dominas tú o te dominan ellos —suspiró la amiga—. A mí me gusta cómo se lleva.

—A mí no, pero a Arry sí... No mucho después tuve que volver a Londres. ¡No podía! ¡Simplemente no podía! Un lunes por la mañana me tiré un montón de agua hirviendo de la caldera encima de la mano y el brazo izquierdo. Y tuve que quedarme allí otros quince días.

—¿Valía la pena? —dijo la señora Fettley mirando la cicatriz plateada sobre el antebrazo arrugado.

La señora Ashcroft asintió.

—Después de eso lo arreglamos entre los dos para que él pudiera ir a Londres a trabajar en una caballeriza, de las finas, no lejos de donde me encontraba yo. Lo consiguió, yo me encargué de eso. No hubo comentarios en ninguna arte. Ni su madre sospechó cómo estaban las cosas. Él simplemente se fue a Londres y allí pasamos aquel invierno, a menos de media milla uno de otro.

—Pagabas el alojamiento y todo lo demás —comentó la señora Fettley convencida.

Una vez más la señora Ashcroft asintió con la cabeza.

—Había pocas cosas que no estuviera dispuesta a

hacer por él. Era mi dueño y... ¡Ay, Dios me ayude, cuánto nos reíamos paseando juntos por las calles empedradas, por la noche, y con los callos reventándose en los zapatos! Nunca había estado antes así. ¡Ni él! ¡Ni él!

La señora Fettley cloqueó con tono de simpática comprensión.

—¿Y cuándo llegó el final? —preguntó.

—Cuando devolvió todo el dinero que me había gastado con él, hasta el último penique. Entonces supe, pero no quería reconocerlo. «Has sido condenadamente amable conmigo», me dice. «¡Amable!», le dije. «¿Entre nosotros?». Pero siguió todo el tiempo diciéndome lo buena que había sido y que jamás olvidaría aquello en toda su vida. Alejé de mí esta idea durante tres noches, porque no quería creerlo. Entonces me habló de que no estaba satisfecho de su trabajo en las caballerizas, de que los hombres le hacían trampas y todas esas mentiras que un hombre dice cuando te va a dejar. Yo lo escuché hasta el final, sin cortarlo ni animarlo. Después agarré un prendedor que me había regalado y le dije: «Con esto ya basta. Yo no te estoy pidiendo nada». Di media vuelta y me fui con mis sufrimientos. Y él no intentó empeorarlo. Después de aquello no apareció más, ni me escribió. Se marchó y se volvió a casa, al lado de su madre.

—¿Y cuántas veces deseaste que volviera? — preguntó la señora Fettley despiadadamente.

—Más de una vez... ¡Más de una vez! Caminando por esas calles por las que solíamos pasear, pensaba que los mismos adoquines se ponían a gritar debajo de mis pies.

—Así es —dijo la señora Fettley—. No sé por qué, pero no hay nada que te haga sentir peor. ¿Hubo algo más después?

—Pues sí. Eso es lo raro, Liz, si es que puedes creerlo.

—Claro que te creo. Apuesto a que ahora estás más lejos de mentir que en todo el resto de tu vida, Gracie.

—Sí... Y sufrí, como no se lo deseo al peor de mis enemigos. ¡En el nombre de Dios! ¡Aquella primavera pasé un auténtico infierno! En parte fue por culpa de mis dolores de cabeza, tan fuertes como nunca los había tenido en mi vida. ¡Imagíneme a mí con dolor de cabeza! Pero estoy contenta de que me doliera: no me dejaba pensar...

—Es como un dolor de muelas —comentó la señora Fettley—. Puede hacerte reventar, hasta que el dolor se te mete bien dentro y después..., ya no queda nada.

—A mí me quedó lo suficiente para que me dure todos los días de mi vida. Salió todo a relucir con la

chiquilla de asistenta que teníamos; se llamaba Sophy Ellis, toda ojos, rodillas y apetito. Tenía la costumbre de darle algo de comida. Pero, aparte de eso, nunca le hice mucho caso, y entonces menos, por supuesto, cuando ocurrieron los problemas con Arry. Pero..., ya sabes lo que pasa a veces con estas chiquillas..., bueno, ella me quería con locura, siempre encima de mí atosigándome y yo no tenía corazón para echarla... Una tarde, era a principios de la primavera, Su madre la había mandado para ver si podía conseguir algo de comida. Yo estaba sentada junto al fuego, con el delantal en la cabeza, medio loca por el dolor de cabeza, cuando entró la nena. Reconozco que estuve brusca con ella. «¡Dios mío!», dice, «¿sólo esto? ¡Esto me lo como yo en un abrir y cerrar de ojos!». Le dije que no me tocara ni con un dedo, porque pensé que quería acariciarme la frente, y no soy... el tipo al que le gusten esas cosas. «No voy a tocarla», me dice, y se va otra vez. No habían pasado diez minutos desde que se fue cuando mi dolor de cabeza desapareció como si lo hubieran sacado a patadas. Así que volví a mis quehaceres. Al final, Sophy vuelve y se acomoda silenciosa en mi silla, como un ratón. Tenía los ojos hundidos y la cara tensa. Le pregunté qué le pasaba. «Nada», me dice, «lo que pasa es que ahora lo tengo yo». «¿Qué tienes?», le digo. «Su dolor de cabeza», me dice con

la voz ronca y los labios húmedos, «se me vino a mí». «Tonterías», le digo. «Se te pasará en cuanto salgas. Quédate tranquila un momento mientras preparo una taza de té». «No servirá de nada», me dice, «hasta que se cumpla el tiempo. ¿Cuánto le duran los dolores?» «No digas estupideces», le digo, «o mando a llamar al médico». A mí me parecía que estaba incubando el sarampión. «¡Oh, señora Ashcroft!», me dice tendiéndome los bracitos, «yo la quiero». ¿Qué podía hacer? Así que la senté en mis rodillas y le hice unos cuantos mimos. «¿Se le fue de verdad?», me dice. «Sí», le digo, «y si de verdad tú me lo quitaste, te estoy muy agradecida». «Sí que fui yo», me dice, apoyando su mejilla junto a la mía. «Sólo yo sé cómo hacerlo». Y entonces me dijo que había cambiado mi dolor de cabeza en una Casa de los Deseos.

—¿Queeee? Dijo la señora Fettleley con un tono seco.

—Una Casa de los Deseos. ¡No! Yo tampoco había oído jamás hablar de nada parecido. Al principio no entendí nada, pero, cuando lo pensé bien, me di cuenta de que una Casa de los Deseos tenía que ser una casa que hubiese estado sin alquilar y vacía durante mucho tiempo, esperando que alguien fuese a vivir allí. La chiquita me dijo que se lo había dicho otra niña con la que ella había jugado en las

caballerizas en las que trabajaba Arry. Dijo que la niña formaba parte de una caravana que pasaba los inviernos en Londres. Gitanos, creo yo.

—¡Oooh! Los gitanos saben muchas cosas, pero yo nunca oí hablar de una Casa de los Deseos y sé..., sé algunas cosas —dijo la señora Fettlely.

—Sophy dijo que había una Casa de los Deseos en Wadloes Road, no lejos de donde estábamos, en el camino a la verdulería. Lo que hay que hacer, me dijo, es ir, tirar de la campanilla y expresar un deseo por la ranura del buzón de las cartas. Le pregunté si había brujas. «¿Usted no sabe», me dice, «que no hay brujas en una Casa de los Deseos? Sólo hay un Signo».

—¡Oh, Dios Todopoderoso! ¿De dónde había sacado esa palabra? —exclamó la señora Fettlely; porque un Signo es la figura-sombra de los muertos o, lo que es peor, de los vivos.

—Se lo había dicho la chica que iba con los gitanos. Debes creerme, Liz, me asusté al oírle esas cosas y, como la tenía en brazos, ella debió darse cuenta. «Fuiste muy buena», le digo abrazándola fuerte, «al desear coger un dolor de cabeza. ¿Pero por qué no pediste algo bonito para ti?». «No se puede hacer eso», me dice. «Todo lo que se puede conseguir en una Casa de los Deseos es coger los problemas de otro. Yo pedí los dolores de cabeza de

mamá, cuando fue buena conmigo; pero es la primera vez que puedo hacer algo por usted. Oh, señora Ashcroft, yo la quiero de verdad». Y siguió así. Liz, te digo que se me pusieron los pelos de punta al oír la hablar así. Le pregunté cómo era un Signo. «No sé», me dice, «pero después de tirar de la campanilla se oye que alguien corre desde el sótano hasta la puerta de la calle. Entonces se dice el deseo», me dice, «y uno se va». «¿Entonces el Signo no te abre la puerta?», le digo. «Oh, no», me dice. «Sólo se oye que suelta una risita, tras la puerta de entrada. Entonces hay que decirle que uno se queda con el problema de quien se elija porque le quieres, y se consigue lo que pides», me dice. No le pregunté nada más: estaba muy acalorada y febril. La estuve mimando hasta que llegó la hora de encender las lámparas de gas y un ratito después su dolor de cabeza (el mío, supongo) desapareció, la chiquita se bajó de mis rodillas y se puso a jugar con el gato.

—¡Caramba! —dijo la señora Fettleby—. ¿Y... has llegado hasta el final más tarde?

—Ella me pidió que la acompañara, pero yo no quería meterme en esas cosas con una criatura.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Cuando tenía dolor de cabeza me sentaba en mi habitación en lugar de quedarme en la cocina. Aún no soy capaz de olvidarme de aquello.

—Me lo imagino. ¿Te volvió a decir algo de aquello alguna vez?

—No. Además, no sabía más que lo que le había dicho la gitana. Sólo que el embrujo funcionaba. Y después de eso —estábamos en marzo—, me tuve que aguantar el verano en Londres. Hizo calor con viento durante semanas y las calles apestaban a bosta de caballo de una punta a la otra, acumulada hasta la altura de los bordillos. Hoy las cosas han cambiado. Me había tomado mis vacaciones poco antes de la recogida del lúpulo, y había ido a pasar unos días con Bessie. Ella se dio cuenta de que yo había adelgazado y de que tenía unas bolsas debajo de los ojos.

—¿Y viste a Arry?

La señora Ashcroft asintió.

—El cuarto..., no, el quinto día. Era un miércoles. Supe que estaba trabajando en Smalldene de nuevo. Le pregunté a su madre, en la calle con mucha cara. No tuvo ocasión de charlar mucho, porque Bessie (ya sabes la lengua que tiene) se puso a hablar sin parar. Pero ese miércoles yo iba paseando por detrás de Chanter's Tot con uno de los hijos de Bessie colgado de mi falda. De repente, le oigo por el sendero, a mis espaldas, y por el ruido de sus pisadas me di cuenta de que no era el de antes. Entonces me paro un momento, haciendo como si me

ocupara del niño, para obligarle a adelantarme. Y tuvo que adelantarme. Y se limitó a decirme: «Buenas noches», y siguió, tratando de caminar con tranquilidad.

—¿Estaba borracho? —preguntó la señora Fettlely.

—¡Ni hablar! Iba encogido y delgaducho, la ropa le colgaba como si llevara bolsas y la parte de atrás del cuello estaba más blanca que la tiza. Me aguanté para no abrir los brazos y echarme a llorar encima de él. Pero tragué saliva hasta llegar a casa y los chicos se fueron a la cama. Entonces le pregunto a Bessie, después de la cena: «¿Qué es lo ha pasado a Arry Mockler?». Bessie me contó que él había estado en el hospital dos meses, porque se cortó el pie con una pala mientras limpiaba el viejo estanque de Smalldene. En la basura que quitaba había algo venenoso y eso se le subió de repente por la pierna y se le desparramó por todo el cuerpo. Ya hacía quince días que no cuidaba ganado en Smalldene. Bessie añadió que el médico decía que `Arry se iría con las heladas de noviembre; y la madre le había contado a mi hermana que él no podía comer ni dormir, y que sudaba a chorros en la cama, por mucho frío que hiciera. Y que por la mañana escupía de forma horrible. «¡Oh, pobrecito!», le digo. «Quizá le asiente bien la recogida del lúpulo», y chupé la punta

del hilo y puse el ojo de la aguja a la altura para enhebrar, debajo de la lámpara, con el pulso firme como una roca. Y esa noche (mi cama estaba en el lavadero) lloré y lloré. Y tú sabes, Liz —pues tú me has acompañado en los dolores de parto—, que no es fácil hacerme llorar.

—Sí; pero dar a luz comporta sólo dolor físico —dijo la señora Fettle.

—Me levanté con el canto del gallo y me lavé los ojos con té frío, para que no se notara que había llorado. Después —era la tarde del día siguiente, yo iba a poner unas flores en la tumba de mi marido, para que estuviera bien arreglada— me encontré a Arry otra vez, donde ahora está el Monumento a los Caídos de Guerra. Volvía de atender a sus caballos, así que no podía verme. Lo miré de pies a cabeza y «Arry», le digo entre dientes, «ven a Londres y te podrás curar bien». «No puedo aceptarlo», me dice, «porque no puedo darte nada». «No te pido nada», le digo. «¡En Nombre de Dios, no quiero nada de ti! Sólo quiero que vengas y que te vea un médico en Londres». Entonces levanta sus ojos hacia mí —¡qué mirada más dura tenía!—: «Ya no vale de nada, Gracie», me dice.

«No me quedan más que unos meses». «¡Arry!», le digo, «¡mi vida!». No pude seguir hablando. Tenía una cosa en la garganta. «Gracias de corazón,

Gracie», me dice (pero nunca dijo «mi vida») y se fue calle arriba, y su madre, ¡maldita sea!, estaba esperando que llegara, y va y cierra la puerta tras él.

La señora Fettley estiró un brazo a través de la mesa e intentó tocar la manga de la señora Ashcroft, en la muñeca, pero la otra se apartó.

—Así que fui al cementerio con mis flores y recordé las palabras de advertencia de mi marido aquella noche. Hablaba con la sabiduría del que se está muriendo, y todo había pasado como él había dicho. Pero, mientras colocaba las flores en el florero de la tumba, se me vino a la cabeza la idea de que había algo que podía hacer por Arry. Con médico o sin médico, pensé que bien valía la pena probar. Y así hice. Al día siguiente llegó una factura de nuestro verdulero de Londres. La señora Marshall me había dejado algo de dinero para esos gastos, pero le dije a Bessie que tenía que volver a Londres para coger el dinero. Así que me fui en el tren de la tarde.

—Sé que no lo tenías..., ¿pero no tenías miedo?

—¿Por qué? No tenía ante mí nada más que mi vergüenza y la crueldad de Dios. Ni siquiera podía tener a Arry... ¿Cómo iba a tenerlo? Sabía que debía seguir quemándome hasta que las llamas se apagasen solas.

—¡Ay! —dijo la señora Fettley, estirando la mano otra vez hacia la muñeca, y esta vez la señora

Ashcroft se dejó acariciar.

—Sin embargo, era un consuelo saber que podía intentar eso por él. Así que fui, pagué la cuenta al verdulero, puse el recibo en mi bolso y me fui directamente a casa de la señora Ellis, la sirvienta, y cogí las llaves y abrí la casa. Primero me preparé la cama, me serviría para después. ¡Santo Dios! ¡La cama en la que nos deberíamos haber acostado! Después me hice una taza de té y me senté en la cocina a pensar, hasta que oscureció. Fue un atardecer terrible. A continuación me vestí y salí con el recibo en la mano, haciendo como que leía una dirección. Wadloes Road, catorce, era el lugar: una casita con la cocina en el sótano, en una fila de veinte-treinta edificios iguales, con verjas descuidadas de un jardín rodeado de paredes, la puerta de entrada sin pintura y sin que nadie lo cuidara desde hacía mucho tiempo. En las calles no había nada más que gatos. Encontré el número que buscaba. Me acerqué a la puerta, nerviosa como nunca; subí los escalones y tiré de la campanilla de entrada. Sonó fuerte, como pasa en todas las casas vacías. Cuando se apagó el eco, oí una silla que se arrastraba por el suelo de la cocina. Después oí unos pasos por la escalera de la cocina, como si caminara una mujer gorda en zapatillas. Llegaban hasta los escalones, atravesaban la antesala —oí cómo crujía

la madera bajo esos pasos...—, y se detenían ante la puerta de entrada. Me agaché hasta la ranura de las cartas y dije: «Puede caer sobre mí todo el mal que lleva mi hombre, Arry Mockler, por amor de él». Entonces, fuera lo que fuese lo que había al otro lado de la puerta, respiró profundamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración para oír mejor.

—¿Y no te dijo nada? —preguntó la señora Fettlely.

—Nada. Respiró profundamente y basta..., algo así como un A-ab. Entonces los pasos volvieron a bajar por la escalera hasta la cocina, arrastrándose, y otra vez el ruido de la silla que se movía.

—¿Y tú te quedaste toda ese tiempo en la entrada, Gracie?

La señora Ashcroft asintió.

—Mientras me iba, un hombre que pasaba por allí me dice: «¿No sabe que esa casa está vacía?». «No», le digo, «me habrán dado un número equivocado». Y me volví a la casa y me metí en la cama, porque no me tenía en pie. Hacía demasiado calor y sólo pude dormir a ratos, así que estuve paseando por la habitación, recostándome de vez en cuando, hasta que la oscuridad fue sustituida por las primeras luces del día. Entonces fui a la cocina a prepararme una taza de té y me pegué un golpe encima del tobillo con un viejo atizador, que la

señora Ellis había sacado del rincón la última vez que limpió. Y bueno... Después de aquello, esperé a que los Marshall regresaran de sus vacaciones.

—¿Sola, allí? Pensé que habías tenido ya lo tuyo con lo de las casas vacías —dijo la señora Fettley impresionada.

—¡Oh, la señora Ellis y Sophy no hacían más que ir y venir en cuanto se enteraron de mi vuelta, y así entre todas limpiamos la casa otra vez de cabo a rabo! Siempre te queda algo por hacer en una casa. Y así me pasé aquel otoño y el invierno en Londres.

—¿Y qué pasa..., no te ocurrió nada por lo que habías hecho?

La señora Ashcroft sonrió.

—No. Entonces no. Después, más tarde, en noviembre, le mandé a Bessie diez chelines.

—Siempre fuiste muy generosa —interrumpió la señora Fettley.

—Y las noticias que me dio recompensaron ampliamente mi dinero. Me dijo que a Arry le había asentado muy bien la recogida del lúpulo. Se había tirado dos semanas con eso, y ahora había vuelto a cuidar ganado a Smalldene. No tenía importancia para mí ni cómo hubiese pasado, sino que hubiera pasado. No es que esos diez chelines me elevaran el espíritu, pues Arry muerto habría sido mío hasta el día del Juicio. Arry vivo, sin embargo, es fácil que lo

pesque una mujer cualquiera y rápidamente. Me puse furiosa al pensar en eso. Llegó la primavera, y otro motivo más para enfurecerme. Se me había hecho una llaga chiquita y fea que soltaba líquido, en la pantorrilla, justo encima de la caña de la bota y no se curaba ni se cerraba. Me ponía enferma de verla, porque tengo buena encarnadura. Que me caven con una azada, y me pondré en seguida bien, como si fuera un trozo de césped. Entonces la señora Marshall me mandó a su médico. Él dijo que yo tendría que haber ido a verlo en cuanto me apareció eso, en lugar de darme toda clase de pomadas durante meses. Me dijo que yo estaba demasiado tiempo de pie por mi trabajo, que la herida estaba muy cerca de una vena muy grande y muy hinchada, encima del tobillo. «Curada tarde, se irá lentamente», me dice. «Tenga la pierna en alto y descanse», dice, «y poco a poco mejorará. No deje que se cierre demasiado pronto. Usted tiene una pierna muy bonita, señora Ashcroft», me dice. Y me puso un vendaje húmedo.

—Hizo bien —dijo con firmeza la señora Fettley—. Vendajes húmedos para heridas de pus. Así te saca afuera la pus, como la mecha chupa el aceite.

—Eso es cierto. Y la señora Marshall siempre estaba detrás para que me pusiera otro, y eso casi me curó. Y después me mandaron durante un periodo a casa de Bessie, para que terminara de curarme,

porque yo no podía estar sentada cuando tenía que estar de pie, trabajando. Tú estabas de vuelta en el pueblo por esa época, Liz.

—Sí, estaba, estaba, pero... ¡nunca hubiera podido imaginarme!

—Tampoco quise yo que supieras —la señora Ashcroft sonrió—. Vi a Arry un par de veces por la calle, ya estaba muy bien de peso, y casi como antes. Un día, hacía tiempo que no lo veía, la madre me dijo que uno de sus caballos le había dado una coz en la cadera. Así que estaba en la cama y bastante dolorido. Y Bessie va y le dice a la madre que «era una lástima que Arry no tuviera una mujer para que lo cuidara». ¡Y la vieja se puso como loca! Nos dijo que Arry jamás había mirado a una mujer en toda su vida y que mientras ella estuviera en este mundo procuraría cuidarlo hasta que se le cayeran las manos de cansancio. Por eso supe que ella me controlaba como a un perro, y que no me habría dejado roer ni un hueso.

La señora Fettle se balanceó con una risita suave.

—Ese día —prosiguió la señora Ashcroft— estuve de pie toda la noche viendo cómo entraba y salía el médico, pues pensaban que igual tenía mal también las costillas. Por estar tanto tiempo de pie, se me reventó otra vez la llaga y empezó a supurar.

Pero resultó que no tenía nada en las costillas y Arry pasó bien la noche. Cuando me enteré de eso, a la mañana siguiente, me dije a mí misma: «Esperaré todavía antes de sacar mis conclusiones. Tendré en movimiento la pierna durante una semana y veremos qué pasa». Ese día no me dolió, no me molestó, más bien parecía que algo me quitaba las fuerzas, y Arry pasó otra buena noche. Así que decidí seguir igual. Pero no me atreví a sacar las conclusiones hasta que acabase la semana, y entonces Arry se levantó y casi estaba tan bien como antes, como si no le doliera nada, ni por dentro ni por fuera. Esa noche me caí de rodillas en el lavadero, mientras Bessie se iba calle arriba. «Ahora que eres mi hombre», digo, «si estás bien, me lo debes a mí, pero nunca en tu vida lo sabrás. ¡Oh Dios, concédeme una larga vida, por el bien de Arry!». ¡Y cuántas veces desde entonces la pierna me ha hecho ver las estrellas!

—¿Continuamente? —preguntó la señora Fettle.

—Me volvió un montón de veces, pero no me importaba, porque yo sabía que lo estaba haciendo por él. Me cogía y me quitaba los dolores como si estuviera regulando el fuego de mis hornillos, hasta que aprendí a tenerlos cuando quería. Y eso también tenía mucha gracia. Algunas veces, Liz, mi llaga parecía encogerse y secarse. Al principio, trataba de abrirla otra vez, porque tenía miedo de que, si dejaba

demasiado tiempo a Arry solo, le pasara algo. Pero después me di cuenta de que era un signo de que él estaba bien en ese momento, y así me evité molestias.

—¿Y cuánto tiempo duró? —preguntó la señora Fettle, con el más profundo interés.

—Una o dos veces en un año no tuve nada más visible que una pequeña señal en la llaga, pero sin importancia. El resto estaba arrugado y seco. Luego se inflamaba de repente, como una advertencia, y yo empezaba a sufrir. Cuando ya no podía más —y no podía permitirme quedarme sin trabajo en Londres—, ponía la pierna en alto, en una silla, hasta que se calmaba. Nunca muy rápido. Yo conocía, por ese dolor, que en ese momento Arry me necesitaba. Entonces enviaba otros cinco chelines a Bessie, o algo para los chicos, y me enteraba si, por casualidad, él había tenido algún contratiempo, por mis descuidos. ¡Y así era! Liz, así siguió todo año tras año, y de esta forma él ha recibido su bienestar de mí, sin saberlo, durante años.

—¿Pero qué has sacado tú con eso, Gracie? —Casi lloriqueó la señora Fettle—. ¿Lo veías regularmente?

—A veces..., cuando iba al pueblo de vacaciones. Y más ahora, que no me muevo de aquí. Pero él nunca me miró, ni a ninguna otra mujer que no fuera su madre. ¡Cómo vigilaba y escuchaba yo! Y

también su madre lo hacía.

—¡Años y años! —repitió la señora Fettley—. ¿Dónde trabaja ahora?

—Oh, ya dejó lo de cuidar ganado hace tiempo. Ahora trabaja para una de esas compañías grandes de tractores, algunas veces va a arar y otras con los camiones va afuera..., me han dicho que hasta Gales. Entre un viaje y otro vuelve a casa de su madre. Pero ahora no lo veo durante semanas. ¡No es raro! Con ese trabajo no puede quedarse en ningún sitio demasiado tiempo.

—Pero, sólo por decir algo... ¡supongamos que Arry se hubiera casado! —dijo la señora Fettley.

La señora Ashcroft contuvo la respiración, entre sus dientes iguales y todavía suyos.

—No se podía pedir esto —respondió—. Creo que el mal que me eché a mis espaldas excluía esta posibilidad. ¿No te parece, Liz?

—Debería ser así, querida. Debería ser así.

—A veces me duele mucho. Ya verás cuando venga la enfermera. Ella piensa que yo no sé qué cariz ha tornado la herida.

La señora Fettley comprendió. La naturaleza humana pocas veces llega a pronunciar la palabra «cáncer».

—¿Estás segura, Gracie? —preguntó.

—Me convencí cuando el viejo señor Marshall

me hizo subir a su estudio y habló un buen rato sobre mi fiel servicio. He trabajado para ellos a intervalos y durante un período de tiempo, pero no tanto como para tener una pensión, aunque me asignaron una ayuda semanal de por vida. Yo sabía lo que eso significaba... Y hace tres años de eso.

—Eso no prueba nada, Gracie.

—¿Darle veinticinco chelines semanales a una mujer que puede vivir veinte años con toda tranquilidad? ¡Claro que lo prueba!

—¡Te equivocas! ¡Te equivocas! —insistió la señora Fettleley.

—Liz, no me puedo equivocar, porque los bordes de la herida están hacia arriba, como si fuera un collar. Ya lo verás tú misma. También ayudé en las curas de Dora Wickwood. Ella lo tuvo debajo de la axila.

La señora Fettleley consideró la cuestión unos momentos y asintió con su cabeza por fin.

—¿Cuánto tiempo crees que te queda de vida, a contar desde ahora, querida?

—Viene despacio, se va despacio. Pero, si no te voy a ver antes de la próxima recogida de lúpulo, Liz, es mejor que nos despedamos.

—No sé si voy a poder arreglarme antes de entonces..., voy a tener que coger un perro que me guíe. Así los chicos no tendrán que preocuparse, y...

¡oh Gracie..., me estoy quedando ciega...! ¡Me estoy quedando ciega!

—¡Ah! Por eso no hiciste más que tocar los retalitos para hacer el cojín. Yo me preguntaba... Pero el dolor valía la pena, ¿no te parece, Liz? Valía la pena para conservar a Arry donde yo quería. Así que no he malgastado este dolor.

—Estoy segura, estoy segura... Tendrás tu recompensa.

—Lo que tengo es suficiente, si el dolor es parte de la suma.

—Claro que entrará en la suma, Gracie, claro que entrará.

Llamaron a la puerta.

—Es la enfermera. Llega antes de tiempo —dijo la señora Ashcroft—. Abre tú.

La joven entró desenvuelta, mientras sonaban en su bolso todas las botellitas, que chocaban unas contra otras.

—Buenas, señora Ashcroft —empezó diciendo—. Vine un poco antes de la hora por lo del baile de esta noche en el Instituto. No le molesta, ¿verdad?

—¡Para mí ya se acabaron los bailes! —La señora Ashcroft volvió a ser de repente la criada reservada. Mi vieja amiga, la señora Fettle, ha venido a charlar un rato conmigo.

—Espero que no la haya cansado demasiado —

dijo la enfermera con cierta frialdad.

Todo lo contrario. Ha sido un placer. Sólo..., sólo... que ahora, al final me sentí un poco..., un poco cansada.

—Sí, sí —la enfermera ya estaba de rodillas, con los desinfectantes a mano—. Cuando las ancianas se juntan, charlan demasiado, según he comprobado.

—Tal vez también nosotras —dijo la señora Fettlely mientras se levantaba—. Pero ahora quito este estorbo.

—Antes quisiera que vieses esto —pidió la señora Ashcroft débilmente—. Me gustaría que le echaras un vistazo.

La señora Fettlely miró y se estremeció. Después se inclinó y besó a la señora Ashcroft una vez en la frente ya amarilla como cera, y luego en los ojos grises y ya opacos.

—Valía la pena, ¿no?, valía la pena el dolor.

—Los labios, que todavía conservaban rastros de su belleza, apenas suspiraron estas palabras.

La señora Fettlely besó aquellos labios y se fue hacia la puerta.

## ELLOS

Un paisaje me llevaba a otro; la cima de una colina, a otra cercana, en la mitad del Condado, y ya que no podía hacer otra cosa que mover una palanca, dejé que el Condado corriera bajo mis ruedas. Las amplias llanuras salpicadas de árboles frutales, en el este, dejaron paso al tomillo, a los acebos y a las hierbas grises de los montes Downs, a su vez todo esto fue sustituido por los fértiles campos de cereales y por las higueras de la costa baja, donde al viajero le acompaña, por su izquierda y a lo largo de quince millas de llano, el movimiento rítmico del oleaje. Cuando por fin giré tierra adentro, a través de una confusión de colinas redondeadas y de bosques, había traspasado el límite de mis fronteras conocidas. Más allá de la mismísima aldea que hace de madrina de la capital de los Estados Unidos, encontré villorrios escondidos donde las abejas, los

únicos seres despiertos, zumbaban en tilos de veinticuatro metros de altura, que se levantaban por encima de grises iglesias normandas; arroyuelos que parecían surgir milagrosamente de la nada, y que se tiraban bajo puentes de piedra contruidos para soportar un tránsito más pesado ya desaparecido, y que no volvería a molestarlos; graneros para almacenar los diezmos más grandes que las iglesias surgían junto a una vieja herrería que proclamaba a los cuatro vientos haber sido una vez la sala de reuniones de los Caballeros del Temple. Encontré gitanos en una propiedad pública donde la retama, el helecho y el brezo luchaban a brazo partido en más de una milla de vía romana; y algo más allá molesté a un zorro rojo que daba vueltas en el suelo, como hacen los perros, bajo la luz desnuda del sol.

Cuando las colinas de bosques se cerraron a mi alrededor, me puse de pie en el coche para tener una mejor visión del gran Down<sup>[14]</sup>, cuya cima cubierta de vegetación es un hito en cincuenta millas a la redonda en las comarcas bajas. Supuse, por la configuración del paisaje, que encontraría una carretera, que, yendo hacia el oeste, me llevaría al pie de la montaña. No tuve, sin embargo, en cuenta los bosques, que como un velo se interpusieron entre el proyecto y su realización. Un giro rápido me metió primero en un atajo verde, lleno de luz solar líquida,

después en un túnel oscuro donde las hojas muertas del otoño pasado murmuraban y crepitaban bajo las ruedas de mi automóvil. Las ramas fuertes del avellano que estaba sobre mi cabeza no habían sido podadas durante dos generaciones, por lo menos, ni hacha alguna había ayudado al roble cubierto de musgo o al haya a crecer más. En este punto la carretera se convertía abiertamente en un sendero tapizado de hierba, sobre cuyo terciopelo oscuro las matas de primulas resaltaban como jade, y algunos jacintos salvajes blancos cabeceaban pesadamente al unísono las corolas. Aprovechando la bajada apagué el motor y me deslicé por encima de los remolinos de hojas esperando encontrarme con algún guardia, pero oí solamente a un grajo, a lo lejos, bajo la penumbra de los árboles, alzando sus gritos contra el silencio.

El sendero continuaba bajando. Estaba a punto de dar la vuelta y de meter la segunda para hacer en sentido contrario el camino recorrido, antes que fuera a dar en algún pantano, cuando vi un rayo de sol que atravesaba más adelante la maraña y solté el freno. Decidí continuar el descenso. Mientras los rayos de luz golpeaban mi cara, mis ruedas delanteras tocaron el manto de hierba sobre un amplio prado tranquilo, en el que surgían jinetes que medían tres metros con las lanzas en ristre, monstruosos pavos reales y elegantes damas de honor con la cabeza redonda y

los cabellos relucientes, azules, oscuros y brillantes: eran árboles de tejo podados como figuras humanas. Más allá del prado, ya que los bosques estaban colocados en escuadrones compactos que iban al asalto por tres lados, se levantaba una casa de antigua piedra corroída por los líquenes y castigada por la intemperie, con sus ventanas divididas por columnitas y techos de tejas rojas. Estaba flanqueada por muros semicirculares, del mismo color que las tejas, que cerraban el prado por su cuarto lado y a sus pies crecía un seto recortado hasta la altura de un hombre. Había palomas en el tejado, junto a las finas chimeneas de ladrillo, y entreví, tras del muro que se interponía, un palomar octogonal.

Me paré delante de la casa; la lanza verde de un caballero apuntaba a mi pecho, detenido por la belleza enorme de esa joya en aquel lugar.

«Si no me echan por intruso, o si este caballero no me ensarta como a un tordo», pensé, «Shakespeare y la reina Isabel, por lo menos, tendrían que salir por esa puerta del jardín entreabierta para invitarme a tomar el té con ellos».

Un niño apareció en una ventana de arriba, y me pareció que el pequeño agitaba una mano amistosa dirigida a mí. Pero era para llamar a un compañero, pues inmediatamente apareció otra cabecita rubia. Entonces oí una risa entre los pavos reales de madera

de tejo, y, cuando me volví para descubrir el motivo (hasta ese momento había estado observando sólo la casa), vi el chorro plateado de una fuente tras un seto, subiendo hacia el sol. Las palomas del techo arrullaban como respuesta a un murmullo callado del agua; pero entre ambas melodías pude oír la risita de completa felicidad de una criatura absorta en alguna pícaro diablura.

La puerta del jardín —roble macizo hundido en la robustez del muro— se abrió nuevamente: una mujer con un gran sombrero de paja avanzó con lentitud por la escalera de piedra en la que el tiempo dibujara sus concavidades y con esa misma lentitud atravesó el manto de hierba. Estaba pensando una disculpa, cuando ella levantó la cabeza y vi que era ciega.

—Lo oí llegar —dijo—. Viene en automóvil, ¿no es verdad?

—Creo que me equivoqué de camino. Tendría que haber dado la vuelta allí arriba... Lo siento. Nunca habría pensado... —empecé diciendo.

—Pero yo me alegro mucho. ¡Es gracioso que un automóvil entre en el jardín! Sería tan agradable...

—Se volvió e hizo como si mirara a su alrededor—. Usted..., ¿usted ha visto a alguien?

—Nadie con quien hablar, pero los chicos parecían interesados, a distancia.

—¿Qué chicos?

—Vi a dos en la ventana, hace un momento, y creo que oí a otro por allí atrás.

—¡Qué afortunado es usted! —exclamó, y su rostro se llenó de alegría—. Naturalmente, yo los oigo, pero eso es todo. ¿Usted los ha visto y los ha oído?

—Sí —respondí—. Y si conozco algo a los chicos, uno de ellos lo está pasando muy bien cerca de aquella fuente. Se ha escapado, supongo.

—¿Le gustan los niños?

Le di una o dos razones por las que no los odiaba del todo.

—Claro, claro —me respondió—. Entiendo. No le parecerá una estupidez si le pido que dé unas vueltas por el jardín, una o dos veces, muy despacio. Estoy segura de que les gustaría verlo. ¡Ven tan pocas cosas así, pobrecitos! ¡Una intenta hacerles la vida agradable, pero —extendió las manos hacia el bosque— estamos aquí tan aislados del mundo!

—Me parece una magnífica idea —le dije—. Pero no quiero estropearle el césped.

La mujer volvió la cara hacia la derecha.

—Espere un momento —dijo—. Estamos en la puerta sur, ¿no? Detrás de esos pavos reales hay un camino empedrado. Lo llamamos Paseo de los Pavos Reales. No se puede ver desde aquí, según me han dicho, pero, si usted avanza hasta la orilla del

bosque, puede doblar donde está el primer pavo y llegar hasta el empedrado.

Era un sacrilegio despertar la fachada dormida de esa casa con el ruido de un motor, pero me enfilé con el coche para cruzar el prado, rocé la orilla del bosque y me metí en el amplio paseo empedrado, junto a la fuente, tan brillante como una estrella de zafiro.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó la mujer. No, por favor, no me ayude. Les va a gustar más si me ven a mí.

Tanteó con suavidad el camino hasta la puerta delantera del automóvil, y con un pie en el estribo exclamó:

—¡Chicos! ¡Eh, chicos, miren y vean lo que va a pasar!

La voz podría haber sacado a las almas condenadas de su abismo de perdición, por la abrasadora llamada de dulzura, y no me sorprendió oír una exclamación de respuesta más allá de las piedras. Podía haber sido el chico que estaba junto a la fuente, pero huyó cuando nos acercamos, dejando un barquito de papel en el agua. Vi brillar su camisa azul entre los jinetes inmóviles.

Tranquilamente desfilamos por el paseo y a petición de la mujer lo hicimos por segunda vez. En esta ocasión el chico, dominando el miedo, se

mantuvo apartado y dubitativo.

—El chico nos está mirando —dije—. Me pregunto si le gustaría dar una vuelta.

—Ellos son muy tímidos todavía. Muy tímidos. Pero ¡dichoso usted que puede verlos! Escuchemos. Detuve el motor de inmediato y la quietud húmeda, cargada del olor del boj, nos envolvió en su manto profundo. Pude oír el sonido de las tijeras de un jardinero que estaba podando; el zumbido de las abejas y voces de palabras ininteligibles, que podrían haber sido las de las palomas.

—¡Oh, qué descorteses! —dijo la mujer, con tono de fuerte enfado.

—Quizá les asusta el motor. La doncella de la ventana parece muy interesada.

—¿Sí? —Alzó la cabeza—. He sido injusta con ellos. Me quieren de verdad. Es lo único por lo que vale la pena vivir..., que nos quieran de verdad, ¿no es así? No quiero ni pensar qué sería este lugar sin ellos. A propósito, ¿no es bonito?

—Creo que es el lugar más bonito que he visto en mi vida.

—Todos me dicen eso. Puedo sentirlo, naturalmente, pero no es lo mismo.

—¿Entonces usted nunca...? —empecé diciendo, pero me detuve avergonzado.

—No, desde que recuerdo. Ocurrió cuando sólo

tenía unos meses, me han dicho. Y sin embargo debo recordar algo; de otro modo, ¿cómo podría soñar con colores? Veo luz en mis sueños, y colores, pero jamás los veo realmente. Sólo los oigo, como cuando estoy despierta.

—Es difícil ver caras en sueños. Algunos pueden, pero la mayoría no tenemos ese don —proseguí, mirando la ventana donde estaba la niña, escondida.

—También yo he oído decir eso —me respondió—. Y me aseguran que uno nunca ve en sueños la cara de una persona muerta. ¿Es verdad?

—Creo que sí..., ahora que lo pienso.

—¿Pero a usted le ha sucedido? Le pregunto a usted —los ojos ciegos se volvieron hacia mí.

—Nunca vi las caras de mis muertos en ningún sueño —respondí.

—Entonces tiene que ser tan malo como ser ciego.

El sol había caído tras el bosque y las sombras largas del crepúsculo iban apoderándose de los jinetes insolentes, uno a uno. Vi la punta de una lanza hecha de hojas caer repentinamente en la penumbra, y todo el verde compacto y duro se volvió negro, con una tonalidad suave. La casa, después de aceptar que otro día terminase, como había aceptado otros cien mil ya terminados, parecía sentir necesidad de las sombras de la noche para meterse mejor en su estado

de reposo.

—¿Pero alguna vez ha deseado ver las caras de sus muertos? —preguntó, después de un silencio.

—Muchísimo, alguna vez —repliqué.

La niña había abandonado la ventana mientras la oscuridad cayó sobre ella.

—Ah, también yo, pero creo que no está permitido... ¿Dónde vive?

—Exactamente al otro extremo..., a más de sesenta millas; tengo que irme. No he traído la linterna grande.

—Pero todavía no es de noche. Puedo percibirlo.

—Me parece que lo será antes de que llegue a casa. ¿Puede mandar a alguien conmigo para que me indique el camino? Estoy completamente perdido.

—Mandaré a Madden que le acompañe hasta el cruce. ¡Estamos tan apartados del mundo, que no me extraña que se haya perdido! Yo le voy a indicar el camino hasta la fachada; pero vaya despacio, ¿eh?, hasta salir de aquí. No le parece una tontería, ¿verdad?

—Le prometo que lo haré como usted dice —le dije, y dejé que el automóvil se deslizara aprovechando la cuesta abajo del camino empedrado.

Rodeamos el ala izquierda de la casa, cuyos elaborados canalones de plomo fundidos bien merecían un día de viaje; pasamos junto a una gran

verja cubierta de rosas que llegaban hasta el muro rojo y seguimos girando hasta la fachada altísima de la mansión, que en belleza y majestuosidad no sólo superaba la parte trasera sino todas las otras que había visto.

—¿Es tan bonita? —me dijo pensativa, cuando oyó mis alabanzas—. ¿También le gustan los canalones de plomo? Atrás está el antiguo jardín de azaleas. Dicen que este lugar debe de haber sido construido para niños. Ayúdeme a bajar, por favor. ¿Es usted, Madden? Me gustaría que acompañara a este caballero hasta el cruce. Se ha perdido, pero..., pero los ha visto.

Un mayordomo apareció silenciosamente en el milagro de roble antiguo que era la puerta principal y se deslizó, siempre sin hacer ruido, hacia un lado para coger su sombrero. Entretanto la mujer me miraba con unos ojos azules abiertos en los que no había luz y por primera vez advertí que era bella.

—Recuerde —dijo con voz suave— que tiene que volver, si los quiere —y desapareció en el interior de la casa.

El mayordomo, en el coche, no habló hasta que estuvimos cerca de las puertas del pabellón de caza, donde al ver un retazo de una camisa azul entre los matorrales frené para que el demonio no inspirase al chiquillo un movimiento repentino que me pudiese

llevar a un accidente culpable.

—Perdón —preguntó de pronto—, ¿por qué ha hecho eso, señor?

—Por aquel chico.

—¿Nuestro chico de azul?

—Claro.

—Siempre anda por aquí. ¿Lo vio en la fuente, señor?

—Oh, sí, varias veces. ¿Debo girar aquí?

—Sí, señor. ¿Y también ha podido verlos arriba?

—¿En la ventana? Sí.

—¿Y eso fue antes que la señora apareciera y le hablara, señor?

—Un poquito antes. ¿Por qué me lo pregunta? Se quedó un instante en silencio.

—Sólo para asegurarme de que... de que ellos han visto el automóvil, señor, porque con chicos que andan por los alrededores, aunque estoy seguro de que usted conduce con mucho cuidado, podría producirse un accidente. Nada más, señor. Aquí está el cruce. Desde aquí ya no puede perderse, señor.

—Gracias, señor, pero no es nuestra costumbre, no con...

—Le pido disculpas —le dije y me guardé la libra de plata.

—Oh, otros de mi condición lo habrían aceptado sin rechistar. Adiós, señor.

Se retiró a la espléndida e impenetrable torre de su posición social, alejándose. Era evidente que se trataba de un mayordomo que se preocupaba del honor de su casa y que estaba interesado, quizá por culpa de una niñera, de todo lo que sucedía entre los niños.

Después de pasar los carteles del cruce miré hacia atrás, pero las sinuosas colinas se entrelazaban unas con otras con tanto celo que no pude ver el emplazamiento de la casa. Cuando pregunté el nombre de aquella casa en una granja cercana, en la carretera, la mujer gorda que vendía dulces me dio a entender que se podían tolerar a las personas en automóvil, pero que no podían «ir por ahí pidiendo información como si fueran en carruaje». La comunidad de aquellas tierras no destacaba precisamente por sus buenos modales.

Cuando de noche, en casa, reconstruí mi ruta de la jornada en el mapa, no tuve las ideas más claras. Según el mapa catastral, Antigua Granja Hawkin parecía ser el nombre del lugar, y el viejo Calendario geográfico del Condado, en general, no bajaba a estos particulares. La casa más importante de aquella zona era Honington Hall, de estilo georgiano (finales del Setecientos), con adornos de la primera época victoriana, como testimoniaba un atroz grabado en metal. Expuse mi problema a un vecino —persona

con profundas raíces en las tradiciones del lugar— y me dio el nombre de una familia completamente desconocido para mí.

Más o menos un mes más tarde volví, o quizá deba decir que mi automóvil emprendió el camino por su propia voluntad. El coche dejó atrás las áridas dunas, atravesó cada vuelta del laberinto de senderos al pie de las colinas, se deslizó a través del muro de bosques altos, por el follaje casi impenetrable, llegó al cruce en el que el mayordomo me había dejado y un poco más adelante decidió tener una avería que me obligó a pararlo en una explanada de hierba que se insinuaba en un bosque de avellanos, envuelto en el silencio del verano. Por lo que podía entender consultando el sol y un detallado mapa militar, debía ser el camino lateral de ese bosque que había explorado la primera vez desde la parte alta, allá arriba. Hice que mis trabajos de reparación pareciesen algo muy serio, y mostré mis relucientes herramientas: llaves, pinzas, inflador y demás, que esparcí con orden sobre un tapete. Era una trampa para cualquier muchacho, porque, pensé, en un día tan bello los niños no debían estar demasiado lejos. Al hacer una pausa en mi trabajo escuché, pero el bosque estaba tan saturado de los ruidos del verano (aunque los pájaros ya se habían apareado), que no me fue posible distinguir al principio su piar de las

pisadas de pequeños pies cautelosos que se deslizaban sobre las hojas muertas. Toqué la bocina de una forma tentadora, pero los pies huyeron y me arrepentí, porque para un niño cualquier ruido repentino representa un verdadero motivo de terror. Llevaba trabajando más de media hora cuando oí en el bosque la voz de la mujer ciega, que gritaba:

—¡Chicos, chicos! ¿Dónde estáis?

Y la quietud del lugar pareció estremecerse por la perfección de aquel grito, y creyó adquirir su equilibrio con repugnancia. La mujer se acercó a mí, tanteando su camino entre los troncos de los árboles, y aunque un chico, al parecer, iba colgado de su falda, se metió entre el follaje como un conejo cuando ella estuvo cerca.

—¿Es usted? —preguntó—. ¿El que viene del otro extremo del Condado?

—Sí, soy yo, el del otro extremo del Condado.

—¿Por qué no vino por los bosques de arriba? Allí estaban ellos hace un momento.

—Estaban aquí hace unos minutos. Creo que se han dado cuenta de la avería de mi automóvil, y han venido a verme.

—Espero que no sea una avería grave. ¿Por qué se averían los automóviles?

—Por cincuenta motivos distintos. Sólo que el mío ha elegido el número cincuenta y uno.

Se echó a reír alegremente al oír mi inocente broma, y se tiró hacia atrás su sombrero.

—Si no le importa, me quedo aquí dijo.

—Espere un momento —exclamé—, voy a darle un cojín.

Puso un pie sobre la alfombra cubierta de piezas de recambio y se inclinó sobre ellas con vivo interés.

—¡Qué bonitas!

Las manos, con las que veía, tocaron rápidamente los objetos dispersos por el suelo e iluminados por los rayos de sol que pasaban entre los árboles.

—Aquí hay una caja... ¡Otra caja! ¡Ah, pero si las ha colocado como si estuviera jugando a los tenderos!

—Le confieso que las puse para atraerlos. En realidad no necesito ni la mitad.

—¡Qué amable de su parte! Oí su bocina en el bosque de arriba. ¿Dice que hace un momento estaban aquí?

—Estoy seguro. ¿Por qué son tan tímidos? Ese chiquito de azul que estaba con usted hace un momento ya debería haber superado su miedo. Me ha estado observando como a un piel roja.

—Habrá sido por su bocina —dijo la mujer—. Oí que uno de ellos, nervioso, pasaba corriendo a mi lado mientras yo bajaba. Son tímidos..., muy tímidos, incluso conmigo —se volvió y exclamó nuevamente:

—¡Chicos, chicos! ¡Venid a verme!

—Habrán vuelto a sus cosas —sugerí, porque había a nuestras espaldas un murmullo de voces apagadas, quebrado por el estallido súbito de las risitas infantiles. Seguí con mis reparaciones y la mujer se inclinó con interés hacia adelante, con el mentón en la palma de la mano.

—¿Cuántos son? —pregunté por fin. Había terminado, pero no encontraba ningún motivo para irme. Su frente se arrugó mientras pensaba.

—No lo sé con exactitud —dijo simplemente—. A veces más..., a veces menos. Vienen y se quedan conmigo porque yo los quiero.

—Eso es muy agradable —le dije, colocando en su sitio una caja, y mientras hablaba comprendí el carácter vacío de mi observación.

—¿Usted..., usted se está burlando de mí? —exclamó—. Yo... yo... ninguno es mío. Jamás me casé. La gente se ríe de mí, a veces, porque..., porque...

—Porque son unos salvajes —repliqué—. No merece la pena enfadarse por eso. Esa clase de gente se burla de todo lo que no forma parte de sus asquerosas vidas.

—No sé. No puedo saberlo. Pero no me gusta que se ríen de mí por ellos. Me duele, y cuando uno no ve... No quiero parecer tonta —su barbilla tembló

como la de un niño mientras hablaba—, pero los ciegos no tenemos más que una piel, pienso yo; somos más sensibles que los otros. Todas las cosas del mundo exterior nos llegan directamente al corazón. Para ustedes es distinto. Sus ojos les sirven de defensas —podéis estar en guardia— y el dolor no puede herir fácilmente vuestra alma. La gente se olvida de eso con nosotros.

*Permanecí en silencio, reflexionando sobre ese tema inagotable: la brutalidad del pueblo cristiano, que no es una simple cuestión de herencia (pues se enseña con cuidado), frente a la cual el simple paganismo de los negros de la costa occidental es moralmente puro y controlado.*

Esta reflexión me hizo entrar profundamente en mí mismo.

—¡No haga así! Dijo de pronto, poniéndose la mano delante de los ojos.

—¿Qué?

Hizo un gesto con la mano.

—¡Así! Es... es todo púrpura y negro. ¡Así no! Ese color hace que uno se sienta mal.

—¿Pero cómo conoce los colores? —exclamé, porque en esas palabras había sin duda una revelación.

—¿Colores como colores? —preguntó la mujer.

—No. Esos colores que vio hace un instante.

—Lo sabe tan bien como yo —se rió ella—, de lo contrario no me habría hecho esa pregunta. No están fuera. Están en usted..., cuando se enfada.

—¿Quiere decir una mancha oscura y purpúrea, como la del vino de Oporto mezclado con tinta? —dije.

—Nunca vi tinta ni vino de Oporto, pero los colores no están mezclados. Están separados... todos separados.

—¿Quiere decir rayas y motas negras sobre el púrpura?

Asintió con la cabeza.

—Sí, sí, así son —trazó de nuevo un zig-zag con el dedo—, pero ese color malo es más rojo que el púrpura.

—¿Qué colores hay en la parte superior de... de lo que usted ve?

Se inclinó hacia adelante con lentitud y dibujó en el pedazo de alfombra la figura del huevo.

—Los veo así —dijo señalando con una hierba—, blanco, verde, amarillo, rojo, púrpura y el rojo con estrías de negro cuando la gente está enfadada, como le sucedió a usted ahora.

—¿Quién le habló de esto..., por primera vez? —pregunté.

—¿De los colores? Nadie. Cuando era pequeña solía preguntar qué colores había en los manteles, en

las cortinas, en las alfombras, porque algunos colores me hacen sentir mal y otros me hacen feliz. La gente me decía los nombres, y, cuando crecí, comencé a ver a los demás por los colores —otra vez trazó el contorno del huevo, que muy pocos de nosotros puede ver.

—¿Y todo sola? —repetí.

—Todo sola. No había nadie. Sólo después descubrí que los demás no ven los colores.

Estaba apoyada en el tronco de un árbol, doblando y desdoblando tallos de hierba cortados al azar. Los chicos, en el bosque, se habían acercado. Los podía ver con el rabillo del ojo, retozando como ardillas.

—Ahora estoy segura de que usted nunca se reirá de mí —dijo después de un largo silencio—. Ni de ellos.

—¡Dios mío! ¡No! —exclamé, cortando el hilo de mis pensamientos—. Un hombre que se ríe de un niño (a menos que el chico también se esté riendo) es un pagano.

—No quise decir eso, por supuesto. Usted nunca se reiría de un chico, pero pensaba, o sea creía antes, que usted habría podido reírse de ellos. Ahora le pido disculpas... ¿Por qué quiere reírse?

Yo no había hecho ningún sonido, pero ella sabía.

—Del hecho que usted me pida disculpas. Si

usted hubiera cumplido con su deber como pilar del estado y como propietaria de tierras, tendría que haberme citado ante la justicia por haber invadido sus campos cuando irrumpí en sus bosques el otro día. Fue vergonzoso por mi parte..., imperdonable.

Me miró, con la cabeza apoyada en el tronco del árbol, larga y fijamente... Esa mujer, que podía ver el alma desnuda.

—Curioso —casi susurró—. Muy curioso. —  
¿Por qué? ¿Qué hice?

—Usted no entiende..., y sin embargo entendió lo de los colores. ¿De acuerdo?

Hablaba con una pasión que nada había justificado y permanecí perplejo frente a ella, mientras se ponía de pie. Los chicos se habían reunido en un grupo detrás de un zarzal. Una cabeza encantadora se inclinó sobre algo más pequeño y por la posición de los hombros entendí que los dedos estaban pidiendo silencio en los labios. También ellos tenían algún tremendo secreto infantil. Sólo yo estaba perdido sin esperanzas allí, bajo la plena luz del sol.

—No —dije, sacudiendo la cabeza, como si los ojos muertos pudieran ver—. Sea lo que sea, no lo entiendo todavía. Tal vez pueda más adelante... si me permite volver.

—Usted volverá —me respondió—. Sin duda

volverá y caminará por el bosque.

—Quizá para entonces los chicos me conozcan bien, y me dejen jugar con ellos, como un favor. Ya sabe cómo son los chicos.

—No se trata de un favor, sino de un derecho — me replicó, y, mientras yo me preguntaba qué había querido decir, una mujer desgredada irrumpió por la curva del camino, con el pelo suelto, con la cara color púrpura, y mientras corría casi mugía de dolor. Era mi amiga gorda y ordinaria de la tienda de caramelos. La ciega la oyó y dio un paso adelante, diciéndole:

—¿Qué pasa, señora Madehurst? —preguntó.

La mujer se echó el delantal por la cabeza y literalmente se arrastró por el suelo, mientras gritaba que su nieto estaba mortalmente enfermo y que el médico del pueblo se había ido a pescar; que la madre, Jenny, no sabía qué hacer, y siguió así, repitiendo sus gritos desesperados, que parecían mugidos.

—¿Dónde está el médico más cercano? — pregunté entre una crisis de histeria y otra.

—Madden le puede indicar. Vaya hasta la casa y que vaya con usted. Yo me ocuparé de esto. ¡Vaya rápido! —Y llevó casi en volandas a la mujer gorda a la sombra. En dos minutos estaban tocando todas las trompetas de Jericó ante la fachada de la Casa

Hermosa, y Madden, que estaba en la cocina, se puso a la altura de la situación, como mayordomo y como hombre.

Un cuarto de hora de coche rebasando los límites de velocidad y saltándose el código de la circulación nos proporcionó un médico, a cinco millas de distancia. Al cabo de media hora lo habíamos depositado —era un hombre muy entendido en motores— a las puertas de la tienda de caramelos y nos detuvimos en la calle a esperar el diagnóstico.

—Son útiles los automóviles —dijo Madden, como un hombre y no como mayordomo—. Si yo hubiera tenido uno cuando enfermó mi hija, no habría muerto.

—¿Cómo fue? —pregunté.

—Difteria. Mi mujer no estaba. Nadie sabía qué hacer. Yo recorrí ocho millas en un carro para buscar al médico. Cuando llegamos, se había asfixiado. Un automóvil así la habría salvado. Tendría ahora diez años.

—Lo siento —dije.

—Pienso que le gustaban mucho los chicos, a juzgar por lo que me dijo el otro día, cuando íbamos al cruce. —¿Los ha visto de nuevo, señor..., esta mañana?

—Sí, pero parece que les asustan los automóviles; no logré que ninguno se acercara a

menos de veinte metros.

Me miró con atención, como un explorador considera a un extraño: no como un inferior debería levantar los ojos ante una persona de rango superior, por mandato divino.

—Me pregunto por qué —dijo con voz poco más alta que un susurro.

Esperamos un rato. Una brisa marina suave sopló una ráfaga sobre nuestras cabezas, pasando y volviendo a pasar por los bosques, y la hierba, que se blanqueaba con el polvo del verano, se pinaba y se inclinaba en ondas cortas.

Una mujer, quitándose el jabón de los brazos, salió de una granja vecina a la tienda de caramelos.

—Estuve escuchando desde el patio —dijo con tono animado—. El médico dice que Arthur tiene pronóstico reservado. ¿No habéis oído cómo gritaba? Pronóstico reservado. Supongo que la semana que viene le tocará a Jenny el turno de dar vueltas por el bosque, señor Madden.

—Perdón, señor, pero se le está cayendo la manta de viaje —dijo Madden respetuosamente. La mujer se sobresaltó, hizo una reverencia y se alejó con rapidez.

—¿Qué quiso decir con eso de «dar vueltas por el bosque»? —pregunté.

—Debe ser una expresión de estos lugares. Yo

soy de Norfolk —respondió Madden—. Es gente muy particular la de este condado. Lo ha tomado por un chofer, señor.

Ví que el doctor salía de la granja seguido por una campesina sucia y descuidada, que no se soltaba del brazo del médico, como si él pudiera interceder ante la muerte.

—Al niño —gemía— le queremos como si fuera legítimo. ¡Igual!... ¡Igual! Dios también estaría contento si lo salvara, doctor. Haga que no se vaya de mi lado. La señorita Florence le dirá lo mismo. ¡No lo abandone, doctor!

—Lo sé, lo sé —respondió el hombre—, pero ahora se quedará tranquilo un rato. Traeremos una enfermera y las medicinas tan pronto como sea posible. —Me hizo una señal para que me adelantara con el automóvil y procuré no escuchar lo que siguió, pero vi la cara de la muchacha tumefacta y como congelada por el dolor, y sentí la mano sin alianza que se aferraba a mis rodillas mientras nos alejábamos.

El médico era un hombre con cierto sentido del humor, porque recuerdo que requirió mi automóvil apelando al juramento de Hipócrates y utilizó al automóvil y a mí sin reparo. En primer lugar fuimos a buscar a la señora Madehurst y a la ciega, para que estuvieran junto a la cama del enfermo hasta que

llegara la enfermera. A continuación invadimos una pulcra ciudad del Condado en busca de medicinas (el médico dijo que se trataba de una meningitis cerebrospinal) y, cuando el Hospital del Condado, que se alzaba junto a la inquieta feria de ganado, se reveló carente de enfermeras por el momento, recorrimos la zona palmo a palmo. Hablamos con los propietarios de grandes casas: magnates que encontrábamos al final de avenidas con las copas de los árboles que se cruzaban en arcos, y cuyas esposas e hijas muy altas se levantaban de las mesas de té para escuchar al intrépido doctor. Por fin, una señora de pelo blanco, sentada bajo un cedro del Líbano y rodeada de una corte de magníficos lebreles rusos — todos hostiles a los automóviles—, dio al médico, que las recibió como si provinieran de una princesa, órdenes escritas que llevamos durante varias millas a la máxima velocidad, a través de un parque, hasta un monasterio de monjas francesas, donde a cambio del mensaje recibimos a una hermana temblorosa de rostro pálido. Se arrodilló en el suelo de la parte trasera del auto, para pasar las cuentas de su rosario sin pausa hasta que, gracias a atajos improvisados por el médico, la dejamos en la tienda de caramelos. Fue una tarde larga, llena de episodios demenciales que se elevaban y se esfumaban como el polvo bajo nuestras ruedas; visiones parciales y fugaces de vidas

remotas e incomprensibles a través de las cuales corrimos a toda velocidad. Volví a casa al atardecer, extenuado, y esa noche soñé con bestias de cuernos punzantes; con monjas de ojos saltones que caminaban por un jardín de tumbas; con gente que tomaba tranquilamente el té a la sombra de los árboles; con pasillos que olían a ácido fénico, pintados de gris, del Hospital del Condado; con pasos de niños tímidos en el bosque, y con manos que me agarraban por las rodillas al arrancar el coche.

Tuve la intención de regresar al cabo de un par de días, pero quiso el Destino mantenerme alejado de esa parte del Condado, con distintos pretextos, hasta que el saúco y la rosa silvestre dieron su fruto. Llegó por fin un día luminoso, barrido por un viento de suroeste, que parecía que se pudiesen tocar con la mano las colinas, fue un día en el que las brisas cambiaban de dirección a cada momento y las nubes finas volaban alto en el cielo. Tenía un día libre, aunque no hubiese hecho nada para merecerlo, y el automóvil tomó, por tercera vez, el camino ya conocido. Cuando llegué a la cima de los Downs sentí el cambio suave del aire, al que vi brillar bajo el sol y, mirando abajo, hacia el mar, en ese instante observé cómo las aguas azules de la Mancha se volvían del color opaco y blanquecino del peltre, después de haber pasado por la tonalidad reluciente

de la plata y por la bruñida del acero. Un barco cargado de carbón, bordeando la costa, se dirigía hacia aguas más profundas y, a través de una niebla color cobre, observé que se iban desplegando las velas de una flotilla de pescadores al ancla. En un valle boscoso y profundo, a mis espaldas, un remolino repentino de viento tamborileó entre los robles resguardados e hizo girar en el aire el primer montoncito de hojas de otoño. Cuando llegué a la carretera que corría a lo largo de la costa, la niebla marina se extendía sobre el empedrado y el oleaje golpeaba los rompeolas, más allá de la isla de Ushant. En menos de una hora la Inglaterra veraniega desapareció con un manto gris y frío. Éramos otra vez la isla cerrada del Mar del Norte, con todos los barcos del mundo tocando sus sirenas ante nuestras puertas llenas de peligro; y entre sus gritos se oía el chillido de las gaviotas asustadas. La gorra que llevaba en la cabeza chorreaba humedad, los pliegues de la manta de viaje la recogían en diminutos charcos o la dejaban fluir en hilillos y un hielo salado cubría mis labios.

Tierra adentro, el aroma del otoño cargaba la niebla, espesa entre los árboles, y las minúsculas gotas se convirtieron en lluvia. Sin embargo, las flores tardías —la malva que crece en el borde de los caminos, la escabiosa de los campos y la dalia de

los jardines se mostraban complacidas en la neblina — y además del aliento del mar no había muchos signos del otoño incipiente en las hojas. En las aldeas todas las puertas de las casas estaban abiertas y chicos con la cabeza y las piernas desnudas estaban sentados, muy a gusto, en los escalones húmedos para gritar «pip-pip» al forastero.

Tuve el valor de pararme en la tienda de caramelos, donde la señora Madehurst me recibió con las lágrimas hospitalarias de una mujer gorda. El hijo de Jenny, me dijo, había muerto dos días después de la llegada de la monja. Era, según sus sentimientos, lo mejor de todo, aunque las compañías de seguros, por motivos que ella no pretendía comprender, no aseguraran de buen grado las vidas de niños abandonados.

—No, que Jenny no se haya preocupado por Arthur, como si él hubiera llegado, como corresponde, al cabo del primer año, como he hecho yo con Jenny.

Gracias a la señorita Florence, el chico había sido enterrado con una pompa que, en opinión de la señora Madehurst, cubría con creces la pequeña irregularidad de su nacimiento. Me describió el ataúd, por dentro y por fuera, el coche fúnebre de cristales y la tumba cubierta de madreselva.

—¿Pero cómo está la madre? —pregunté.

—¿Jenny? Saldrá de ésta. Yo me sentí así con uno o dos de los míos. Saldrá de ésta. Ahora anda por el bosque.

—¿Con este tiempo?

La señora Madehurst me miró entrecerrando los ojos, por encima del mostrador.

—No sé, pero te abre el corazón. Sí, te abre el corazón. Nosotros decimos que, a la larga, perder y tener son casi idénticos.

La sabiduría de las viejas comadres es mayor que la de todos los Padres de la iglesia juntos, y aquella última sentencia me dejó tan metido en mis pensamientos, mientras iba a la meta, que estuve a punto de atropellar a una mujer y a un niño en la curva de árboles frondosos, cerca de las puertas del pabellón de caza de la Casa Hermosa.

—¡Qué mal tiempo! —exclamé, mientras frenaba para girar.

—No es tan malo —me respondió plácidamente una mujer entre la niebla—. Mi hijo ya se ha acostumbrado. Creo que encontrará al suyo.

Dentro, Madden me recibió con cortesía profesional y con amables preguntas sobre las condiciones del motor, al que cubrió con algo.

Aguardé en una sala tranquila, de madera de nogal, adornada con las últimas flores de la estación y caldeada con un delicioso fuego de leña. En el

salón se respiraba una influencia benéfica y gran paz. (Los hombres y las mujeres pueden, a veces, después de un gran esfuerzo, contar una mentira con apariencia de verdad; sin embargo la casa, que es su templo, no puede revelar nada más que la auténtica naturaleza de los que han vivido en ella). Un carro de juguete y una muñeca descansaban sobre el piso blanco y negro, del que había sido apartada la alfombra. Comprendí que los niños se habían marchado en ese momento —casi seguramente para esconderse— en las muchas revueltas de una escalera de madera labrada, enorme, que subía majestuosa hacia la parte alta de la sala, o para acurrucarse y observar desde detrás de los leones y las rosas esculpidos en la galería superior. Oí una voz por encima de mí, cantando como cantan los ciegos, con el alma:

*En los huertos tranquilos cercados con muros.*

Y ante tal reclamo se despertaron todos mis recuerdos del verano pasado.

*En los huertos tranquilos cercados con muros,  
Dios bendiga nuestros frutos —decímos:  
y pueda Dios bendecir también nuestras*

*pérdidas,  
lo que más se ajusta a nuestra condición.*

Omitió el quinto verso, un ripio, y repitió:

*¡Lo que más se ajusta a nuestra condición!*

La vi apoyándose sobre la balaustrada, sus manos entrelazadas, blancas como perlas, sobre el roble.

—¿Es usted..., la persona del otro extremo del Condado? —preguntó.

—Sí, yo..., el del otro extremo del Condado —respondí riendo.

—¡Cuánto tiempo tardó en volver! —Corrió escaleras abajo, mientras con una mano tocaba apenas el amplio pasamanos—. Dos meses y cuatro días. ¡Se acabó el verano!

—Quise venir antes, pero el Destino me lo impidió.

—Lo sabía. Por favor, haga algo con ese fuego. A mí no me dejan tocarlo, pero siento que no arde como debía. ¡Atícele un poco!

Miré a los dos lados de la profunda chimenea y no encontré más que un trozo de estaca medio quemada con el que empujé un leño negro hasta que ardió.

—Nunca se apaga, ni de día ni de noche —dijo la mujer, a modo de explicación—. Por si llega alguien con los pies fríos.

—Por dentro la casa es todavía más bonita —murmuré. La luz roja se derramaba a lo largo de los paneles oscuros pulidos por el tiempo, y las rosas y los leones de la época Tudor adquirieron color y movimiento. Un viejo espejo convexo, coronado con un águila, conjugaba los elementos del cuadro en su corazón misterioso, deformando una vez más las sombras ya deformadas y curvando las líneas de la galería en el contorno de un barco. El día se estaba muriendo casi en borrasca, y la niebla se iba deshaciendo en una neblina rasgada y deshilachada. A través de las columnitas sin cortinas de la amplia ventana podía ver los valerosos jinetes del jardín tirar para atrás y recuperar terreno ante el viento que los acosaba con legiones de hojas muertas.

—Sí, debe ser bonita —dijo la mujer—. ¿Quiere verla? En el piso de arriba todavía hay bastante luz.

La seguí hacia arriba, por la sólida y amplia escalinata, hasta la galería, donde se abrían las puertas isabelinas, delgadas y ondulantes.

—Vea cómo pusieron los tiradores bajos, pensando en los niños —con un toque ligero de la mano hizo oscilar una puerta hacia el interior de la habitación.

—A propósito, ¿dónde están? —pregunté—. Hoy no los he oído aún.

No respondió inmediatamente.

—Yo sólo puedo oírlos —replicó después suavemente—. Este cuarto es de ellos; como ve, todo está en orden.

Me mostraba una habitación con un revestimiento pesado de madera. Había mesas plegables bajas y sillas para niños. Una casa de muñecas, con su fachada móvil medio abierta (era una de esas divididas en dos mitades unidas por un gancho), enfrente había un gran caballo-mecedora manchado, cuya silla, bien mullida, servía de apoyo para que los niños subieran al asiento de la ventana que daba al jardín. Una escopeta de juguete, en un rincón, descansaba junto a un cañón de madera dorada.

—Seguro que acaban de salir de aquí —susurré. En la luz que se desvanecía una puerta rechinó con cautela. Oí el roce de un vestido y el rumor de unos pasos..., unos pies rápidos, que cruzaban un cuarto, más allá.

—Los he oído —exclamó triunfante—. ¿Usted también? ¡Chicos, chicos! ¿Dónde estáis?

La voz llenó las paredes, que la sostuvieron con cariño hasta la última nota perfecta, pero no hubo ningún grito de respuesta, como había oído en el jardín. Fuimos con rapidez de una habitación a otra,

caminando por pisos de roble; aquí subiendo un escalón, allí bajando tres; por un laberinto de pasillos; y siempre nos burlaban en nuestro objetivo. Era como intentar coger a un conejo en una madriguera con salidas no tapadas y con un solo hurón. Había innumerables recovecos para esconderse y escapar después: huecos en las paredes, alféizares de ventanas que eran simples hendiduras, y que ahora estaban oscurecidos, desde donde ellos podían escurrirse a nuestras espaldas; y chimeneas abandonadas, con dos metros de profundidad en la mampostería, y luego el laberinto de las puertas de comunicación. Y, en particular, la luz del crepúsculo les ayudaba en su juego. Sorprendí un par de risitas con las que los niños festejaban que se hubiesen escapado, y un par de veces había visto la silueta del vestido contra alguna ventana en penumbra, al final de un pasillo que se iba oscureciendo. Volvimos a la galería con las manos vacías en el momento en que una mujer de mediana edad colocaba una lámpara en un nicho.

—No, tampoco yo la he visto esta tarde, señorita Florence —la oí decir— pero ese Turpin dice que quiere verla a usted por lo de su cobertizo.

—¡Oh, el señor Turpin tiene que estar muy apurado para venir a verme! Dígale que venga al salón, señora Madden.

Miré hacia abajo, hacia el salón, cuya única luz provenía del fuego mortecino, y, envueltos, en la sombra, los vi por fin. Debían de haberse escurrido escaleras abajo mientras estábamos en los pasillos y ahora se creían perfectamente ocultos detrás de un antiguo biombo de cuero dorado. Según las leyes del mundo infantil, mi persecución infructuosa era tan válida como una admisión, pero ya que me había tomado tanto trabajo en descubrirlos, que decidí obligarlos a salir del escondite con el simple truco —detestado por los niños— de fingir que no los había visto. Estaban pegados los unos a los otros, en un racimo pequeño, eran poco más que sombras, salvo cuando un resplandor imprevisto y momentáneo de fuego les traicionaba, descubriendo un contorno de formas entrelazadas.

—Vamos a tomar una taza de té —dijo la mujer—. Creo que tendría que habérselo ofrecido antes, pero una no hace caso de las convenciones cuando vive sola y es considerada... muy... peculiar.

—Entonces, con ironía, dijo: —¿Quiere una lámpara para ver el té?

—Creo que la luz de la chimenea es mucho más agradable.

Bajamos hasta aquella penumbra deliciosa y Madden sirvió el té. Orienté mi silla hacia el biombo, preparado para sorprender o ser

sorprendido, según se diera el juego, y con el permiso de la mujer —ya que el fuego del hogar es siempre sagrado—, me incliné a jugar con las brasas.

—¿Dónde compra estos magníficos leños cortos? —pregunté por hablar de algo—. ¡Ah, vaya, tienen muescas!

—Claro —me dijo—. Como no puedo leer ni escribir me veo obligada a usar el antiguo sistema inglés de las muescas para hacer mis cuentas. Deme uno y le diré lo que significa.

Le alcancé un trozo de avellano todavía no quemado, de unos treinta centímetros de largo, y ella deslizó su pulgar por las muescas.

—Ésta es la cantidad de leche en galones, que dio la casa de la granja el mes de abril del año pasado —dijo—. No sé qué hubiera hecho yo sin estas marcas. Un guardabosque que trabajó para mí en otro tiempo me enseñó el sistema. Ya casi no lo utiliza nadie, pero mis arrendatarios lo respetan todavía. Uno de ellos va a venir a verme ahora. ¡Oh, no importa! No tendrían que venir después de las horas de trabajo. Es un hombre codicioso, muy codicioso, e ignorante, porque de lo contrario... no vendría aquí después del anochecer...

—¿Tiene mucha tierra, entonces?

—Unos doscientos acres, gracias a Dios. Los otros seiscientos están casi todos arrendados a gente

que conocía a mis abuelos, pero este Turpin es nuevo, un salteador de caminos.

—¿Pero usted está segura de que no seré...?

—Segura. Usted tiene derecho a quedarse. Él no tiene niños.

—¡Ah, los niños! —dije, y deslicé mi silla baja hacia atrás hasta que casi tocó el biombo que los ocultaba—. Me pregunto si vendrán a verme.

Hubo un murmullo de voces —la de Madden y otra más grave— que provenían de la puerta lateral, baja y oscura, y una especie de gigante de cabeza amarillenta, con unas polainas de lona, del tipo inequívoco del granjero arrendatario, tropezó o fue empujado.

—Acérquese al fuego, señor Turpin —dijo ella.

—Si..., si no le parece mal, señorita, estoy bien aquí, junto a la puerta.

Tenía agarrado el picaporte mientras hablaba como un chico asustado. Inmediatamente comprendí que era presa de algún temor que lo dominaba completamente.

—¿Y bien?

—Es por lo de ese nuevo cobertizo para el ganado de este año... Nada más. Con las primeras tormentas del otoño encima..., pero volveré en otro momento, señorita. —Sus dientes temblaban tanto como el picaporte.

—Creo que no —respondió ella con voz tranquila—. El cobertizo nuevo. ¿Qué le escribió mi administrador el 15 de este mes?

—Me pareció que tal vez, si venía a hablar cara a cara..., pues, señorita, igual...

Sus ojos, dilatados por el horror, miraban todos los rincones del salón. Abrió a medias la puerta por la que había entrado, pero advertí que se cerraba otra vez, desde afuera y con firmeza.

—Él le escribió lo que yo le dije —prosiguió ella—. Usted tiene ya muchos animales. La granja de Dunnett nunca ha tenido más de cincuenta vacas..., ni siquiera en tiempos del señor Wright. Y él empleaba el estiércol. Usted tiene sesenta y siete y no lo hace. No se atiene al trato de arriendo en ese aspecto. Está exprimiendo el corazón de la granja.

—Tengo intención de traer minerales..., superfosfatos..., la próxima semana. He encargado un camión. Mañana iré a la estación de carga para enterarme. Después puedo venir y hablar con usted cara a cara, señorita a la luz del día... ¿Ese caballero se va? —Casi gritó.

Yo sólo había deslizado la silla un poco hacia atrás, para poder dar golpecitos en el cuero del biombo, pero el hombre se sobresaltó como un ratón.

—No. Por favor, escúcheme, señor Turpin —la mujer se volvió en su silla para quedar frente a él,

que estaba de espaldas a la puerta.

La mujer le obligó a que explicitara un viejo y sórdido truco: un cobertizo nuevo para el ganado a expensas de la propietaria, de forma que con que el estiércol acumulado él podría pagar el alquiler del año siguiente, sobre la base de una nueva valoración, desde el momento en que, como ella le había explicado, el hombre lo había sangrado, haciendo baldíos los pastos que antes estaban bien abonados. No pude menos que admirar la intensidad de su codicia, cuando observé que se enfrentaba, por puro interés, a esa situación de terror, fuese la que fuese, que le llenaba la frente de sudor.

Dejé de tamborilear el cuero —en realidad, estaba calculando el costo del cobertizo— cuando sentí que mi mano relajada había sido agarrada y girada suavemente entre las manos de un niño. Por fin había triunfado. En un instante me daría vuelta para encontrarme con aquellos inalcanzables niños de pies ligeros.

Un suave beso acarició el centro de mi palma, como un regalo sobre el cual, por una vez, se esperaba que los dedos se cerraran: como un signo confiado, no sin cierto reproche, de una criatura expectante que no estaba acostumbrada a ser desatendida ni siquiera cuando los mayores estaban ocupados. Era el fragmento de un código mudo,

establecido mucho tiempo atrás.

Entonces supe. Era como si lo hubiera sabido desde el primer día en que miré, desde el otro extremo del prado, hacia la ventana del primer piso.

Oí que se cerraba la puerta. La mujer se volvió hacia mí en silencio y comprendí que ella también sabía.

No sé decir cuánto tiempo pasó después de aquel doble conocimiento. Me sobresaltó la caída de un leño y mecánicamente me levanté para colocarlo. Luego volví a mi lugar en la silla, muy cerca del biombo.

—Ahora entiende usted —susurró la ciega entre las sombras cada vez más densas.

—Sí, ahora entiendo. Gracias.

—Yo..., yo sólo los oigo. —Inclinó la cabeza para apoyarla entre sus manos—. No tengo derecho, sabe..., ningún derecho. No los he engendrado ni los he perdido... ¡Ni engendrado ni perdido!

—Siéntase feliz, entonces —dije, aunque tenía el alma desgarrada en mi interior.

—¡Perdóneme!

Permaneció inmóvil y yo volví a mi pena y mi gozo.

—Fue porque los quería mucho —dijo ella al fin, con la voz rota—. Ése fue el motivo desde el principio... Aun antes que yo supiera que ellos...

ellos eran todo lo que yo tendría alguna vez. ¡Los quería tanto!

Tendió los brazos hacia las sombras, y a las otras sombras que había dentro de la sombra.

—Ellos vinieron porque yo los quería..., porque yo los necesitaba. Yo..., yo debo haber hecho que ellos vinieran. ¿Cree que eso estuvo mal?

—No..., no.

—Le aseguro que los juguetes y... y todo ese tipo de cosas eran tonterías, pero..., pero yo solía odiar mucho las habitaciones vacías cuando era niña. — Señaló hacia la galería—. Y los pasillos vacíos... ¿Y cómo podía tolerar que la puerta del jardín estuviera cerrada? Suponga...

—¡Basta! ¡Por favor, basta! —exclamé. El crepúsculo había traído una lluvia fría con viento de temporal que golpeaba en los cristales de las ventanas.

—Y es como lo de mantener el fuego toda la noche. Yo no creo que sea una locura, ¿y usted?

Miré el hogar amplio, de ladrillos y vi, creo que a través de lágrimas, que no había ningún guardafuego de hierro en la boca ni cerca de ella y bajé la cabeza en señal de asentimiento.

—Hice todo eso y muchas otras cosas... sólo para hacer que lo creyeran. Entonces ellos vinieron. Los oía, pero no sabía que no eran míos por derecho

hasta que la señora Madden me dijo...

—¿La mujer del mayordomo? ¿Qué?

—Oí... a uno... ella lo vio. Y supo. Era suyo, no para mí. Al principio yo no sabía. Quizá estaba celosa. Después empecé a entender que sólo era porque los quería, no porque... ¡Oh! Uno debe engendrar o perder —dijo con voz temblorosa—. No hay otra forma... Pero a pesar de todo me quieren. ¡Tienen que quererme! ¿No es verdad?

En el salón no había más sonido que el del chisporroteo de las voces del fuego, pero los dos escuchábamos con atención; por fin ella encontró consuelo en lo que oía. Se recuperó y casi se levantó. Seguí sentado, inmóvil, en mi silla, cerca del biombo.

—No crea que soy una desdichada porque me quejo así, pero... estoy envuelta en tinieblas, y usted puede ver.

En realidad yo podía ver, y lo que vi confirmó mi decisión, aunque fuese como separar la carne del espíritu. Sin embargo, quería quedarme un poco más, ya que esa vez era la última.

—¿Usted cree que no es justo? —exclamó con voz seca, aunque yo no había dicho nada.

—Para usted es distinto. Mil veces. En su caso es justo... No tengo palabras para expresar mi agradecimiento. En mi caso no sería justo. Pero si yo

fuese...

—¿Por qué? —dijo, pero pasó su mano por delante de su cara, tal como había hecho en nuestro segundo encuentro en el bosque—. ¡Oh, ya entiendo! —prosiguió con sencillez infantil—. En su caso no sería justo. —Después se oyó una leve risa ahogada—. ¿Recuerda? Dije que era usted la persona más dichosa, se lo dije nada más conocernos. ¡Usted no debe volver aquí!

Se fue, y yo me quedé sentado todavía un poco cerca del biombo, y oí el rumor de sus pasos, que se alejaban lentamente por la galería del piso de arriba.

## UNA GUERRA SÓLO PARA SAHIBS

¿Un pase? ¿Un pase? ¿Un pase? Ya tengo uno que me permite viajar en tren desde Kroonstadt a Eshtellenbosch, donde están los caballos, donde puedo cobrar mi paga, y antes de volver a india. Yo soy un... soldado de caballería del Gurgaon Rissala, el 141º de Caballería del Punjab. No me haga ir junto a ese montón de kafirs negros. Soy un sij..., un soldado de caballería al servicio del gobierno indio. ¿El Sahib teniente no entiende mi forma de hablar? ¿Hay en este tren algún Sahib que pueda hacer de intérprete a un soldado del Gurgaon Rissala, que le pueda ayudar en este país del demonio, donde no hay harina, ni aceite, ni especias, ni pimienta roja y no se respeta debidamente a un sij? ¿Nadie puede ayudarme?... ¡Loado sea Dios, un Sahib como mandan! ¡Protector de los pobres! ¡Hijo del cielo! Di al joven Sahib teniente que mi nombre es Umr Singh;

soy... estaba al servicio del Sahib Kurban, ahora muerto, y tengo un pase para ir a Eshtellenbosch, donde están los caballos. ¡No permita que me metan con ese montón de kafirs negros!... Sí, me sentaré en este vagón hasta que el Hijo del Cielo haya explicado la situación al joven Sahib teniente que no comprende nuestra lengua.

¿Qué órdenes? ¿El joven Sahib teniente no me deja continuar? ¡Bien! ¿Debo ir a Eshtellenbosch en el siguiente tren? ¡Bien! ¿Viajaré con el Hijo del Cielo? ¡Bien!

Entonces hoy me pondré al servicio del Hijo del Cielo. ¿Querrá el Hijo del Cielo hacerme el honor de sentarse? Aquí hay un vagón vacío; extenderé mi manta sobre un rincón, así..., porque el sol es fuerte, aunque no tan fuerte como en mayo en nuestro Punjab. La voy a sujetar aquí arriba, así, y acomodaré la paja así, para que la Presencia pueda sentarse cómodamente hasta que Dios nos envíe un tren para Eshtellenbosch...

¿La Presencia conoce el Punjab? ¿Lahore? ¿Amritzar? ¿También Attaree? Mi aldea está tres millas al norte de Attaree, más allá de los campos, cerca de una gran casa blanca que fue copiada de la de la Gran Reina, cerca... cerca..., he olvidado el nombre. ¿Puede recordarlo la Presencia? ¡Sirdar<sup>[15]</sup> Dyal Singh Attareewalla! Sí, ése es; pero ¿cómo lo

sabe la Presencia? ¿Nació y se crió en India? ¡Ooh! Entonces las cosas cambian. Así todo es diferente. ¿La niñera del Sahib era una surtee<sup>[16]</sup> de la zona de Bombay? Lástima. Tendría que haber sido una chica del norte, porque son niñeras robustas. No hay tierra como el Punjab. Y no hay gente como los sijs. Mi nombre es Umr Singh. ¿Viejo? Sí. ¿Y nada más que soldado después de todos esos años? Sí. Y si el Sahib duda, mire mi uniforme. No, no, el Sahib mira demasiado cerca. Todas las insignias del rango me las quitó hace mucho tiempo, pero..., es verdad, el paño de mi chaqueta no es el que usan normalmente los soldados, y —el Sahib tiene ojos penetrantes— esa marca oscura es como la marca que deja una cadena de plata que se lleva en el pecho durante mucho tiempo. ¿El Sahib dice que los soldados no llevan cadenas de plata? Nooo. ¿Los caballerizos no llevan la «Orden de la India británica»? No. El Sahib tendría que haber sido policía en el Punjab. No soy un soldado, pero he servido a un Sahib durante casi un año como lacayo, mayordomo, criado, las tres cosas y las tres a la vez. ¿El Sahib dice que los sijs no se ocupan de tareas serviles? Es verdad, pero era para el Sahib Kurban... mi Sahib Kurban..., ¡Que ha muerto hace tres largos meses!

Joven, de cara rosada, con ojos azules, tenía la costumbre de marcar el tiempo con los pies mientras

cantaba y hacía sonar las articulaciones de sus dedos. Así lo hacía su padre, antes que él, el Vicecomisario de Jullundur en tiempos de mi padre, cuando yo cabalgaba con el Gurgaon Rissala. ¿Mi padre? Jwala Singh. Un sij de sijs: luchó contra los ingleses en Sobraon y llevó la señal hasta su muerte. Así que yo y mi Sahib Kurban estábamos unidos casi por un lazo de sangre. Sí, fui soldado al principio —incluso llegué a ser cabo—, y mi padre me regaló un negro semental bayo de sus propias cuadras ese día; y él era un pequeño baba, sentado en una pared junto a la plaza de armas con su niñera, vestido de blanco —sahib—, riéndose mientras terminábamos la instrucción. Su padre y el mío charlaban, y el mío me hizo señas para que me acercara, desmonté y pusieron el baba en mis brazos —han pasado desde entonces dieciocho... veinticinco... veintiséis años..., ¡Sahib Kurban! ¡Mi Sahib Kurban! ¡Oh, nos hicimos grandes amigos! Echó los dientes en la empuñadura de mi espada, como dice el proverbio. Me llamaba el Gran Umr Singh: Buwwa Umwa Singh, porque no sabía pronunciar todavía bien. No era más que así de alto, sahib, midiendo desde el piso de este vagón, pero conocía a todos nuestros soldados por el nombre..., a todos... Se fue a Inglaterra, se convirtió en un mozo y volvió a India, balanceándose un poco al caminar, haciendo sonar

las articulaciones de los dedos, y regresó a su regimiento y a mi lado. No había olvidado nuestra lengua ni nuestras costumbres. Era un sij en su corazón, sahib. Era rico, generoso, justo, un buen amigo de los pobres soldados, de vista aguda, simpático y despreocupado. Yo podría contar muchas cosas de él en aquellos años. Muy poco era lo que yo no sabía; yo era su Umr Singh, y cuando estábamos solos me llamaba padre y yo lo llamaba hijo. Sí, así nos llamábamos. Hablábamos tranquilamente de todo: de la guerra, de las mujeres, del dinero, de los ascensos, y de cosas por el estilo.

Hablábamos también de esta guerra, mucho antes de que explotara. Había muchos vendedores ambulantes, buhoneros y unos pocos pataníes en este país, en especial en la ciudad de Yunasbagh<sup>[17]</sup>, y cada semana enviaban noticias de cómo los sahibs permanecían desarmados bajo el talón de los carceleros bóers; y cómo transportaban grandes cañones, arriba y abajo, por las calles, para mantener en orden a los sahibs, cómo murió un sabib llamado Sahib Eger<sup>[18]</sup> por una broma de los bóers. ¿El Sahib sabe que nosotros, en India, oímos todo lo que ocurre en el mundo? No se cargaba un fusil en Yunasbagh cuyo eco no llegara a India en un mes. Los sahibs son muy inteligentes, pero olvidan que su propia

inteligencia creó el dak<sup>[19]</sup> y que por un anna o dos todo se sabe. Nosotros, los de India, escuchábamos, oíamos y hacíamos suposiciones; cuando fue seguro, como lo contaban los buhoneros y los verduleros, que los sahibs de Yunasbagh estaban sometidos a los bóers, algunos hicimos preguntas y esperamos respuestas. Otros no entendieron esas señales. ¡Por fin, sahib, llegó la larga guerra de Tirah! Sahib Kurban sabía todo esto y hablamos del asunto. Él dijo: «No hay prisa. Pronto lucharemos y lucharemos por toda India en esta tierra que se extiende entorno a Yunasbagh». Y en esto dijo la verdad. ¿El Sahib no está de acuerdo? Muy bien. Por India los sahibs hacen esta guerra. No se puede gobernar en un sitio y estar sometido en otro. O se manda en todas partes o se obedece en todas. Dios no hace naciones a trozos. Es cierto... cierto..., ¡cierto!

Así maduraron las cosas: un paso tras otro. A mí no me importaba nada, sólo que pienso —¿el Sahib lo ve también así?— que es estúpido reunir un ejército y romperle el corazón sin hacer nada. ¿Por qué no llamaron a los hombres del Tocbi, a los de Tirah, a los de Buner? Una locura, mil veces locura. Nosotros podríamos haberlo hecho sin ruido..., suavemente.

Después, un día, el Sahib Kurban me hizo llamar y dijo: «¡Mira, Dada, estoy enfermo y el médico me

da un certificado para varios meses!». Y me guiñó el ojo y le dije: «Voy a pedir un permiso y te cuidaré, hijo. ¿Tengo que llevar mi uniforme?». Él dijo: «Sí, y una espada para que un enfermo se pueda apoyar en ella. Vamos a Bombay y de allí, por mar, al país de los bubsbis<sup>[20]</sup>». ¡Observe su astucia! Fue el primero, entre todos nuestros hombres en los regimientos indígenas, en pedir permiso por enfermedad y en venir aquí. Ahora no permiten que nuestros oficiales viajen, enfermos o sanos, si antes no hacen una declaración por escrito de que no tomarán parte en el juego de la guerra por el camino. Pero él era inteligente. No había ni rumores de guerra cuando pidió su permiso por enfermedad. ¿Si yo vine también? Claro que sí. Fui a ver a mi coronel, y sentado en una silla (soy... era..., de ese rango para el que hay una silla cuando se habla con el coronel) dije: «Mi hijo está enfermo. Deme un permiso, porque soy viejo y también estoy enfermo».

El coronel, haciendo un juego de palabras con el inglés y nuestra lengua, dijo: «Sí, es verdad que eres un sij<sup>[21]</sup>». Y me llamó viejo diablo, bromeando, como cuando un soldado bromea con otro; y me dijo que mi Sahib Kurban era un mentiroso, por lo de su salud (lo que también era verdad) y por fin se puso de pie, me estrechó la mano, me autorizó a ir y me ordenó que trajera de vuelta a mi Sahib sano y salvo.

¡Traer de vuelta a mi Sahib!... ¡Ay de mí!

Y así fui a Bombay con el Sahib Kurban, pero allí, a la vista del Agua Negra<sup>[22]</sup>, Wajib Alí, su lacayo, se encabritó como un caballo que no quiere proseguir y dijo que su madre había muerto. Entonces le dije al Sahib Kurban: «¿Qué importancia tiene un cerdo musulmán más o menos? Dame las llaves de los baúles y te preparo la camisa blanca para la cena». Dejé a Wajib Alí junto al hotel Watson y esa noche preparé las navajas de afeitar del Sahib Kurban. Le digo, sahib, que yo, un sij de los Khalsa, un hombre que nunca se ha afeitado la barba ni se cortó el pelo, preparé las navajas. Pero no me puse el uniforme mientras lo hacía. Por otro parte, el Sahib Kurban, reservó en el barco un camarote para mí exactamente igual al suyo y hasta me hubiera puesto un criado. Hablamos de muchas cosas durante el viaje por este país; y el Sahib Kurban me dijo cómo, según él, se habría desarrollado la guerra. Me dijo: «Han mandado hombres de a pie para pelear con hombres a caballo, y mostrarán estrepitosamente indulgencia con estos bóers, pues todo el mundo cree que se comportan como hombres blancos». Me dijo: «El único error de esta guerra es que el Gobierno no nos ha llamado a nosotros; ha querido que la guerra fuera sólo para sahibs». Decía la verdad..., ¡decía la verdad! Ocurrió lo que el Sahib Kurban había

predicho.

Y vinimos a este país, llegamos a Ciudad del Cabo, que está allá abajo, lejos, y el Sahib Kurban dijo: «Lleva el equipaje al gran *bungalow*; voy a buscar un empleo adecuado para un hombre enfermo». Me vestí con el uniforme de mi rango y fui al gran *bungalow*, que se llamaba Maun Nihál Seyn, e hice colocar los pesados baúles en el sótano —¿lo conoce el sahib?—, que estaba lleno de espadas y de baúles de los oficiales. Ahora está más lleno aún: ¡equipajes de hombres muertos y todo! Tuve el cuidado de pedir un recibo por los tres bultos que deposité. Debo devolverlos al Punjab.

Al poco tiempo regresó el Sahib Kurban, balanceándose un poco al caminar, rasgo muy conocido para mí, y dijo: «Hemos nacido bajo una buena estrella. Vamos a Eshtellenbosch, como responsables del transporte de caballos». Recuerde que el Sahib Kurban era jefe de escuadrón del Gurgaon Rissala, y yo era Umr Singh. Así que le dije, hablando como hacemos —como hacíamos— cuando no hay nadie cerca: «Tú eres palafrenero y yo mozo de cuadra, pero ¿qué tipo de promoción es ésta, hijo?».

Se echó a reír y respondió: «Es la manera de mejorar nuestra posición. ¡Ten paciencia, padre!». (¡Cierto!, él me llamaba padre cuando no había nadie

cerca de nosotros). «Esta guerra no termina mañana ni dentro de dos días. He visto a los nuevos sahibs»; me dijo, «y son padres de búhos..., todos..., todos..., ¡todos!».

Así fuimos a Eshtellenbosch, donde están los caballos; Sahib Kurban realizaba el trabajo de mozo de cuadra. Y los nuevos sahibs llegados de Dios sabe dónde llevaban todo sin ninguna previsión, pues nunca habían visto montar una tienda de campaña ni clavar una estaca. Estaban llenos de celo, pero vacíos de conocimiento. Después vinieron, poquito a poco, de India esos pataníes: son igual que esos buitres de ahí arriba, sahib, siempre preparados donde muere la gente. Y llegaron a Eshtellenbosch algunos sijs —aunque sólo muzbees— y algún mono de Madrás. Vinieron con caballos. Puttiala envió caballos; Jhind y Nabha enviaron caballos. Todos los pueblos de los Khalsa mandaron caballos. Sólo Dios sabe qué hacía el ejército con ellos, a no ser que se los comieran crudos. Usaban a los caballos como una cortesana los afeites: a manos llenas. Todos esos caballos necesitaban muchos hombres. El Sahib Kurban me pidió (¡Un orden para mí!) que me pusiera al frente de unos ordinarios —bubshih—, cuyo contacto y hasta su sombra era una contaminación. Comían sin parar, dormían boca abajo, se reían sin motivo, como animales. A algunos los llamaban

Fingoes y a otros, creo, kgfirs rojos, pero eran todos cafres, basura que no se puede nombrar. Les enseñé a dar agua y comida a los caballos, a limpiar la cuadra y a pasarles la bruza. Yo supervisaba el trabajo de los barrenderos, fui un jemadar de mehtras<sup>[23]</sup> y el Sahib Kurban apenas algo más, durante cinco meses. Mataban a nuestros hombres y nadie los vengaba. Era una guerra de locos armados con armas de magos. ¡Cañones que mataban a una distancia de medio día de marcha y hombres inexpertos, que caminaban a ciegas entre matorrales altos y eran ahuyentados como reses por los bóers! Respecto a Eshtellenbosch..., yo no soy un sahib, sólo un sij. No habría acuartelado en esa ciudad más de un escuadrón del Gurgaon Rissala —un escuadrón pequeño— y habría dado una lección a esa ciudad hasta que sus habitantes aprendieran a besar la sombra de un caballo del Gobierno, inclinándose hasta el suelo. Hay muchos mullahs<sup>[24]</sup> en Eshtellenbosch. Predicaban el jebaud<sup>[25]</sup> contra nosotros. Ésta es la verdad, y todos lo sabían. ¡Y la mayoría de las casas tenían el techo de paja! ¡Una guerra de locos!

Después de cinco meses mi Sahib Kurban, que había adelgazado, dijo:

«Nos han premiado. Mañana partimos hacia el

frente con los caballos y, una vez lejos de aquí, me sentiré demasiado enfermo para volver. Prepara el equipaje».

De modo que partimos, con algunos kafirs, que llevaban caballos destinados a un nuevo regimiento recién desembarcado. El segundo día de tren, cuando estábamos abrevando a los animales en una localidad desolada, sin bazar alguno, salió del vagón de los caballos un tal Sikander Khan, que había sido jemadar de saises<sup>[26]</sup> en Eshtellenbosch y que servía como caballerizo en un regimiento de la frontera afgana. El Sahib Kurban lo insultó duramente por su desertión, pero el pataní levantó las manos, pidiendo disculpas, y la ira del Sahib Kurban se aplacó y lo unió a nuestro servicio. Así que éramos tres: Sahib Kurban, yo y Sikander Khan, un sahib, un sij y un sag<sup>[27]</sup>. Pero el hombre dijo con razón: «Estamos lejos de nuestra tierra y ambos estamos al servicio del imperio. Hagamos una tregua hasta volver a ver el Indo». He comido del mismo plato que Sikander Khan, y también carne de vaca, por lo que sé. Él dijo la noche que robó carne de cerdo en lata, de una tienda de suministros, que en su Libro, el Corán, está escrito que el que emprende una guerra santa queda libre de obligaciones religiosas. ¡Bah! Ése tenía tanta religión como pizcas de sal y agua se pueden coger con la punta de una espada en una pila bautismal.

Robó un caballo a un regimiento nuevo e inexperto. Yo también me procuré allí un jamelgo gris. Esos regimientos nuevos dejaban que sus caballos se alejasen demasiado.

¡Algunos, sin pudor, habrían querido llevarse nuestros caballos mientras íbamos de camino! Exhibían órdenes de requisar y autorizaciones para llevarse los caballos, y un par de veces habían querido desenganchar los vagones, pero Sahib Kurban era astuto y yo no precisamente tonto. No hay mucha honestidad en el frente. En especial, había una congregación de ladrones de caballos muy experimentados; sahibs altos, delgados, que hablaban casi siempre por la nariz y decían a cada momento: «¡Al infierno!», que en nuestra lengua significa Jehannum ko jao. Llevaban, cada uno, una hoja de parra en el uniforme y cabalgaban como si fueran hijos de reyes. No cabalgaban como sijs. ¡Cabalgaban como los Ustrelyabs<sup>[28]</sup>! Los Ustrelyabs, a los que conocimos después, también hablaban por la nariz —nada pequeña— y eran hombres altos, oscuros, de ojos grises, claros, con muchas pestañas, como los ojos de los camellos —hombres bien hechos—, un tipo de Sahib nuevo para mí. A cada momento decían: «No fee-ah»; que en nuestra lengua significa Durro Mut<sup>[29]</sup>, así que los llamábamos los Durro Muts. Los hombres oscuros y altos, casi todos

excelentes jinetes, de temperamento caliente, pues se enfadan con facilidad, que hacían la guerra como había que hacerla, y que bebían el té como una duna del desierto se bebe el agua. ¿Ladrones? Un poco, sahib. Sikander Khan me juró que lo eran y él viene de una familia en la que, diez generaciones, fueron todos ladrones de caballos; él me juró que un pataní era un niño comparado con un Durro Mut, en relación con el robo de caballos. A los Durro Muts no les gusta nada andar. Son como las gallinas en carretera. Por eso no pueden prescindir de los caballos. Hombres bien puestos, con la bravura que se necesita para la guerra. «¡Ah! No, fee-ah». Ellos entendieron lo que valía el Sahib Kurban. Ellos no le pidieron que barriese establos. No querían que se fuera. Sustituyó a un oficial, que tenía fiebre, y les acompañó un día por una región llena de bajas colinas, como la embocadura del paso de Khaibar; y por la noche, cuando volvieron, los Durro Muts dijeron: «¡Ya illah! Éste es un hombre. ¡Robémoslo!». Así que robaron a mi Sahib Kurban como podrían haber robado cualquier otra cosa que necesitaran y en su lugar mandaron a Eshtellenbosch a un oficial enfermo. De esta forma el Sahib Kurban volvió otra vez a su rango, y yo fui su lacayo, y Sikander Khan su cocinero. La orden estaba muy clara: era una guerra sólo para sahibs, pero no había

disposiciones de que un lacayo y un cocinero no cabalgaran con su sahib, y nosotros no teníamos otra ropa que no fueran nuestros uniformes. Cabalgamos de arriba abajo por este maldito país, donde no hay ni bazares, ni legumbres, ni harina, ni aceite, ni especias, ni pimienta roja, ni leña: nada, que no fuese trigo que moler y animales que matar. Por lo que yo vi, no hubo grandes batallas, pero muchos cañonazos. Cuando éramos muchos, el bóer salía de casa a darnos la bienvenida, ofrecernos café y enseñarnos purwanas<sup>[30]</sup> de generales ingleses tontos, que habían hecho ese mismo camino antes, certificando que esta gente era pacífica y amistosa. Cuando éramos pocos, se parapetaban detrás de las rocas y nos disparaban. La orden era que ellos eran sahibs y que ésta era una guerra sólo para sahibs. ¡Bien! Pero, según lo entiendo yo, cuando un Sahib va a la guerra, se pone ropas de guerra y sólo los que llevan esa ropa pueden tomar parte en la guerra. ¡Bien! También entiendo eso. Pero esa gente se comportaba como los habitantes de Birmania o como los afridis. Disparaban a placer y cuando se veían acorralados escondían las armas y exhibían los purwanas o se metían en una casa y decían que eran granjeros. ¡Unos granjeros capaces hasta de acuchillar a las tropas de Madrás en Hlinedatalone<sup>[31]</sup>! ¡Unos granjeros que degollaron al Sahib Cavagnari y a sus guías en

Kabul! Les dimos una lección a esos hombres, sin duda..., quince, no, veinte arrastramos fuera, a la galería que hay frente a Bala Hissar. Pensé que el Sahib Jung-i-lat<sup>[32]</sup> se acordaría de los viejos tiempos, pero... no. Nos disparaban de todas partes y dio a conocer una proclama que decía que no habían venido a combatir contra el pueblo sino contra determinado ejército, un ejército que, en realidad, era todo el grupo de los bóers, que, entre todos, no llevaban suficiente un uniforme para hacer un taparrabos. Una guerra de tontos desde el principio hasta el fin; porque es evidente que habría que colgar a todos los que luchan, si luchan con un arma en una mano y un purwana en la otra, como hace esa gente. Sin embargo, cuando ya les habíamos dado lo suyo, los recibíamos con honor, les dábamos permisos, descansos y comida para sus mujeres y sus hijos y castigábamos severamente a nuestros soldados si se atrevían a tocar sus gallinas. Así que no era suficiente hacer el trabajo una vez, con pocos muertos, sino que había que empezar de nuevo tres y cuatro veces. Hablé mucho de esto con el Sahib Kurban y él decía: «Ésta es una guerra sólo para sahibs. Es la orden». Y una noche, cuando Sikander Khan se propuso ir al otro lado de la empalizada con su cuchillo para demostrarles cómo se actuaba en la frontera afgana, el Sahib le dio un golpe entre los

ojos que casi le parte la cabeza. Entonces Sikander Khan, con la cabeza vendada —como si fuera un camello enfermo—, le habló durante media marcha y estaba más perplejo que yo, y juró que habría vuelto a Eshtellenbosch. Pero en privado, el Sahib Kurban me aseguró que él hubiera soltado a los sijs y a los gurkas contra esa gente hasta que toda la población se hubiera postrado a nuestros pies con la frente en el polvo. Pues una guerra así no la podrían aguantar.

¿Nos disparaban? Claro que nos disparaban desde las casas que mostraban bandera blanca; pero, cuando conocieron nuestras costumbres, sus viudas mandaron noticias con correos kafirs y desde entonces el tiroteo disminuyó. ¡No fee-ah! Todos los bóers con los que nos enfrentábamos tenían purwanas firmados por generales locos, que atestiguaban que ellos eran personas bien intencionadas en relación con el Estado. También tenían un buen número de fusiles, y municiones, que escondían en el desván. Las mujeres lloraban sin consuelo cuando quemábamos esas casas, pero no se acercaban mucho cuando las llamas llegaban las techumbres de paja, por temor a que estallaran las municiones. Las mujeres de los bóers son muy inteligentes. Más inteligentes que los hombres.

¿Los bóers son inteligentes? ¡Nunca, nadie! Lo que pasa es que los sahibs son tontos. Los sahibs

tienen que decir que los bóers son inteligentes, pero sólo para mantener su honor. La increíble locura de los sahibs ha hecho inteligentes a los bóers. Los sahibs tendrían que habernos enviado a nosotros.

Pero los Durro Muts lo hicieron bien. Sabían cómo tratar el territorio por el que pasaban: no como lo hubiéramos hecho nosotros, los de India, pero no eran tontos. Una noche, mientras estaba echado en la cima de una colina, al sereno, vi a lo lejos una luz en una casa que estuvo encendida durante la sexta parte de una hora y se apagó. Después reapareció tres veces durante la doceava parte de una hora. Se lo hice notar al Sahib Kurban, porque se trataba de una casa que había sido respetada, ya que los que vivían allí tenían varios permisos y juraban fidelidad agarrados a nuestros estribos. Pedí al Sahib Kurban: «Envía medio destacamento, hijo, y destruye esa casa. Están haciendo señales a sus camaradas».

Se echó a reír, echado, y afirmó: «Si escuchara a mi lacayo Umr Singh, no habrían quedado ni diez casas en toda esta tierra». Repliqué: «¿De qué sirve dejar una? Lo mismo pasa en Birmania. Hoy son granjeros y mañana soldados. Tratémoslos como se merecen». Se echó a reír y se acurrucó bajo la manta; yo observé la luz lejana de la casa hasta que se hizo de día. He participado en ocho guerras en la frontera afgana, sin contar la de Birmania. La primera guerra

de Afganistán; la segunda guerra de Afganistán; las dos guerras de Mahsud Waziri (y son cuatro); las dos guerras de la Montaña Negra, si mal no recuerdo; las de Malakand y Tirali. No cuento la de Birmania y otras menores. ¡Yo sé cuándo se hacen señales de una casa a otra!

Toqué a Sikander Khan con el pie y también él las vio. Me dijo: «Uno de los bóers que trajo calabazas para nuestro rancho, las que freí anoche, vive en aquella casa». Le pregunté: «¿Cómo lo sabes?». Respondió: «Porque salió galopando en otra dirección, pero observé que su caballo se encabritaba en la curva del camino; antes que se fuera la luz, me aparté del campamento para hacer la oración nocturna con los prismáticos del Sahib Kurban y desde una colina baja vi el caballo pinto del vendedor de calabazas que se dirigía al galope hacia esa casa».

No dije nada, pero agarré los prismáticos del Sahib Kurban que él tenía entre sus manos grasientas y los limpié con un pañuelo de seda antes de volver a guardarlos en su estuche. Sikander Khan me dijo que él había sido el primer hombre que había usado prismáticos en el valle de Zenab, y gracias a esto había puesto fin a dos peleas familiares aprovechando un permiso de tres meses. Pero, de todos modos, era un mentiroso.

Ese día, el Sahib Kurban, con unos diez soldados, fue enviado en avanzadilla para explorar el terreno donde íbamos a acampar. Los Durro Muts se movían con extrema lentitud en esos momentos. Llevaban mucho peso, entre el trigo, el forraje y los carros, y estaban ansiosos por dejar todo eso en algún pueblo y proseguir, ya aligerados, hacia otros asuntos más urgentes. Así que el Sahib Kurban les buscaba un atajo, algo desviado de la línea de marcha. Estábamos doce millas por delante del grueso de las tropas y llegamos a una casa, al pie de una gran colina cubierta de matorrales, con un nullah —que es como llaman ellos a los barrancos— por detrás, y un refugio antiguo de piedras apiladas, al que ellos llaman kraal, por delante. A los lados de la puerta crecían dos arbustos espinosos, como las mimosas, con las ramas cubiertas de flores de color dorado, y el techo era todo de paja. Delante de la casa se extendía un valle de piedras que se elevaba hasta otra colina cubierta de vasta vegetación. En la galería exterior vimos un anciano: un hombre viejo de barba blanca y con una verruga en el lado izquierdo del cuello; y una mujer gorda, con ojos de cerdo y mandíbula de cerdo; y un joven alto y algo retrasado. Éste tenía la cabeza calva, no más grande que una naranja, y las cavidades de su nariz estaban consumidas por una enfermedad. Se reía, babeaba y

se movía pesadamente delante del Sahib Kurban. El hombre trajo café y la mujer nos mostró purwanas firmados por tres sahibs generales, en los que se certificaba que ellos eran gente de paz y de buena voluntad. Aquí están los purwanas, sahib. ¿El Sahib conoce a los generales que los firmaron?

Los habitantes de la casa juraron que el territorio estaba libre de bóers. Eso fue más o menos a la hora de la cena. Me quedé cerca de la galería, junto a Sikander Khan, que husmeaba como un chacal tras un rastro perdido. Por fin, me agarró del brazo y me dijo: «¡Mira allá! El sol pega en la ventana de la casa que hacía señales anoche. Desde esta casa se puede ver aquella». Y miré hacia la colina que había a sus espaldas, toda llena de arbustos, y contuve el aliento. Entonces el idiota de la cabeza calva bailó a mi alrededor y echó para atrás la cabeza, miró hacia el techo y se rió como una hiena, y la mujer gorda habló a gritos, como para tapar algún ruido. Después de eso, me dirigí a la parte trasera de la casa, con el pretexto de buscar agua para el té y vi en el suelo cuatro bostas frescas de caballo y en la tierra muchas marcas recientes de cascos y allí, entre la suciedad, había caído un cartucho.

Entonces el Sahib Kurban me habló en nuestra lengua y dijo: «¿Es buen sitio para hacer té?». Y, como sabía lo que quería decirme, le contesté: «Hay

demasiados cocineros en esa cocina. Montemos a caballo y vayámonos, hijo». Yo me volví y él, sonriendo, dijo a la mujer: «Prepara comida y cuando hayamos desatado las cinchas entraremos a comer». Pero a sus hombres les dijo en un susurro: «!A caballo, de prisa!». No. No apuntó al viejo ni a la mujer gorda con su fusil. No era su costumbre. Algún tonto de los Durro Muts, que tendría hambre, levantó la voz para discutir la orden de escapar, y antes de que hubiéramos montado en la silla, llegaron muchos disparos desde el techo, de fusiles que asomaban entre la paja. Ante esto, nos lanzamos a caballo por el valle de piedras, y los enemigos nos disparaban desde el barranco que había tras la casa y desde la colina que se levantaba tras el barranco y también desde el techo de la casa: tantos disparos que parecía un concierto de tambores en las colinas. Entonces Sikander Khan, inclinado sobre su silla, dijo: «Esta acogida no es para sólo nosotros, es también para el resto de los Durro Muts». Y le interrumpí: «Calla y mantén tu posición». Porque su puesto estaba detrás de mí y yo cabalgaba detrás del Sahib Kurban. ¡Pero estas balas nuevas son capaces de atravesar a cinco hombres en fila! Ninguno de nosotros fue alcanzado, y llegamos a la colina rocosa; y el Sahib Kurban se volvió en la silla y exclamó: «¡Mira al viejo!». Estaba en la galería disparando a toda velocidad con

un fusil, la mujer lo acompañaba con el idiota, y tenían fusiles. El Sahib Kurban se echó a reír y yo lo agarré de la muñeca, pero... SU destino estaba escrito. La bala pasó por debajo de mi axila y se le incrustó en el hígado; lo llevé hacia atrás, entre dos grandes rocas. —¡Sahib Kurban, mi Sahib Kurban!—. Desde el nullah, detrás de la casa, y desde las colinas llegó la tropa de bóers y eran más de cien; Sikander Khan dijo: «Ahora ya sabemos lo que significaba esa señal de anoche. Dame el fusil». Agarró el rifle del Sahib Kurban —en esta guerra de locos sólo los doctores van armados de espadas— y se tiró boca abajo, en el suelo, listo para hacer su trabajo. Pero el Sahib Kurban se volvió desde donde estaba tendido y murmuró: «Estáte quieto. Esta guerra es sólo para sahibs». Y el Sahib Kurban levantó su mano..., así; y sus ojos se volvieron hacia mí y perdieron la conciencia, y le di agua para que pudiera irse más rápidamente. Y mientras bebía, su espíritu recibió autorización...

Así fue el combate, sahib. Nuestros Durro Muts ocupaban una colina que se extendía de norte a sur, donde se hallaba el cuerpo principal, y los bóers ocupaban un valle, que se desplazaba de este a oeste. Había más de cien y nuestros hombres eran diez, pero contuvieron a los bóers en el valle, mientras nosotros subimos velozmente por la colina hacia el sur. Ví a

tres bóers cuando salieron a campo abierto. Entonces volvieron a ocultarse y abrieron un fuego masivo contra las rocas que escondían a nuestros hombres; pero nuestros hombres eran inteligentes y no se dejaban ver, sino que se retiraban más, lejos; siempre hacia el sur; el ruido de la batalla se replegaba también hacia el sur, desde donde oíamos los disparos de cañones de gran calibre. Cayó una oscuridad profunda y Sikander Khan encontró entre las rocas una vieja madriguera de chacal, en la que deslizamos el cuerpo del Sahib Kurban de pie.

Sikander Khan tomó sus prismáticos y yo agarré su pañuelo y algunas cartas y un objeto que ya sabía que colgaba de su cuello, y Sikander Khan es testigo de que envolví todo en el pañuelo. Después hicimos juntos un juramento, y nos quedamos allí llorando al Sahib Kurban.

Sikander Khan lloró hasta que salió el sol: incluso él, ¡un pataní, un musulmán! Toda esa noche escuchamos disparos en dirección sur y, cuando llegó el amanecer, el valle estaba lleno de bóers en sus carros y a caballo. Se reunieron alrededor de la casa, como pudimos ver con los prismáticos del Sahib Kurban, y el viejo que, supongo, era sacerdote, los bendijo y les predicó acerca de la guerra santa, agitando su brazo; la mujer gorda les llevó café y el idiota hizo piruetas entre ellos y dio besos a sus

caballos. Después se marcharon al galope; subieron a las colinas y no los volvimos a ver; un esclavo negro salió de la casa y lavó el umbral con agua limpia. Sikander Khan vio con los prismáticos que aquella mancha era sangre. Y se rió diciendo: «Allí hay hombres heridos. Todavía podremos vengarnos».

Hacia el mediodía vimos en dirección sur un humo fino y alto, como el humo que haría una casa quemándose a la luz del sol, y Sikander Khan, que sabe cómo orientarse entre las colinas, dijo: «Por fin hemos incendiado la casa del vendedor de calabazas desde la que mandaban señales». Y le repliqué: «¿Que importa ahora que han matado a mi hijo? Déjame que llore por él». El humo era muy alto, y el viejo, yo lo vi, salió a la galería para mirarlo y agitó el puño en esa dirección. Nos quedamos allí, inmóviles hasta el atardecer, sin comida ni agua, porque habíamos hecho voto de no comer ni beber hasta haber arreglado el asunto. Me quedaba un poco de opio, y le di la mitad a Sikander Khan, porque él quería al Sahib Kurban. Cuando fue total la oscuridad, afilamos nuestros sables en una piedra suave y mojada, que afilaba bien el acero; nos quitamos las botas, bajamos hasta la casa y miramos por las ventanas sin hacer ruido. El viejo estaba sentado, leyendo un libro; la mujer estaba acurrucada junto al hogar y el idiota, tendido en el suelo, con la

cabeza apoyada en las rodillas de la mujer, contaba sus dedos y reía, y ella reía con él. Así supe que eran madre e hijo y yo también me reí, porque lo había sospechado cuando reclamé la vida y el cuerpo de ella en la discusión que mantuvimos con Sikander Khan sobre los despojos. Entonces entramos con las espadas desnudas... Por cierto que esos bóers no saben enfrentarse al acero, porque el viejo corrió hacia su rifle, en un rincón; pero Sikander Khan se lo impidió con un golpe de plano y el viejo se sentó con las manos en alto; me puse un dedo en los labios, para advertirles que debían estar callados. Pero la mujer gritó y alguien se agitó en una de las habitaciones interiores: se abrió una puerta y un hombre, vendada su cabeza con trapos, apareció con aire estúpido, empuñando torpemente un rifle. La cabeza cayó en la habitación, pero nadie lo siguió. Fue un golpe muy bueno..., para un pataní. Allí se quedaron, callados, mirando con los ojos fijos esa cabeza que estaba en el suelo y ordené a Sikander Khan: «¡Trae cuerdas! Ni por amor del Sahib Kurban voy a ensuciar mi espada». Así que salió y volvió con tres tiras largas de cuero; me dijo: «Allí dentro hay cuatro heridos y seguro que cada uno tiene un permiso firmado por un general». Tensó las tiras de cuero y se rió. Ató las manos del viejo a la espalda y, de mala gana —porque se me reía en la cara y quería

arrancarme las barbas con sus dedos—, las del idiota. En ese momento, la mujer de ojos y mandíbula de cerdo se tiró contra mí, y Sikander Khan preguntó: «¿La corto o la ato? Era tuya en el reparto». Y le contesté: «¡No la toques! Tengo hecha una cadena para sujetarla. Abre la puerta». Empujé a los dos por la galería, hacia la mancha sombría de los arbustos espinosos; ella avanzó sobre sus rodillas y se tiró al suelo, arañando mis botas y aullando. Entonces Sikander Khan sacó fuera un farol, diciendo que él era un mayordomo y que debía iluminar la mesa; yo busqué una rama que pudiera sostener sus frutos. Pero la mujer me molestaba estorbándome con sus chillidos, tirándose a mis pies, y hablaba sin parar en su lengua; yo le contesté en mi idioma: «Esta noche me he quedado sin mi hijo, por culpa de tu perfidia, y mi hijo era apreciado por los hombres y amado por las mujeres. Él hubiera engendrado hombres..., no animales. A ti te quedarían más años de vida que a mí, pero mi dolor es más grande».

Me detuve para asegurar el lazo alrededor del cuello del idiota y arrojé el otro extremo sobre la rama, mientras Sikander Khan mantenía alto el farol para que ella pudiera ver bien. Entonces, de pronto, un poco más allá de la luz del farol, apareció el espíritu del Sahib Kurban. Tenía una mano puesta sobre su costado, en el lugar donde lo había herido la

bala, y levantó la otra de este modo y dijo: «No. Esta guerra es sólo para sahibs».

Una brisa apagó el farol y oí que los dientes de Sikander Khan le castañeteaban en la boca.

Así nos quedamos, uno junto a otro, con las cuerdas en las manos, durante un largo rato, porque no fuimos capaces de articular palabra. Entonces oí que Sikander Khan destapaba su cantimplora y bebía; cuando sació su sed, me pasó la cantimplora y dijo: «Ya estamos libres de nuestro voto». De modo que yo también tomé agua y juntos esperamos el amanecer, en el sitio mismo en que nos hallábamos, con las cuerdas siempre en las manos. Poco después del tercer canto del gallo oímos las patas de los caballos y las ruedas de los cañones bastante lejos y tan pronto como nació el día una granada estalló en la entrada de la casa y el techo de la galería, que era de paja, se desplomó y ardió en un mar de llamas delante de las ventanas. Pregunté: «¿Qué pasa con los bóers heridos que están dentro?».

Y Sikander Khan respondió: «Ya conocemos la orden. Es una guerra sólo para sahibs. No te muevas». Después llegó un segundo proyectil —bien apuntado, pero corto el tiro— y esparció polvo hasta donde estábamos nosotros; y después vinieron diez balas pequeñas y veloces del arma que habla con un balbucearte..., sí, pompom, como la llaman los

sahibs, y la fachada de la casa se dobló, como la nariz y el mentón de un viejo que masculla, y la parte delantera se vino abajo. Entonces Sikander Khan dijo: «Si es destino que los heridos mueran en el incendio, yo no voy a impedirlo». Se fue hacia la parte trasera de la casa y de inmediato volvió; cuatro bóers heridos venían detrás de él, dos no podían mantenerse erguidos.

Le pregunté: «¿Qué has hecho?».

Y me dijo: «No les hablé ni les puse una mano encima. Vienen detrás de mí con una esperanza de misericordia».

Y respondí: «Es una guerra sólo para sahibs. Que esperen la misericordia de los sahibs». Así que allí se quedaron, inmóviles, los cuatro hombres y el idiota, y la mujer gorda, que estaba debajo del árbol espinoso; la casa ardía con furia. Entonces comenzó el consabido estallar de las balas en el desván: primero, una o dos; después, un tableteo, y por último, un estrépito terrible, y la paja voló aquí y allá y los prisioneros querían arrastrarse hacia un lado, por el calor que estaba marchitando los árboles espinosos, y por la madera y los ladrillos que volaban por todas partes. Pero yo les dije: «¡Quietos donde estáis! ¡Quietos! Sois sahibs y ésta es una guerra sólo para sahibs, oh sahibs. Nadie ha ordenado que os alejéis de esta guerra». No

entendieron mis palabras, pero se quedaron quietos y no murieron.

Al poco tiempo se acercaron cinco soldados del grupo del Sahib Kurban y yo sabía que uno de ellos hablaba mi lengua, ya que había navegado a Calcuta muchas veces con caballos. Le conté toda mi historia, utilizando un lenguaje simple que se usa con los extranjeros en los bazares, de modo que un Sahib como él me pudiese seguir sin dificultad. Al final le dije: «Una orden del muerto ha llegado hasta nosotros: esta guerra es sólo para sahibs. Tomo por testigo el alma de mi Sahib Kurban para dar fe de que entrego a la justicia de los sahibs estos sahibs que me han privado del hijo». Entonces le entregué las cuerdas y caí al suelo sin sentido, con el corazón rebosante, pero con el estómago vacío, ya que no tenía dentro nada más que un poco de opio.

Me metieron en un carro, junto a uno de sus heridos, y poco después comprendí que habían luchado contra los bóers durante dos días y dos noches. Todo aquello era una trampa enorme, sahib, de la que nosotros, con el Sahib Kurban, no vimos más que una orilla. Los Durro Muts estaban muy enfadados, muy airados. Nunca había visto sahibs tan enojados. Enterraron a mi Sahib Kurban, según los ritos de su fe, en la cima del cerro que dominaba la casa y yo recé las plegarias adecuadas de mi fe, y

Sikander Khan oró a su manera y robó cinco entorchas de señales, cada una con tres mechas; e iluminó la tumba, como si fuera la de un santo en un viernes. Lloró con amargura toda esa noche y yo lloré con él, y me abrazó los pies pidiéndome que le diera un recuerdo del Sahib Kurban. Compartí con él, a partes iguales, un pañuelo del Sahib Kurban (no de los de seda, que eran regalo de una mujer); y le di también un botón de la guerrera y un anillo de acero sin valor, que el Sahib Kurban usaba como llavero. Sikander Khan besó esas cosas y se las guardó en el pecho. El resto lo llevo aquí en este hatillo y tengo que retirar el equipaje del hotel de Ciudad del Cabo —y cuatro camisas que mandamos a lavar y que no pudimos recoger cuando nos dirigimos al interior— y tengo que llevárselo todo al Sahib coronel en Sialkote, en el Punjab. Porque mi hijo ha muerto... ¡Mi baba ha muerto!

Querría haberme ido antes; no era necesario quedarse aquí, ya que el hijo había muerto; pero estábamos lejos del ferrocarril y los Durro Muts eran como hermanos para mí y había llegado a considerar a Sikander Khan como a un amigo y, dado que él me consiguió un caballo, cabalgué con ellos por el país, pero la vida me había abandonado. Sólo Dios sabe cómo me llamaban mientras estuve con ellos: ordenanza, cbaprassi<sup>[33]</sup>, cocinero, barrendero, no lo

sé ni me importa. Pero una vez me di un gusto. Al cabo de un mes, después de describir amplios círculos, volvimos a ese mismo valle. Yo conocía cada piedra y fui hasta la tumba; un Sahib inteligente de los Durro Muts (allí dejamos un destacamento durante una semana para que instruyese a esa gente con los purwanas) había grabado una inscripción en una gran roca; y me la interpretaron: era una broma que habría gustado al mismo Sahib Kurban. ¡Oh! Aquí tengo copiada la inscripción. Léela en voz alta, sahib, y te explicaré las bromas. Hay dos extraordinarias.

Empieza, sahib:

*En memoria de*

*WALTER DECIES CORBYN,*

*Difunto capitán del 141° del Punjab de  
Caballería*

—Es decir, el Gurgaon Rissala. Siga, sahib.

*Muerto a traición cerca de este lugar  
por la confabulación del difunto*

*HENDRIK DIRK UYS,*

*Ministro de Dios,*

*y Piet, su hijo,*

*esta pequeña obra*

—¡Ajá! Aquí está la primera broma. ¡El Sahib tendría que ver esa pequeña obra!

*Fue realizada en parcial e inadecuado  
reconocimiento de su repentina pérdida  
por algunos que lo querían*

*Si monumentum requiris circumspicé<sup>[34]</sup>*

—Ésa es la segunda broma. Significa que aquéllos que quieran ver el monumento erigido a la memoria del Sahib Kurban deben mirar hacia la casa. Y, sahib, allí no hay casa, ni pozo, ni depósito de los que ellos llaman dams, ni arbolitos frutales, ni ganado. No hay nada de nada, sahib, salvo los dos árboles marchitos por el fuego. El resto es como este desierto..., o mi mano... O mi corazón. ¡Vacío, sahib!... ¡Completamente vacío!

# LA MARCA DE LA BESTIA

Tus dioses o mis dioses. ¿Quiénes son más fuertes? ¿Lo sabes tú? ¿Lo sé yo?

*Proverbio indígena*

Algunos sostienen que el control directo de la Providencia cesa al este de Suez; allí se confía el hombre al poder de los dioses y demonios de Asia, y la Providencia de la Iglesia de Inglaterra se limita a ejercer una supervisión ocasional, y adaptada a las circunstancias, sólo en el caso de los ciudadanos ingleses.

Esta teoría explica algunos horrores innecesarios de la vida en India; y puede ser ampliada, en sus implicaciones, hasta que se justifique la historia que voy a contar.

Mi amigo Strickland, de la Policía, que sabe tanto de los indígenas de India como se puede saber sin riesgo, pudo ser testigo de los hechos de este caso. Dumoise, nuestro médico, fue la tercera persona que vio lo que Strickland y yo vimos. Las conclusiones que sacó de las pruebas eran completamente equivocadas. Ahora está muerto; murió de una forma bastante extraña, que ha sido descrita en otro lugar.

Cuando Fleete llegó a India tenía una cantidad de dinero y algunas tierras al pie del Himalaya, cerca de un lugar llamado Dharmsala. Ambas pertenencias las había heredado de un tío y vino in loco para ocuparse mejor de sus negocios. Obviamente, su conocimiento de los indígenas era limitado, y se quejaba de las dificultades de la lengua.

Fleete bajó de las montañas, donde encontraba la localidad en que vivía, y vino a caballo hasta la Guarnición para pasar la noche de fin de año y se hospedó en casa de Strickland. En la velada de fin de año hubo un gran banquete en el club y el alcohol corrió abundantemente como era previsible. Cuando se reúnen hombres procedentes de los confines más lejanos del Imperio tienen derecho a divertirse. La Frontera había enviado un contingente de soldados de un cuerpo especial que no habían visto más de veinte rostros blancos en un año, y que estaban acostumbrados a cabalgar quince millas para cenar

en el fuerte más próximo, con el riesgo de encontrarse con una bala kyberee en vez de hallar sus bebidas. Se aprovecharon de su condición, inédita, de seguridad en la que se hallaban e intentaron jugar al polo con un erizo que encontraron en el jardín, y uno de ellos llevó entre los dientes el marcador por toda la habitación. Media docena de colonos habían venido del sur y se burlaban del Mayor Mentiroso de Asia, que intentaba contraatacar, simultáneamente, todas las historias que le contaban. Todos estaban presentes, y se produjo un cierre general de filas, y una consideración sobre nuestras bajas, muertos o incapacitados, producidas durante el año pasado. Fue una noche muy remojada, y cantamos Auld Lang Syne<sup>[35]</sup> con los pies en la Copa del Campeonato de Polo y la cabeza entre las estrellas, y juramos que seríamos todos queridísimos amigos. Luego, unos nos fuimos a anexionar Birmania, y otros a abrir el camino de Sudán, y sin embargo les abrieron la barriga los «pelo rizado», en la estepa a las puertas de Suakim, y otros consiguieron estrellas al mérito y medallas; unos se casaron, un hecho en sí objetable, y otros hicieron cosas peores, y el resto permaneció atado a nuestras cadenas y luchó por hacer dinero con poca experiencia.

Fleete empezó la noche con jerez y cervezas, de distintas marcas, bebió champán sin interrupción

hasta el postre, y después vino seco y áspero de Capri tan fuerte como el *whisky*, corrigió el café con Benedictine, cuatro o cinco *whiskys* con soda para mejorar sus golpes en el billar, y siguió con cerveza y dados a las dos y media, coronándolo todo con coñac añejo. En consecuencia, cuando a las tres y media de la madrugada salió con una helada de diez grados bajo cero, se enfadó mucho porque su perro tosía e intentó saltar sobre la silla. El caballo se escapó y se fue a su establo; así que Strickland y yo formamos una Guardia de Dishonor para llevar a Fleete a casa.

Nuestro camino atravesaba el bazar, junto a un templo pequeño de Hanuman, el dios-mono, que es una divinidad importante, digna de todo respeto. Todos los dioses tienen sus cosas a su favor, como las tienen todos los sacerdotes. Personalmente, le concedo mucha importancia a Hanuman y soy amable con su gente: los grandes monos grises de las montañas. Uno nunca sabe cuándo va a necesitar a un amigo.

Había una luz en el templo, y, mientras pasábamos, pudimos oír voces de hombres cantando unos himnos. En los templos indígenas los sacerdotes se levantan a todas las horas de la noche para rendir honor a su dios. Antes de que pudiéramos hacer nada para impedirlo, Fleete subió corriendo la escalinata, les dio unas palmadas en la espalda a dos sacerdotes

y con toda gravedad pulverizó la colilla en la frente de la imagen de piedra roja del dios Hanuman. Strickland trató de llevárselo a rastras de allí, pero él se sentó y dijo con toda solemnidad:

—¿Veis eso? La marca de la b... besstia. Yo la he hecho. ¿No esss bonita?

Medio minuto después el templo estaba lleno de vida y de ruidos, y Strickland, que conocía las consecuencias de profanar las imágenes de los dioses, dijo que podría suceder algo. Él, en virtud de su posición oficial, su larga residencia en el país y su debilidad de mezclarse con los indígenas, era conocido por los sacerdotes, y la situación no le gustaba nada. Fleete seguía sentado en el suelo y se negaba a moverse. Decía que el buen y viejo Hanuman era una almohada muy suave.

Entonces, sin previo aviso, un Hombre de Plata salió de un hueco de detrás de la imagen del dios. Estaba absolutamente desnudo con aquel frío punzante que mordía la carne, y su cuerpo brillaba como plata cubierta de escarcha, porque era lo que la Biblia llama «un leproso, blanco como la nieve». Además no tenía rostro, porque hacía años que era leproso, y la enfermedad había devorado sus carnes. Nosotros dos nos inclinamos para levantar a Fleete, y el templo seguía llenándose de gente que parecía surgir de la tierra, y el Hombre de Plata se metió

bajo nuestros brazos, haciendo un ruido igual al chillido de una nutria, agarró el cuerpo de Fleete y puso la cabeza de éste en su pecho, antes de que tuviéramos tiempo para sacarle de allí. Luego el hombre se retiró a un rincón, donde se sentó chillando, mientras la multitud bloqueaba todas las salidas.

Los sacerdotes parecían muy furiosos, hasta que el Hombre de Plata tocó a Fleete. Aquella especie de friega animal en la nariz pareció devolverles la calma. Después de unos minutos de silencio, uno de los sacerdotes se acercó a Strickland y le dijo en perfecto inglés:

—Llévate de aquí a tu amigo. Él ya ha terminado con Hanuman, pero éste no ha terminado aún con él. La multitud nos abrió paso y llevamos a Fleete fuera, hasta la carretera.

Strickland estaba muy enfadado. Decía que podían habernos acuchillado a los tres, y que Fleete debería dar gracias a su buena estrella por haber escapado sin daños.

Fleete no dio las gracias a nadie. Dijo que se quería ir a la cama. Estaba maravillosamente borracho. Seguimos andando. Strickland, aún furioso, iba en silencio, hasta que a Fleete le entraron unos espasmos violentos de temblores y de sudor. Decía que los olores del bazar eran insoportables, y se

preguntaba cómo permitían que hubiera mataderos tan cerca de las residencias de los ingleses.

—¿No sentís el olor de la sangre? —dijo Fleete. Por fin lo metimos en la cama, justo cuando despuntaban las primeras luces del alba, y Strickland me invitó a tomar otro *whisky* con soda. Mientras bebíamos habló del incidente del templo y admitió que le dejaba completamente desconcertado. Strickland odia que le engañen los indígenas, porque su dedicación a esta vida consiste en superarles usando sus propias armas. Todavía no lo ha logrado, pero dentro de quince o veinte años habrá hecho algunos pequeños progresos.

—Deberían habernos hecho pedazos —dijo—, en lugar de ponerse a chillar. Quisiera saber cuál es su intención. No me gusta nada.

Yo dije que el Comité del templo pondría sin duda una querrela criminal contra nosotros por insultar su religión. Había una sección del código penal de India que prevé exactamente la ofensa de Fleete. Strickland se limitó a decir que esperaba y rezaba para que no hicieran nada más. Antes de marcharme eché una mirada a la habitación de Fleete y lo vi tendido sobre su lado derecho, rascándose la parte izquierda del pecho. Luego, me fui a la cama, frío, deprimido y sintiéndome desgraciado, a las siete de la mañana.

Me levanté a la una y fui hasta la casa de Strickland para interesarme de cómo la cabeza de Fleete aguantaba la solemne borrachera del día anterior. Me imaginaba que no estuviese en perfectas condiciones. Fleete estaba desayunando y no se encontraba bien. Tenía un humor de perros, pues no hacía más que insultar al cocinero, ya que no le había servido una chuleta poco hecha. Un hombre que puede comer carne cruda después de una noche de alcohol es un caso raro. Se lo dije a Fleete y se rió.

—Hay unos mosquitos muy raros en estas tierras —dijo—. Me han acribillado, pero sólo en un lugar.

—Déjame ver las picaduras —dijo Strickland—. Quizá han mejorado desde esta noche.

Mientras le preparaban las chuletas, Fleete se desabrochó la camisa y nos mostró, justo debajo de su tetilla izquierda, una marca que era reproducción exacta de las manchas —cinco o seis puntos dispuestos en círculo— de la piel de leopardo.

Strickland la miró y dijo:

—Por la mañana estaba rosa, ahora se ha vuelto negra.

Fleete corrió en busca de un espejo.

—¡Por Júpiter! —dijo—. ¡Es feo! ¿Qué quiere decir esto?

No pudimos responderle. En ese momento llegaron las chuletas, rojas y jugosas, y Fleete se

tragó tres de la forma más repugnante. Comía sólo sirviéndose de las muelas de la derecha e inclinaba la cabeza sobre su hombro derecho mientras masticaba la carne. Cuando terminó, se imaginó que se había comportado de forma extraña, porque dijo a modo de excusa:

—No creo que nunca me haya sentido tan hambriento. He engullido como un avestruz.

Después del desayuno, Strickland me dijo:

—No te vayas. Quédate aquí, quédate a pasar la noche.

La petición era absurda, puesto que mi casa no estaba ni a tres millas de la de Strickland. Pero Strickland insistió, e iba a decir algo cuando Fleete interrumpió declarando con vergüenza que volvía a tener hambre. Strickland mandó a un hombre a mi casa para que trajese, además de un caballo, todo lo que se necesita para pasar una noche. Y los tres fuimos a las caballerizas de Strickland a pasar el rato hasta que fuese hora de ir a dar un paseo a caballo. El hombre que tiene debilidad por los caballos nunca se cansa de inspeccionarlos, y cuando dos hombres matan el tiempo de esta manera aprenden cosas nuevas y se cuentan mentiras uno al otro.

Había cinco caballos en las caballerizas, y nunca olvidaré la escena cuando tratamos de examinarlos. Parecían haberse vuelto locos. Se encabritaron,

relincharon y casi destrozan los soportes donde estaban atados; sudaban, tenían escalofríos, echaban espuma por la boca y estaban locos de miedo. Los caballos de Strickland le conocían tan bien como sus perros, lo que hacía esto aún más curioso. Abandonamos las caballerizas, temiendo que los animales nos derribaran en su ataque de pánico. Strickland se volvió y me llamó. Los caballos seguían asustados, sin embargo nos dejaron acercar y acariciarlos, y mimarlos con muchos mohínes, y apoyaron sus cabezas en nuestro pecho.

—No tienen miedo de nosotros dijo Strickland.  
—¿Sabes una cosa? Daría tres meses de paga por que Outrage tuviera el don de la palabra.

Pero Outrage no podía hablar y lo único que podía hacer era apretarse contra su amo y resoplar, según la costumbre de los caballos cuando desean explicar cosas y no pueden. Fleete se acercó cuando estábamos en los establos, y tan pronto como los caballos le vieron les volvió a dar un ataque de pánico. A duras penas pudimos escapar del lugar sin que nos cocearan. Strickland dijo:

—Parece que no te quieren, Fleete.

—Tonterías —dijo Fleete—: mi yegua me seguirá como un perro.

Se acercó a ella. Estaba suelta en una caballeriza, pero, en cuanto corrió la tranca, la yegua corcoveó,

le tiró al suelo y se escapó al jardín. Yo me reí, pero a Strickland no le divertía nada. Se llevó ambas manos al bigote y tiró de él casi hasta arrancárselo. Fleete, en lugar de ir a perseguir a su yegua, bostezó diciendo que tenía ganas de dormir. Fue a la casa a acostarse, que es una forma muy tonta de pasar el primer día del año.

Strickland se sentó conmigo en las caballerizas y me preguntó si había notado algo extraño en el comportamiento de Fleete. Le dije que comía como una bestia, pero que esto podía ser la consecuencia de vivir solo en las montañas, fuera del ámbito de una sociedad tan refinada y elevada como la nuestra, por ejemplo. A Strickland tampoco le hizo gracia. No creo que me estuviera escuchando, porque su frase siguiente se refirió a la marca en el pecho de Fleete, y yo le dije que podía haber sido causada por las picaduras de los mosquitos, o que posiblemente se tratara de una mancha de nacimiento recién aparecida, que era ahora visible por primera vez, y Strickland encontró propicia la ocasión para decirme que yo era un bobo.

—Ahora no te puedo explicar lo que pienso —dijo—, porque dirías que estoy loco, pero tienes que quedarte conmigo los próximos días, si puedes. Quiero que observes a Fleete, pero no me digas lo que piensas hasta que yo haya tomado una decisión.

—Pero esta noche estoy invitado a cenar fuera — dije.

—Yo también —dijo Strickland—, y también Fleete. Por lo menos si no cambia de idea.

Paseamos por el jardín fumando, sin decir palabra —porque éramos amigos y la conversación estropea el gusto de un buen tabaco—. Después, cuando se nos apagaron las pipas, fuimos a despertar a Fleete. Lo encontramos completamente despierto y no paraba de moverse por su cuarto.

—Tengo ganas de comer más chuletas —dijo—. ¿Me las pueden servir?

Nos reímos y le dijimos:

—Ve a cambiarte. Los ponis estarán listos dentro de un minuto.

—Está bien —dijo Fleete—, iré cuando me haya comido las chuletas, casi crudas; recuerda.

Parecía hablar muy en serio. Eran las cuatro de la tarde y habíamos desayunado a la una; y sin embargo, durante un buen rato, siguió pidiendo las chuletas casi crudas. Luego se puso la ropa de montar y salió a la galería. Su poni —aún no habían cogido a la yegua— no le dejaba acercarse. Los tres caballos eran incontrolables, locos de miedo, y finalmente Fleete dijo que se quedaría en casa para comer algo. Strickland y yo nos fuimos a dar una vuelta a caballo, pensativos. Al pasar por el templo de Hanuman, el

Hombre de Plata salió chillando hacia nosotros.

—No es uno de los sacerdotes habituales del templo —dijo Strickland—. Creo que me gustaría mucho ponerle la mano encima.

Aquella tarde galopamos sin ningún entusiasmo por el hipódromo. Los caballos parecían decaídos y se movían como si estuvieran agotados.

—El pánico que tenían, después del desayuno, ha sido demasiado para ellos —dijo Strickland.

Fue la única observación que hizo durante nuestro paseo. Creo que una o dos veces soltó un juramento en voz baja, pero eso no valía como discurso.

Volvimos hacia las siete, cuando ya estaba oscuro, y vimos que no había luz en el *bungalow*.

—¡Qué rufianes descuidados están hechos mis sirvientes! —dijo Strickland.

Mi caballo se encabritó ante algo que había en el camino de coches, y Fleete se puso en pie bajo su belfo.

—¿Qué estás haciendo? ¿Rastrillas el jardín? —dijo Strickland.

Pero los dos caballos se encabritaron y casi nos tiran al suelo. Desmontamos cerca de las caballerizas y volvimos junto a Fleete, que andaba a cuatro patas bajo los macizos de naranjos.

—¿Qué demonios te pasa? —dijo Strickland.

—Nada, nada —dijo Fleete, hablando muy

deprisa y con voz poco clara—. He salido a trabajar al jardín, ¡ya sabes!, a herborizar. El olor de la tierra es delicioso. Creo que voy a dar un paseo..., un largo paseo..., que dure toda la noche.

Y entonces vi que en todo aquello había algo que no encajaba, y le dije a Strickland:

—Esta noche ceno en casa.

—¡Que Dios te bendiga! —dijo Strickland—. ¡Vamos, Fleete, levántate! ¡Vas a coger fiebre ahí! Ven a cenar y encendamos las lámparas. Cenaremos, todos en casa.

Fleete se puso en pie a regañadientes y dijo:

—Sin lámparas, sin lámparas. Se está mucho mejor aquí. Cenemos fuera y tomemos más chuletas..., muchas y además casi crudas..., llenas de sangre y con un buen hueso.

En el norte de India una noche de diciembre es tremendamente fría, y la sugerencia de Fleete era la de un loco.

—Entra —dijo Strickland con voz severa—. Entra inmediatamente.

Fleete obedeció y, cuando trajeron las lámparas, vimos que estaba literalmente cubierto de tierra y de porquería de la cabeza a los pies. Debía de haberse revolcado por el jardín. Se apartó de la luz y se fue a su cuarto. Era horrible mirarle a los ojos. Tenían por detrás, no por dentro —no sé si me entienden los

lectores—, una luz verde, y le colgaba el labio inferior.

Strickland dijo:

—Esta noche vamos a tener problemas..., grandes problemas... No te quites la ropa de montar. Esperamos y esperamos hasta que volviera Fleete nuevo, y mientras tanto pedimos la cena. Le oíamos moverse en su habitación, pero no había luz en ella. Entonces surgió de la habitación el aullido prolongado de un lobo.

La gente habla y escribe con ligereza de la sangre que se le hiela en las venas, y que se le ponen los pelos de punta y cosas por el estilo. Ambas sensaciones son demasiado horribles para tomarlas a la ligera. Se me paró el corazón, como si me lo hubieran atravesado con un cuchillo, y Strickland se puso tan blanco como el mantel.

El aullido se repitió y le contestó otro aullido desde los campos lejanos.

El horror llegó a su máxima expresión. Strickland corrió al cuarto de Fleete. Yo le seguí y le vimos salir por la ventana. Emitía, desde el fondo de su garganta, unos ruidos bestiales. No pudo respondernos cuando le gritamos. Escupió.

No recuerdo con precisión todo lo que siguió, pero creo que Strickland tuvo que dejarle inconsciente de un golpe con un largo calzador,

porque si no nunca hubiera sido yo capaz de sentarme sobre su pecho. Fleete no podía hablar, sólo podía gruñir, y los gruñidos se parecían más a los de un lobo que a los de un hombre. Su naturaleza humana parecía haber cedido terreno durante todo el día y había muerto con el crepúsculo. Estábamos tratando con una bestia que un día había sido Fleete.

El asunto estaba más allá de cualquier experiencia humana y racional. Yo traté de decir «hidrofobia», pero la palabra no quería venir a mis labios, porque sabía que era mentira.

Atamos a aquella bestia con las correas de cuero del punkab<sup>[36]</sup>, y le amarramos de manos y pies y le amordazamos con un calzador de hueso, que es una mordaza muy eficaz si sabes utilizarla. Luego lo llevamos al comedor y enviamos a un hombre a buscar a Dumoise, el médico, y que viniera urgentemente. Después de marchar el mensajero y de recuperar el aliento, Strickland dijo:

—No servirá para nada. En estos casos no hay que llamar al médico.

Yo también creí que estaba diciendo la verdad. La bestia tenía la cabeza libre, y la movía con rabia de un lado a otro sin parar. Cualquiera que hubiera entrado en la habitación habría creído que estábamos curtiendo la piel de un lobo. Strickland estaba sentado con la barbilla apoyada donde la mano se

une a la muñeca y observaba, sin hacer comentarios, a la bestia que se retorció en el suelo. La camisa se le había roto en el forcejeo y en la tetilla izquierda se le veía la marca negra en forma de roseta. Sobresalía como una ampolla, como una verruga.

En el silencio de la espera oímos algo, en el exterior, que chillaba como una nutria hembra. Ambos nos pusimos de pie, y —hablo por mí, no por Strickland— me invadió una náusea física. Nos dijimos, como los hombres de Pinafore<sup>[37]</sup>, que había sido el gato.

Dumoise llegó, y nunca he visto a un hombre tan poco profesionalmente preocupado, descompuesto. Dijo que era un caso penoso de hidrofobia y que no había nada que hacer. Los remedios que se aplicasen no harían más que prolongar la agonía. La bestia echaba espuma por la boca. A Fleete, le dijimos a Dumoise, le habían mordido los perros en una o dos ocasiones. Cualquier hombre que tenga media docena de terriers debe esperar que le muerdan alguna vez. Dumoise no podía prestar la más mínima ayuda. Sólo podía certificar que Fleete se estaba muriendo de hidrofobia. En aquel momento la bestia aullaba, porque había conseguido escupir el calzador. Dumoise dijo que estaba dispuesto a certificar la causa de la muerte y que el fin era seguro. Era un hombre de buenos sentimientos y se ofreció a

quedarse con nosotros, pero Strickland rehusó su amable ofrecimiento. No quería estropearle el primer día del año con un susto tan desagradable. Tan sólo le rogaba que no hiciera pública la verdadera causa de la muerte de Fleete.

Y Dumoise se marchó, profundamente agitado; y, apenas se alejó el ruido de las ruedas del carro, Strickland me susurró cuanto él sospechaba. Sus conjeturas eran tan absurdamente improbables que no se atrevía a decirlas en voz alta; y yo, que participaba de todas las opiniones de Strickland, estaba tan avergonzado de ellas que fingí incredulidad.

—Incluso, aunque el Hombre de Plata haya embrujado a Fleete por profanar la imagen de Hanuman, el efecto del castigo no se habría podido producir tan pronto.

Mientras yo murmuraba estas palabras, el grito volvió a oírse fuera y la bestia entró en tal agitación para liberarse, que tuvimos miedo de que las ligaduras que lo sujetaban cediesen.

—¡Observa! —dijo Strickland—. A la sexta vez que esto se repita, asumiré los poderes que me concede la ley. Te ordeno que me ayudes.

Se fue a su cuarto y volvió al cabo de algunos minutos con los cañones de una vieja escopeta, un trozo de sedal, una cuerda bastante gruesa y el

bastidor de madera de su cama. Le conté que las convulsiones se habían producido dos segundos después de cada grito, y de que la bestia parecía sensiblemente más débil.

Strickland murmuró:

—¡Pero no puede quitarle la vida! ¡No puede quitarle la vida!

Yo dije, sabiendo que hablaba conmigo mismo:

—Puede que sea un gato. Tiene que ser un gato. Si el Hombre de Plata es el responsable, ¿cómo es que se atreve a venir por aquí?

Strickland colocó el bastidor de madera encima de la chimenea, puso los cañones de la escopeta entre las ascuas, extendió el bramante sobre la mesa y rompió un bastón en dos. Había una yarda de sedal, tripa cubierta de alambre de la que se usa para pescar el mahseer<sup>[38]</sup>, y ató los dos extremos, formando un lazo. Y entonces dijo:

—¿Cómo podemos capturarlo? Debemos cogerlo vivo y sin hacerle ningún daño.

Yo dije que debíamos confiar en la Providencia y salir silenciosamente con los mazos de polo a apostarnos entre los arbustos, delante de la casa. Era evidente que el hombre, animal o lo que produjera aquellos gritos se movía alrededor de la casa con la regularidad de un centinela nocturno. Podíamos esperar en los matorrales hasta que pasara y

golpearlo.

Strickland aceptó esta sugerencia y nos deslizamos furtivamente al exterior por la ventana de un cuarto de baño hasta la galería delantera, y de allí atravesamos el camino hasta los matorrales.

A la luz de la luna vimos al leproso, que se acercaba desde la esquina de la casa. Estaba totalmente desnudo, y de vez en cuando maullaba y se paraba a bailar con su sombra. El espectáculo era muy poco atractivo, y al pensar en el pobre Fleete, llevado a tal degradación por una criatura tan espantosa, dejé de lado mis vacilaciones y decidí ayudar a Strickland, desde los cañones calentados de las escopetas hasta el lazo de bramante..., desde las entrañas a la cabeza y vuelta a empezar..., con todas las torturas que fueran necesarias.

El leproso se detuvo un momento en el pórtico delantero y saltamos sobre él con los mazos. Su fuerza era extraordinaria, y temimos que pudiera escapar o que acabara con una herida fatal antes de que lo apresáramos. Creíamos que los leprosos eran criaturas frágiles, pero esta suposición resultó equivocada. Strickland le dio un golpe en las piernas para hacerlo caer y yo le puse el pie en el cuello. Maullaba espantosamente, e incluso a través de mis botas de montar sentí que su carne no era la carne de un hombre puro y sano.

Nos golpeó con los muñones de sus manos y sus pies. Le hicimos el lazo del perro, se lo pasamos por debajo de las axilas y lo arrastramos así al salón y de allí al comedor, donde yacía la bestia. Allí lo atamos con las correas de un baúl. No intentó escaparse, pero no dejó de maullar.

Cuando le pusimos frente a la bestia, la escena fue indescriptible. La bestia se curvó de espaldas en un arco perfecto, como si la hubieran envenenado con estricnina, y gemía de la forma más despiadada. Sucedieron también varias cosas más, pero aquí no puedo contarlas.

—Creo que yo tenía razón —dijo Strickland—. Ahora le rogaremos al leproso que lo cure.

Pero el leproso se limitaba a maullar. Strickland se envolvió la mano con una toalla y sacó los cañones del fuego. Yo puse la mitad del bastón roto en el lazo del sedal y até al leproso con seguridad al bastidor de la cama de Strickland. Ahora entiendo cómo hombres, mujeres y niños pequeños pueden soportar ver quemar viva a una bruja; porque la bestia gemía en el suelo y, aunque el Hombre de Plata no tenía rostro, se veían los sentimientos horribles que pasaban por la superficie lisa, como si fuera una lápida, que hacía las veces de su cara, con la misma exactitud con que olas de calor recorren un hierro candente, el de los cañones de escopeta, por ejemplo.

Strickland se tapó los ojos con la mano por un momento y empezamos a trabajar. Esta parte no puede ser contada.

Comenzaba a apuntar el alba cuando el leproso habló. Sus maullidos no habían sido satisfactorios hasta ese momento. La bestia se había desmayado de agotamiento y la casa estaba muy silenciosa e inmóvil. Liberamos al leproso y le dijimos que alejara al espíritu maligno. Reptó hasta la bestia y le puso la mano en la tetilla izquierda. Eso fue todo. Luego cayó de bruces y gimoteó, conteniendo la respiración mientras lo hacía.

Nosotros escrutábamos el rostro de la bestia y vimos el alma de Fleete volviendo nuevamente a sus ojos. Entonces brotó el sudor en su frente, y los ojos —eran ojos humanos— se cerraron. Esperamos una hora y Fleete seguía durmiendo. Le llevamos a su habitación, pedimos al leproso que se fuera, y le regalamos el bastidor de la cama y la sábana para que cubriera su desnudez, los guantes y las toallas con las que le habíamos tocado y el cuero que había rodeado su cuerpo. Se echó la sábana por encima y salió muy de mañana sin hablar ni maullar.

Strickland se secó la cara y se sentó. Un gong nocturno, de ésos que dan las horas nocturnas lejos, en la ciudad, dio las siete.

—¡Veinticuatro horas justas! —dijo Strickland—.

Y lo que he hecho bastaría para echarme del servicio, además de encerrarme toda la vida en un manicomio. ¿Crees que estamos despiertos?

El cañón candente de la escopeta se había caído al suelo y estaba chamuscando la alfombra. El olor era totalmente real.

Aquella mañana, a las once, fuimos juntos a despertar a Fleete. Miramos, y vimos que la negra roseta de leopardo le había desaparecido del pecho. Estaba muy soñoliento y cansado, pero en cuanto nos vio dijo:

—¡Oh, maldita sea, amigos! ¡Feliz Año Nuevo! No mezcléis nunca las bebidas. Estoy medio muerto. —Gracias por tus buenos deseos, pero llegas tarde— dijo Strickland. —Hoy es dos de enero. Has dormido veinticuatro horas seguidas.

La puerta se abrió y el pequeño Dumoise asomó la cabeza. Había venido a pie y se figuraba que estaban amortajando a Fleete.

—He traído a una enfermera conmigo —dijo Dumoise—. Supongo que puede entrar para... lo que sea necesario.

—No faltaba más —dijo Fleete alegremente, incorporándose en la cama—. Haga entrar a su enfermera.

Dumoise se quedó sin hablar. Strickland le acompañó fuera de la habitación y le explicó que

debía de haber alguna equivocación en el diagnóstico. Dumoise continuó sin abrir la boca y abandonó de prisa la casa. Consideraba que habían atentado contra su reputación profesional y se inclinaba a considerar su restablecimiento como una cuestión personal. Strickland también salió. Cuando volvió, dijo que había ido al templo de Hanuman con una oferta para reparar la profanación del dios, y le habían asegurado solemnemente que ningún hombre blanco había tocado el ídolo, y que él era la encarnación de todas las virtudes, bajo el encanto de una ilusión.

—¿Qué piensas? —dijo Strickland.

Y yo dije:

—«Hay más cosas...»<sup>[39]</sup>.

Pero Strickland odia esa cita. Dice que la he utilizado tanto que la he dejado sin sentido. Ocurrió otra cosa curiosa que me asustó tanto como todos los sucesos de la noche anterior. Cuando Fleete se vistió, entró en el comedor y husmeó el aire. Tenía el extraño tic de mover la nariz cuando olfateaba.

—Aquí hay un tremendo olor a perro —dijo—: deberías tener más cuidado con esos terriers. Prueba con azufre, Strick.

Pero Strickland no contestó. Cogió el respaldo de una silla y, sin previo aviso, le entró un ataque de histeria. Es terrible ver a un hombre fuerte presa de

la histeria. Y entonces se me ocurrió pensar que habíamos luchado con el Hombre de Plata por el alma de Fleete, en aquella habitación, y que habíamos perdido para siempre nuestra dignidad de ingleses, y me reí y jadeé y gruñí tan desvergonzadamente como Strickland, y Fleete pensó que los dos nos habíamos vuelto locos. Nunca le dijimos lo que habíamos hecho.

Algunos años después, cuando Strickland ya se había casado y, por amor de su mujer, se convirtió en un respetable miembro de la comunidad, además de asiduo visitante de la iglesia, pasamos revista al incidente desapasionadamente, y Strickland sugirió que lo hiciera público.

No comprendo muy bien cómo podría aclarar el misterio esta medida, porque, en primer lugar, nadie se va a creer una historia desagradable, y, en segundo lugar, es bien sabido que los dioses de los paganos son de bronce y piedra, y que cualquier intento de considerarlos de otro modo está justamente condenado.

# EL RETORNO DE IMRAY

Abiertas las puertas de par en par, dice la historia,  
de la noche llegó la sombra paciente,  
no podía hablar, ni tampoco se movía  
la piel del armiño que el Barón tenía.  
Mudo y sin fuerza, una sombra tenue  
vagaba por el castillo, en busca de su  
estirpe.  
¡Qué miserable espectáculo resultaba ver  
al mudo espectro perseguir a su enemigo!

## **El Barón**

Imray consiguió lo imposible. Sin previo aviso, sin un motivo aparente, en su juventud, en el umbral cía una brillante carrera, eligió desaparecer del mundo,

es decir, de la pequeña estación donde vivía.

Un día estaba vivo, con buena salud, feliz y jugador destacado en las mesas de billar de su club. Pero otra mañana ya no estaba, y ninguna pesquisa pudo indicar dónde podía estar. Había salido de su casa, no había aparecido en su oficina a la hora acostumbrada, y su calesa no se veía por las calles públicas. Por estos motivos, y porque su desaparición atrancó, por una fracción de segundo, la administración del Imperio de India, el Imperio se detuvo, imperceptiblemente, a investigar el destino de Imray. Se dragaron los estanques, se sondaron los pozos, se enviaron telegramas a lo largo de las líneas del ferrocarril y hasta los puertos más cercanos, a doscientas millas; pero Imray no estaba a la otra punta de las cuerdas o de las sondas ni de los hilos del telégrafo. Se había ido, y el lugar donde vivía le olvidó. Entonces, el trabajo del Imperio de India dejó atrás el problema (Nada podía parar la marcha de la administración), e Imray pasó de ser un hombre a ser un misterio..., ese tipo de cosas de las que los hombres hablan en sus reuniones mensuales del club y que luego olvidan por completo. Sus armas, caballos y calesas fueron vendidos al mejor postor. Su oficial superior escribió una carta totalmente absurda a su madre, en la que decía que Imray había desaparecido de un modo inexplicable, y su

*bungalow* se quedó vacío.

Pasaron tres o cuatro meses de la agobiante estación calurosa, y mi amigo Strickland, de la policía, creyó oportuno alquilar el *bungalow* al propietario indígena. Eso ocurría antes de que se hubiera hecho novio de la señorita Youghal —un asunto que ha sido descrito en otro lugar— y mientras llevaba una serie de investigaciones sobre de la vida de los indígenas. Su modo de comportarse era muy peculiar, y la gente se quejaba de las costumbres que tenía. En su casa siempre había algo que comer, pero las comidas no se hacían a horas regulares. Comía, de pie y caminando por la habitación, todo lo que encontrase en el aparador, y eso no es bueno para la salud de los seres humanos. Sus enseres domésticos se limitaban a seis fusiles, tres escopetas de caza, cinco sillas de montar y una colección de cañas rígidas para la pesca del mahseer, más grandes y fuertes que las usadas para el salmón. Estas cosas ocupaban la mitad de su *bungalow*, y la otra mitad se reservaba para Strickland y Tietjens, su enorme perra Rampur, que devoraba diariamente la ración de dos hombres. El animal hablaba con Strickland en un lenguaje propio, y siempre que, en sus paseos, veía cosas que podían destruir la paz de Su Majestad la Reina Emperatriz, volvía junto a su amo para comunicárselas debidamente. Strickland no perdía

tiempo en tomar las medidas oportunas, lo que implicaba invariablemente dolores de cabeza para unos, y multas y cárcel para otros. Los indígenas creían que Tietjens era un espíritu familiar, y la trataban con esa distancia que nace del temor y del odio. Se había reservado una habitación del *bungalow* para su uso particular. Era dueña de una cama, una manta y un recipiente para beber, y si alguien llegaba al cuarto de Strickland por la noche, tenía la costumbre de tirar al suelo al intruso y no dejar de ladrar hasta que alguien llegara con una luz. Strickland le debía la vida. El hecho tuvo lugar cuando él se encontraba en la zona de la Frontera tras las huellas de un asesino local, que llegó al amanecer gris para enviar a Strickland mucho más allá de las islas Andaman. Tietjens cogió al hombre cuando reptaba hacia la tienda de Strickland con un puñal entre los dientes, y, después de que su currículum de iniquidad fuese establecido a los ojos de la ley, fue ahorcado. Desde aquella fecha Tietjens lleva un collar de plata de ley y tiene bordado un monograma en su manta; y la manta es de tejido de cachemir doble, porque ella es una perra delicada.

Nada podía separar al animal de Strickland; y una vez que él estuvo enfermo con fiebre, hizo la vida imposible a los médicos, porque no sabía cómo ayudar a su amo y no dejaba que ninguna criatura

intentara ayudarle. Macarnaght, del Servicio Médico de India, le pegó con la culata de su arma en la cabeza para que entendiera que tenía que dejar paso a los que podían darle quinina a su amo.

Poco tiempo después de que Strickland hubiera alquilado el *bungalow* de Imray, tuve que ir por motivos de trabajo a aquella zona, y como era natural, dado que el club estaba lleno, me alojé con Strickland. El *bungalow* era un buen alojamiento, de ocho habitaciones y con un grueso techo de paja, que impedía cualquier eventual filtración durante la estación de las lluvias. Bajo la falda del techo había un lienzo a modo de cielo raso, que tenía un aspecto tan limpio como si estuviera encalado. El casero lo había pintado cuando Strickland alquiló el *bungalow*. Salvo que supieras cómo estaban contruidos los *bungalows* indios, nunca sospecharías que por encima de aquella tela estaba el hueco triangular del techo donde las vigas y la parte interior de la paja cobijaban todo tipo de ratas, murciélagos, hormigas y animales inmundos.

Tietjens salió a mi encuentro en la galería con un ladrido como el retumbar de la campana de San Pablo en Londres, poniéndome las patas en el hombro y diciéndome así que se alegraba de verme. Strickland había conseguido combinar una especie de comida que él llamaba almuerzo, e inmediatamente

después de haberla acabado se marchó a sus asuntos. Me quedé solo con Tietjens y mis propios asuntos. El calor del verano había acabado de golpe y había dado paso a la cálida humedad de las lluvias. No había movimiento alguno en el aire recalentado, pero la lluvia batía con fuerza la tierra, como si todo un regimiento estuviese tirando desde el cielo las bayonetas de sus fusiles. Al caer, producía unas salpicaduras que levantaban violentamente una neblina azulada. Los bambúes, las chirimoyas, los guanábanos y los mangos del jardín estaban inmóviles mientras el agua templada los azotaba y las ranas empezaban a cantar entre los macizos de áloe. Poco antes de que oscureciese y, cuando la lluvia caía torrencialmente, me senté en la galería posterior y escuché el agua que rugía furiosa en los canalones, y me rasqué porque estaba cubierto de esa cosa conocida como sarpullido del trópico. Tietjens salió conmigo, me puso la cabeza en las rodillas y estaba muy triste, así que le di unas galletas y yo tomé el té en la galería de atrás por el relativo fresco que allí hacía. A mis espaldas, las habitaciones de la casa estaban oscuras. Me llegaba el olor a cuero de las sillas y arreos de Strickland, mezclado con el aceite de sus armas, y no quería en absoluto sentarme entre esos objetos. Hacia el anochecer, mi criado se me acercó, con la muselina de sus ropajes pegada a su

cuerpo empapado, diciendo que había llegado un señor que deseaba ver a alguien de la casa. Muy en contra de mi voluntad, y sólo debido a la oscuridad de las habitaciones, fui al salón expoliado de decorado y le dije a mi criado que trajera las lámparas. Podría haber un visitante esperando o no —me pareció ver una figura junto a una de las ventanas—, pero cuando llegaron las lámparas no había nada más que los trazos de la lluvia en el exterior, y en mis narices el olor de la tierra sedienta. Le expliqué a mi criado que no era el caso de extralimitar el nerviosismo y volví a la galería a hablar con Tietjens. El animal se había metido bajo la lluvia, y no conseguía hacerla volver por ningún procedimiento afectuoso, ni siquiera con galletas con azúcar. Strickland volvió a casa, chorreando, justo antes de cenar, y lo primero que dijo fue:

—¿Ha venido alguien?

Le expliqué, con mil excusas, que mi criado me había llamado al salón con una falsa alarma; o que algún ocioso había intentado hacer una visita a Strickland, pero lo pensó mejor y decidió irse tras dar su nombre. Strickland ordenó que nos sirvieran la cena, sin comentario, y, como era una cena de verdad, con mantel blanco incluido, nos sentamos.

A las nueve, Strickland quería irse a la cama, y yo también estaba cansado. Tietjens, que había

permanecido tumbada debajo de la mesa, se levantó y se fue a la galería menos expuesta a la lluvia en cuanto su amo se fue a su cuarto, que estaba al lado de la habitación majestuosa dispuesta para Tietjens. Si hubiera sido simplemente una mujer la que hubiera deseado dormir a la intemperie, bajo una lluvia que azotaba, no habría tenido importancia, pero Tietjens era una perra, y, por tanto, el compañero (la compañera en este caso) digno de mayores atenciones. Miré a Strickland, esperando ver cómo la castigaba con la fusta. Se limitó a sonreír extrañamente, como sonreiría un hombre que acabara de contar una desagradable tragedia familiar.

—Lleva haciendo esto desde que me mudé aquí —dijo—. Déjala.

La perra era de Strickland, así que no dije nada, pero sentí todo lo que sintió Strickland al verse tratado con tanta indiferencia. Tietjens acampó bajo la ventana de mi dormitorio, y la tempestad sucedió a la tempestad, resonando, uno tras otro, los truenos sobre la cubierta de paja, hasta morir a lo lejos. Los relámpagos salpicaban y manchaban el cielo como lo hace un huevo roto contra la puerta de un granero, pero la luz era de color azul pálido, no amarillo; y, mirando a través de la rendija de mis persianas de bambú, vi a la gran perra de pie, sin dormir, en la galería, con el pelo erizado en el lomo y las patas

ancladas en el suelo con la tensión del cable de acero de un puente colgante. En las cortísimas pausas entre los truenos intenté dormir, pero parecía que alguien quería verme con mucha urgencia. Él, quienquiera que fuese, trataba de llamarme por mi nombre, pero su voz no era sino un susurro ronco. El trueno cesó y Tietjens salió al jardín y aulló a la luna baja. Alguien trató de abrir la puerta de mi habitación, anduvo por toda la casa y se quedó jadeando en la galería, y justo cuando me iba a dormir creí oír un martilleo inmenso y un clamor de palabras sobre mi cabeza o contra la puerta.

Fui corriendo al cuarto de Strickland y le pregunté si se encontraba mal y si me había llamado. Estaba tumbado en su cama a medio vestir y con una pipa en la boca.

—Pensé que vendrías —dijo—. He estado paseando por la casa.

Le expliqué que había oído que alguien andaba por el salón, y donde fumábamos y en dos o tres habitaciones más, y él se rió y me dijo que me volviera a la cama. Me volví a la cama y dormí de un tirón hasta el día siguiente, pero en las sombras de mis sueños estaba seguro de que hacía daño a alguien al no atender sus deseos. No podía decir cuáles eran esos deseos, pero alguien que se agitaba, susurraba, hurgaba en las cerraduras, se escondía en la sombra,

me esperaba, me reprochaba mi negligencia, y, medio dormido, oí el aullido de Tietjens en el jardín y el batir continuo de la lluvia.

Estuve en esa casa durante dos días. Strickland se iba cada mañana a su oficina, dejándome solo durante ocho o diez horas, con la única compañía de Tietjens. Mientras hubiera luz yo estaba tranquilo, y también Tietjens, pero con el crepúsculo ella y yo salíamos a la galería posterior y nos animábamos el uno al otro para hacernos compañía. Estábamos solos en la casa, sin embargo ésta estaba ocupada, y además la llenaba, por un inquilino con quien no tenía ninguna intención de mezclarme. Nunca le vi, pero podía ver cómo temblaban, a su paso, las cortinas que separaban los cuartos; oía el crujido de las sillas cuando los bambúes se libraban de un peso, y sentía, cuando iba a coger un libro al salón, que alguien esperaba en la sombra de la galería delantera hasta que yo me hubiese ido. Tietjens hacía más interesante el crepúsculo con su mirada brillante en los cuartos oscuros, con todo su pelo erizado y siguiendo los movimientos de algo que yo no podía ver. La perra no entraba nunca en las habitaciones, pero sus ojos acompañaban con interés movimientos invisibles: eso era ya suficiente. Sólo cuando mi criado venía a encender las lámparas para iluminar y hacerlo todo habitable, el animal aceptaba entrar

conmigo en la habitación y se pasaba el tiempo sentada sobre sus cuartos traseros observando a un hombre invisible que deambulaba a mi espalda. Los perros son buenos compañeros.

Le expliqué a Strickland, con toda la delicadeza que pude, que iría al club a buscar alojamiento. Apreciaba su hospitalidad, me encantaban sus armas y cañas de pescar, pero no me gustaba demasiado su casa y la atmósfera que se respiraba en ella. Me escuchó hasta el final, y luego sonrió con gesto muy cansado, pero sin mostrar desprecio, porque es un hombre que comprende las cosas.

—Quédate —dijo— a ver si descubres lo que está pasando. Todo lo que me cuentas viene sucediendo desde que alquilé el *bungalow*. Quédate y espera. Tietjens me ha abandonado. ¿Tú también te vas a ir?

Yo ya le había ayudado a resolver un pequeño asunto, relacionado con un ídolo pagano, que me había llevado a las puertas del manicomio, y no tenía ninguna intención de ayudarle en más experiencias de ese tipo. Era un hombre que atraía las cosas desagradables con la misma facilidad con que a las personas normales les invitan a comer.

Por lo tanto, le expliqué más claro que nunca que le tenía un inmenso aprecio y que estaría encantado de verle durante el día, pero que no me gustaba

dormir bajo su techo. Esto ocurría después de cenar, cuando Tietjens había salido a dormir a la galería.

—No me extraña nada de lo que dices —dijo Strickland mirando al lienzo del techo—: ¡mira eso! Entre el lienzo y la pared colgaban dos serpientes marrones. Producían dos sombras alargadas a la luz de la lámpara.

—Vale, si tienes miedo de las serpientes —dijo Strickland.

Odio las serpientes y me aterrorizan, porque si miras a los ojos de una serpiente te darás cuenta de que conoce todo sobre el misterio de la caída del hombre y que siente el desprecio que sintió el Demonio cuando Adán fue expulsado del Edén. Además de su mordedura, que generalmente es mortal, y de que se enrosca en las perneras de los pantalones.

—Deberías hacer revisar el techo de paja —le dije—. Dame una caña de mahseer y las atizaremos para que caigan.

—Se esconderán entre las vigas del techo —dijo Strickland—. No soporto tener serpientes sobre mi cabeza. Voy a subir al techo. Haré que caigan. Coge la baqueta de limpiar el fusil y pártelas en dos.

No es que yo estuviera ansioso por ayudar a Strickland en esta tarea, pero empuñé la baqueta y esperé en el comedor, mientras Strickland llevaba la

escalera del jardinero que estaba en la galería y la apoyó contra una de las paredes de la habitación. Las colas de las serpientes se enderezaron y desaparecieron de la vista. Oíamos el seco correr precipitado de los largos cuerpos sobre las bolsas del cielo raso de lienzo. Strickland tomó una lámpara mientras yo trataba de explicarle claramente los peligros de cazar serpientes en un techo entre el cielo raso y la paja, aparte del deterioro de la propiedad causado por las rasgaduras en el lienzo.

—¡Tonterías! —dijo Strickland—. Seguro que se esconden entre el techo y el lienzo. Los ladrillos están demasiado fríos para ellas y lo que les gusta es el calor de la habitación.

Puso la mano en la esquina de la tela y la arrancó de la cornisa. Cedió con gran ruido y Strickland metió la cabeza por la abertura en la oscuridad de las vigas del techo. Yo apreté los dientes y levanté la baqueta, porque no tenía la menor idea de lo que iba a caer.

—¡Hummm! —dijo Strickland, y su voz tronaba y retumbaba en el techo—. Aquí sobra espacio para otra habitación y, por Júpiter, alguien lo está ocupando.

—¿Serpientes? —dije yo desde abajo.

—No. Es un búfalo. Pásame los dos últimos trozos de la caña de pescar y lo empujaré. Está sobre

la viga principal.

Le lancé la caña.

—No. Es un..., ¡vaya nido de lechuzas y serpientes! No me extraña que las serpientes vivan aquí —dijo Strickland, subiendo más arriba.

Yo veía asomarse el codo con la caña.

—Sal de ahí, quienquiera que seas. ¡Cuidado con la cabeza ahí abajo, va a caer!

Vi cómo el lienzo del centro de la habitación se abombaba en una bolsa con una forma que bajaba más y más con su peso sobre las lámparas encendidas de la mesa. Quité de un manotazo la lámpara y retrocedí. Y entonces el lienzo se desprendió de las paredes, se desgarró, se agitó y cayó tronando sobre la mesa algo que no me atreví a mirar hasta que Strickland bajó de la escalera y estuvo de pie junto a mí. No dijo mucho, ya que era hombre de pocas palabras, pero cogió el borde del mantel y lo arrojó sobre los restos de la mesa.

—Me parece —dijo, apoyando la lámpara— que ha vuelto nuestro amigo Imray. ¡Oh!, ¿quieres salir? Hubo un movimiento bajo el lienzo, y una serpiente pequeña se deslizó fuera para ser partida en dos por la empuñadura de la caña de pescar. Yo no me encontraba en condiciones de hacer observación alguna digna de tenerse en cuenta.

Strickland meditaba y se sirvió un trago. El

objeto que estaba debajo del mantel no daba señales de vida.

—¿Es Imray? —pregunté.

Strickland levantó el mantel un momento y miró.

—Es Imray —dijo— y tiene la garganta abierta de oreja a oreja.

Y entonces dijimos al mismo tiempo el uno al otro:

—Por eso susurraba por toda la casa.

En el jardín, Tietjens empezó a ladrar con furia. Un poco más tarde, su gran hocico apareció en la puerta del comedor.

Husmeó y se quedó inmóvil. El lienzo del techo hecho harapos colgaba casi hasta la altura de la mesa, y apenas había espacio para moverse y apartarse de aquello que habíamos descubierto.

Tietjens entró y se sentó, enseñando los dientes y asentando firmemente las patas posteriores sobre el suelo. Miraba a Strickland.

—Es un asunto muy feo, preciosa —dijo—: los hombres no trepan al techo de su *bungalow* para morir, y no sujetan después el lienzo del cielo raso. Estudiemos el asunto.

—Estudiémoslo en otro lugar —dije yo.

—¡Excelente idea! Apaga las lámparas. Iremos a mi cuarto.

No apagué las lámparas. Fui primero al cuarto de

Strickland y dejé que él apagara la luz. Luego me siguió, encendimos las pipas y pensamos. Strickland pensaba. Yo fumaba con furia, porque tenía miedo.

—Imray ha vuelto dijo Strickland. —La pregunta es: ¿Quién mató a Imray? No digas nada, tengo mi propia idea. Cuando alquilé este *bungalow*, me quedé con la mayoría de los criados de Imray. Imray era un hombre alegre e inofensivo, ¿no crees?

Le dije que sí, aunque el bulto bajo el mantel no parecía ni una cosa ni otra.

—Si llamo a todos los criados y les interrogo, se cerrarán como una piña y mentirán como bellacos. ¿Qué sugieres tú?

—Que los llares de uno en uno —dije.

—Nada más salir de la tienda irán corriendo a informar a sus compañeros —dijo Strickland—. Debemos aislar a los unos de los otros. ¿Tú crees que tu criado sabe algo de esto?

—No es imposible, pero no sé nada, aunque no creo que sea probable. Sólo lleva aquí dos o tres días —contesté—. ¿Qué piensas?

—No estoy muy seguro. ¿Cómo demonios pudo llegar al otro lado del lienzo?

Se oyó una tos profunda detrás de la puerta del dormitorio de Strickland. Eso demostraba que Bahadur Khan, su criado personal, se había despertado y quería que Strickland se durmiera.

—Entra —dijo Strickland—. Es una noche muy calurosa, ¿no te parece?

Bahadur Khan, un musulmán de casi dos metros de altura, grande, con un turbante verde, dijo que era una noche muy calurosa, pero que iba a llover todavía más, lo cual, con el excelentísimo favor del sahib, traería alivio al país.

—Así será, si Dios quiere —dijo Strickland, sacándose las botas—. He pensado, Bahadur Khan, que te he hecho trabajar muy duro durante mucho tiempo... desde que entraste a mi servicio. ¿Cuándo fue eso?

—¿Es posible que lo haya olvidado el Hijo del Cielo? Cuando el Sahib Imray se fue secretamente a Europa sin avisar a nadie; y yo..., yo..., entré al honorable servicio del Protector de los Pobres.

—¿El Sahib Imray se fue a Europa?

—Eso dicen los que fueron sus sirvientes.

—¿Y tú volverás a servirle cuando vuelva?

—Con toda seguridad, sahib. Fue un buen amo, muy querido por los que dependían de él.

—Eso es cierto. Estoy muy cansado, pero voy a ir mañana a cazar antílopes. Dame el rifle de precisión que uso; está guardado en el armario de allá.

El hombre se inclinó sobre el armario y le pasó los cañones, culata y demás a Strickland, que los ensambló, bostezando. A continuación alcanzó la

funda donde tenía la munición, sacó un cartucho sólido y lo deslizó en la recámara del *Express* 360.

—¡Y el Sahib Imray se ha ido a Europa en secreto! Eso es muy raro, ¿no te parece, Bahadur Khan?

—¿Y cómo voy a saber yo las costumbres de los hombres blancos, Hijo del Cielo?

—Es verdad, tienes razón. Pero en seguida vas a saber más. Me he enterado de que el Sahib Imray ha vuelto de sus larguísimos viajes, y que incluso ahora está en el cuarto de al lado, esperando a su criado.

—¡Sahib!

La luz de la lámpara se deslizó a lo largo de los cañones del rifle mientras apuntaban al gran pecho de Bahadur Khan.

—¡Vete a ver! —dijo Strickland—. Coge una lámpara. Tu amo está cansado y te espera. ¡Ve!

El hombre cogió una lámpara y se fue al salón. Strickland le seguía, empujándole casi con la boca del rifle. Miró un momento las profundidades negras de detrás del lienzo del techo, la serpiente moribunda a sus pies y, finalmente, con una mirada gris y vidriosa en el rostro, aquella cosa bajo el mantel.

—¿Lo has visto? —dijo Strickland después de una breve pausa.

—Lo he visto. Soy arcilla en manos del hombre blanco. ¿Qué intenta hacer la Presencia?

—Colgarte antes de tres meses. ¿Qué otra cosa puede hacer?

—¿Por qué lo maté? No, sabio, escucha. Caminando entre nosotros, sus criados, puso sus ojos en mi hijo, que tenía cuatro años. A él le embrujó y en diez días murió de fiebre..., ¡era mi hijo!

—¿Qué dijo el Sahib Imray?

—Dijo que era un niño muy guapo, y le pasó la mano por la cabeza, por lo que mi hijo murió. Y por eso yo maté al Sahib Imray al anochecer, al volver de la oficina, mientras dormía. Después lo arrastré hasta el techo y cerré todo tras él. El Hijo del Cielo conoce todo lo demás. Yo soy el criado del Hijo del Cielo.

Strickland me miró por encima del rifle y dijo en lengua indígena:

—¿Has oído lo que ha dicho? Ha matado. Bahadur Khan se quedó gris como la ceniza a la luz de la lámpara. La necesidad de justificarse se le ocurrió con toda celeridad.

—Estoy atrapado —dijo—, pero la ofensa fue de ese hombre. Echó mal de ojo a mi hijo, y yo lo maté y lo escondí. Sólo aquellos que son servidos por los demonios —y lanzó una mirada a Tietjens, acostada sólidamente delante de él—, sólo aquellos saben lo que yo hice.

—Tu plan era muy inteligente. Pero hubieras debido atarle a la viga con una cuerda. Ahora serás

tú el que cuelgue de una cuerda. ¡Guardia!

Un policía soñoliento contestó a la llamada de Strickland. Iba seguido de otro y Tietjens continuaba maravillosamente inmóvil.

—Llévalo a la comisaría —dijo Strickland—. Tenemos una acusación contra él.

—¿Me van a colgar, entonces? —dijo Bahadur Khan, sin intentar escapar y con los ojos fijos en el suelo.

—Si luce el sol o si las aguas corren... ¡sí! —dijo Strickland.

Bahadur Khan retrocedió un paso hacia atrás, tembló y se quedó quieto. Los dos policías esperaban más órdenes.

—¡Vete! —dijo Strickland.

—No así, pero me voy rápidamente —dijo Bahadur Khan—. ¡Mira! Ahora soy hombre muerto. Levantó el pie y, colgaba la cabeza de la serpiente medio muerta agarrada al dedo gordo, con los colmillos metidos en la carne en los espasmos de la muerte.

—Vengo de una estirpe de terratenientes —dijo Bahadur Khan, balanceándose como un árbol movido por el viento—. Sería un deshonor para mí ser colgado en público; por consiguiente, lo hago así. Quiero que recuerde que las camisas del Sahib están correctamente numeradas y en orden y que hay una

pastilla de jabón extra en el lavabo. Embrujaron a mi niño y yo maté al brujo. ¿Por qué debían ahorcarme con una cuerda? Mi honor está salvado y..., y..., yo muero.

En una hora murió, como mueren aquellos a los que muerde la pequeña karait marrón, y los policías le llevaron a él y a la cosa que había bajo el mantel a los lugares que les correspondían. Todo eso fue necesario para aclarar la desaparición de Imray.

—A esto —dijo Strickland, muy tranquilo, mientras se acostaba— le llaman el siglo diecinueve. ¿Oíste lo que dijo aquel hombre?

—Lo oí —contesté—. Imray cometió un error.

—Simple y llanamente por no conocer la naturaleza de los orientales, y por la coincidencia de fiebres estacionales. Bahadur Khan llevaba con él cuatro años.

¡Me estremecí! Mi criado llevaba exactamente este tiempo conmigo. Cuando llegué a mi habitación me encontré a mi criado esperándome, tan impasible como la efígie de cobre de una moneda de un penique, para quitarme las botas.

—¿Qué le ha sucedido a Bahadur Khan? —le pregunté.

—Le mordió una serpiente y murió. El Sahib conoce el resto —fue la respuesta.

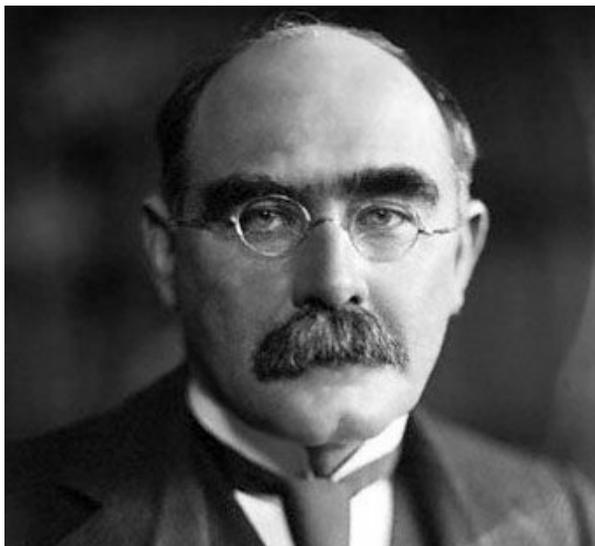
—¿Y qué conoces tú de este asunto?

—Lo que se puede deducir de alguien que viene al crepúsculo a buscar satisfacción. Despacio, sahib. Déjeme que le saque las botas.

Acababa de meterme en la cama, y me iba a poner a dormir cansado, cuando oí que Strickland gritaba desde el lado de la casa que ocupaba:

—¡Tietjens ha vuelto a dormir a su sitio!

Así era. La corpulenta perra estaba acostada majestuosamente en su propia cama, en su propia manta, mientras, en el cuarto de al lado, el lienzo vacío y perezoso se agitaba rozando la mesa con su vaivén.



RUDYARD KIPLING (Bombay, India, 1865 - Londres, Reino Unido, 1936). Narrador y poeta inglés, controvertido por sus ideas imperialistas y uno de los más grandes cuentistas de la lengua inglesa. Pertenece a una familia de origen inglés (su padre, John Lockwood Kipling, era pintor y superintendente del Museo de Lahore), y pasó en la India los primeros tiempos de su infancia. A los seis años fue enviado a Inglaterra, donde estudió en el United Services College de Westward Ho, en Devonshire, ambiente que luego describió en la novela *Stalky C.*

Vuelto en 1882 a la India, se dedicó al periodismo en

calidad de subdirector de *The Lahore Civil and Military Gazette* y, después, entre 1887 y 1889, de *The Pioneer*. A los veintiún años publicó su primer libro, *Departmental Ditties* (1866), colección de versos de circunstancias, y a los veintidós el primer volumen de narraciones, *Cuentos simples de las colinas* (1887), al que siguieron, en 1888-89, otros seis: *Tres soldados*, *Bajo los cedros deodaras*, *El rickshaw fantasma*, *La historia de los Gadsby*, *En blanco y negro* y *El pequeño Guillermo Winkie*.

En tales relatos, situados en el ambiente de la vida india según podía entenderla un inglés y escritos en un lenguaje directo y vigoroso que recuerda la jerga militar, Kipling reveló un agudo espíritu de observación, capacidad inventiva y una habilidad especial en la descripción de tipos característicos de oficiales y muchachos inspirados en la realidad inmediata. El estilo rápido y escueto, el tono rudo y frecuentemente cínico, y el crudo realismo que pronuncia los de St. Crane y Hemingway ofrecen un sabor de experiencia vivida, con matices de anécdota narrada bajo las tiendas de un campamento de soldados en el curso de las prolongadas velas nocturnas.

Luego de un largo viaje por el Japón y los Estados Unidos, que relató en una serie de cartas (*Letters of*

marque) publicadas en *The Pioneer* y más tarde en los dos volúmenes de *De mar a mar* (1889), escribió otra serie de narraciones indias para *The Macmillan's Magazine*, reunido luego en *Peripecias de la vida* (1891). En Inglaterra publicó también una colección de baladas, *Canciones de cuartel* (1892), que, junto con los versos siguientes de *Siete mares* (1896) y de *Las cinco naciones* (1903), inspirados en las épicas empresas de la stirpe anglosajona y en sus fieles centinelas esparcidos por todos los lugares de la Tierra, su poderío industrial y colonial y sus glorias marineras, hizo de Kipling el poeta del triunfante imperialismo británico de la época victoriana.

Luego de haber intentado sin demasiado éxito la novela en *La luz que se apaga* (1891), realizó otros largos viajes a Estados Unidos, Australia y Sudáfrica. En 1892 contrajo matrimonio con Caroline Starr Balestier, de Nueva York, y se estableció con ella en Battleboro, en Vermont, donde vivió cuatro años y compuso varias obras que revelan el influjo americano, singularmente el de J. London, en la exaltación de la vida primitiva y del retorno a la naturaleza: *Invenciones varias* (1893), *El libro de la jungla* (1894), *El segundo libro de la jungla* (1895) y *Capitanes intrépidos* (1897).

En *El libro de la jungla* y su continuación presenta un mítico mundo animal, regulado por las férreas leyes de la fuerza, donde Mowgli, el cachorro humano, es acogido fraternalmente y encuentra de nuevo las huellas de una afinidad y una simpatía atávicas; se trata de la primera obra maestra de cuantas escribiera Kipling para muchachos. A ella siguieron más tarde *Precisamente así. Historias para niños* (1902) y las delicadas leyendas, llenas de «humour» y lirismo sutil, reunidas en *Puck* (1906) y *Recompensas y hadas* (1910).

Vuelto a Inglaterra en 1896 tras una disputa con su cuñado, establecióse definitivamente en una localidad de Surrey, donde permaneció —excepto en el curso de un viaje a América y de otro realizado a Sudáfrica durante la guerra anglo-boer— hasta su muerte. En 1907 obtuvo el Premio Nobel y en 1926 la medalla de oro de la Royal Society of Literature.

Sus últimas obras son colecciones de relatos y de textos diversos escritos con ocasión de la primera Guerra Mundial. Las más importantes son *Debits and Credit* (1926) y *Limite and Renewals* (1932). La obra maestra de Kipling es *Kim* (1901), en la que a través del hilo conductor de las aventuras de un muchacho ofrece un cuadro clásico de los aspectos más pintorescos de la India. Así como la producción

poética de nuestro autor ha perdido gran parte de su interés debido a su carácter excesivamente declamatorio y circunstancial, en sus textos narrativos, en cambio, se da todavía, como dice Henry James, «la magia irresistible de los soles tórridos, de los imperios sometidos, de las religiones salvajes y de las guarniciones inquietas».

# Notas

[1] Anciano <<

[2] Mi pequeña <<

[3] Cadenita que une los tobillos <<

[4] ¡Oh Dios! <<

[5] Sabio <<

[6] Niño <<

[7] La Virgen María <<

[8] ¡Prohibido! <<

[9] Salomón y Platón <<

[10] No soy un señorito, soy un hombre. <<

[11] Tesoro <<

[12] Rama de la Iglesia anglicana <<

[13] Juego de cartas <<

[14] Duna <<

[15] Jefe <<

[16] Natural de Surat <<

[17] Johannesburgo <<

[18] Edgar <<

[19] Correo <<

[20] Negros <<

[21] Juego de palabras entre sikh, guerrero-religioso y sick, enfermo <<

[22] Océano <<

[23] Jefe de una banda de barrenderos <<

[24] Sacerdotes <<

[25] Guerra santa <<

[26] Jefe de mozos de cuadra <<

[27] Perro <<

[28] Australianos <<

[29] No tengán miedó <<

[30] **Permisos** <<

[31] Birmania <<

[32] El comandante en jefe <<

[33] Mensajero <<

[34] Es el epitafio a Sir Christopher Wren (1632-1723) en la catedral de San Pablo, donde está enterrado, y de la que fue el arquitecto. <<

[35] Hace tanto tiempo <<

[36] Abanico <<

[37] Alusión a la opereta cómica H. M. S. Pinafore de William Gilbert (1836-1911), en la que H. M. S. indica las naves de la marina militar y Pinafore es el delantalito del niño. <<

[38] Barbo <<

[39] Famosa frase de Hamlet a Horacio (Hamlet, acto 1, escena V) <<